

— IGNACIO TORRES GIRALDO —

cincuenta
meses en
MOSCÚ

R Colección Clásicos Regionales

Programa Editorial Universidad del Valle

50 meses en Moscú de Ignacio Torres Giraldo, narra las anécdotas y reflexiones de manera autobiográfica del fundador de *La Con* (Confederación obrera nacional) en tiempos y vivencias de la revolución rusa. La obra permite reconstruir algunas vicisitudes de las comunidades soviéticas en sus dinámicas de organización masiva en torno a la producción agrícola, así como sus incidencias en la agitación política en la región del Valle del Cauca y en Colombia. El autor logra inquietar con la profundidad de sus “relatos que contestan a todas las preguntas que la gente hace sobre la Unión Soviética” como una incursión directa en la realidad nacional, como invitación también a pensar nuestros momentos históricos, a pensarnos a cada uno y cada una de nosotras desde nuestra experiencia en la historia.

Ignacio Torres Giraldo nació en Filandia (Viejo Caldas) el 5 de Mayo de 1893, fundador de *La Con*, del *Partido Comunista* en compañía de María Cano y del *Partido socialista revolucionario*. Se hizo escritor y periodista, fue editor del periódico *La humanidad*. Entre sus obras están *La cuestión campesina en Colombia*, *Los inconformes* y *Anekdótico* publicado en la primera colección *Clásicos regionales* (Cali, 2004), que junto a *50 meses en Moscú*, hace parte de la obra inédita que será legada por su familia a la Facultad de humanidades de la Universidad del Valle. Ignacio Torres murió en Cali el 5 de noviembre de 1968.

Cincuenta meses en Moscú

Ignacio Torres Giraldo

Universidad del Valle
Programa Editorial

Título: *Cincuenta meses en Moscú*
Autor: Ignacio Torres Giraldo

ISBN: 958-670-
Primera edición

Rector de la Universidad del Valle: Iván Enrique Ramos Calderón
Director del Programa Editorial: Víctor Hugo Dueñas
Director de la Colección Clásicos Regionales: Darío Henao Restrepo
Editora de la Colección Clásicos Regionales: Ida Valencia Ortiz
Diseño de carátula: Andrés Téllez Saavedra
Diagramación: Andrés Téllez Saavedra
Impresión y terminado: Impresora Feriva S.A.

© Universidad del Valle
© Ignacio Torres Giraldo

Universidad del Valle
Ciudad Universitaria, Meléndez
A.A. 025360
Cali, Colombia
Teléfonos: (57) (2) 3212227 - 339 2470
E-mail: vhduenas@univalle.edu.co

Este libro o parte de él no puede ser reproducido por ningún medio
sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

Cali, Colombia
Octubre de 2005

El autor resume estos relatos así:
“Lo que yo vi, oí y entendí en la Unión Soviética”
Y Como el autor vivió, estudió, trabajó y además ocupó
destacada posición política en el gran País de los *Soviets*,
sus relatos tienen singular importancia.

Los editores

**Ignacio Torres Giraldo: un veterano
dirigente obrero
(síntesis autobiográfica)**

Torres Giraldo nació en Filandia (Viejo Caldas), el 5 de mayo de 1893.

Al iniciarse el año de 1911 entré como aprendiz de sastrería en la ciudad de Pereira, cabecera de la entonces provincia de Robledo. En tal año asistí a una reunión de obreros y artesanos que tuvo lugar en un taller de carpintería, para conmemorar –por primera vez en Pereira– el primero de Mayo, como día mundial de los trabajadores. Daba yo el primer paso del campo liberal tradicionalista al frente de clase del proletariado. Leía ya autores socialistas franceses e italianos y algunos ensayos de argentinos y chilenos, que por lo menos expresaban interés por los problemas sociales. Discutía con los muchachos inconformes de mi generación y, con sobrada temeridad, escribía en los pequeños periódicos del lugar. Desde entonces empecé a participar en actividades obreras.

Conocí la conferencia dictada por el general Uribe Uribe en el Teatro Municipal de Bogotá en 1.904, sobre *Socialismo de Estado* (que daba informaciones interesantes sobre el movimiento obrero en Europa), y diversas páginas escritas por el Dr. Murillo Toro a mediados del siglo XIX, en controversia con los elementos retrógrados que se oponían en esa época al progreso económico, social y político del pueblo colombiano.

En 1914 me impresionó profundamente el asesinato vil del líder socialista francés Jean Jaurés, y cuando estalló, en aquel año, la primera guerra imperialista mundial, me sentí afiliado al pacifismo yoreísta. Es decir, a un socialismo utópico, un socialismo sin salida revolucionaria de las masas, sin perspectiva en el plano del sistema capitalista en crisis. Pero de todos modos, el socialismo que yo empezaba a conocer.

El 15 de Octubre de 1.916 fundé y dirigí en la ciudad de Pereira, el periódico liberal-populista de tendencia obrera llamado *El martillo* en el cual, ayudado por escritores de izquierda libré recias campañas a favor del pueblo; sostuve mi posición pacifista frente a la guerra, y en todo momento clamé por la beligerancia de las masas en los problemas nacionales.

Al evocar el recuerdo del periódico *El martillo*, me considero obligado a mencionar los nombres de las personas que conmigo estuvieron más vinculadas a él: Benjamín Tejada Córdoba, pedagogo, escritor, miembro de la Academia de Historia de Antioquia; Antonio Uribe Piedrahita, ingeniero; Juan B. Gutiérrez, médico; Alonso Restrepo, ingeniero; Antonio Isaza Palacio, carpintero y ebanista, hom-

bre culto y escritor activo; Juan Bolívar, obrero sastre; Ricardo Sánchez, fotógrafo. *El martillo* publicó la primera producción de Luis Tejada, el magnífico cronista nacional que fue de los primeros divulgadores del comunismo en Colombia y el más fino aunque muy necrólogo de Lenin, precisamente con motivo de la muerte del pensador uruguayo José Enrique Rodó y por mucha insistencia mía que fui su amigo como sigo siéndolo aún de su familia.

El martillo fue rudamente hostilizado por los gamonales de Pereira en aquella época, al punto de verme obligado a suspenderlo en 1.917 para emigrar hacia tierras del Cauca. Al final de tal año conocí, alborozadamente, las noticias de la gran Revolución victoriosa del pueblo ruso. Sin embargo, una información que me pudiera dar el panorama real de aquella batalla decisiva de la Historia, no la podría obtener sino en la marcha del tiempo. Con todo, desde aquel momento fui un partidario sin vacilaciones del camino ruso-soviético de la Humanidad.

En 1.918, unido a un grupo de personas radicalizadas al impulso de los acontecimientos mundiales, participé en la organización de un llamado *Directorio Socialista del Cauca*, con sede en Popayán. Este comando que obedecía más al descontento popular, que a la existencia de un movimiento revolucionario en marcha, pretendía hacerse fuerte en el litoral Pacífico, con miras a unirse con los focos similares que agitaban a las masas en el interior del país y en las costas del Atlántico. Claro que las personas que llevaban entonces la divisa de socialistas en el Cauca, no componían propiamente un colectivo proletario. Allí estaban Francisco José Valencia, radical-socialista de principios e

influencias franceses; Esteban Rodríguez Triana, estrictamente radical, y diversos profesionales, pequeños empresarios, artesanos y obreros de pequeños talleres. Pero este *Directorio*» –que llegó a tener 260 afiliados inscritos en 1.919– fundó el periódico semanal *La ola roja*, cuya principal tarea consistía en popularizar el sistema soviético que, según nuestra expresión habitual, venía de las estepas rusas como una ola sobre el mundo.

En aquellos años de 1918 y 1919, leí por primera vez a Carlos Marx en *El capital* que abrevió Deville, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Federico Engels, y diversas obras de autores también notables, gracias a mi amistad con el maestro del verso, Guillermo Valencia, cuya espléndida biblioteca me surtía de selectas lecturas.

Desde 1913 existía en Bogotá una organización que simbólicamente usaba una denominación obrera nacional. Dicha organización se había hecho filial de la *Federación americana del trabajo*, y en 1919 nos consultó a Popayán sobre la conveniencia de enviar un delegado de su seno a un llamado *Congreso panamericano* que debía tener lugar en la ciudad estadounidense de Texas. Nosotros hicimos algunas objeciones a dicho primer acto internacional de divisa obrera colombiana, debido a que aquella entidad que convocaba el *Congreso* no era amiga del Régimen Soviético instaurado por el pueblo ruso. Sin embargo, admitimos el envío del delegado –que lo fue un señor Albarracín de Bogotá–, considerando que su presencia en Texas nos podría iniciar relaciones proletarias de carácter internacional.

En 1.919 y 20 escribí y publiqué, bajo seudónimo dos folletos de agitación de ideas: *Prosas Libres* y *Gritos de Rebelión*.

Mi posición en la serie de huelgas, manifestaciones, actos protestativos de las masas –incluso campesinas– que vivió el país en la crisis de la primera post-guerra; mis escritos, discursos y sobre todo mi papel de organizador y dirigente de huelgas en la industria del carbón y en los transportes ferroviarios del occidente colombiano, me dieron cierta notoriedad en la ciudad de Cali.

En 1922 viajé de incógnito a Guayaquil, Ecuador, por insinuación de un grupo de cooperativistas llamado *Solidarismo*, con cuyas luces ayudé a organizar algunas cooperativas en 1925, en Cali y en Medellín una en 1927.

En 1923 me radiqué en Cali, y por el término de cuatro años participé en la organización de varios sindicatos, y en la preparación y dirección de diferentes huelgas. En 1924 pertenecí a la redacción del periódico semanal *El obrero del Valle*, y al mismo tiempo dirigía un centro comunista clandestino fundado en aquella región, que luego entró en relaciones con centros similares que nacían en Medellín, Cartagena, Ciénaga, Santa Marta y otros lugares. Estos embriones de comunismo que tenían más un carácter de información teórica, estaban centralizados en Bogotá, en donde un grupo de revolucionarios encabezados por Tomás Uribe Márquez, Pepe Olózaga, Silvestre Zawisky y no pocos obreros y estudiantes influenciados por los Soviets, empezaba a difundir las primeras ideas.

En 1925 asistí a un *Congreso obrero nacional* del cual se me hizo presidente. Allí sostuve la necesidad de vertebrar el movimiento proletario que se desarrollaba en el país, creando un organismo independiente de dirección centralizada y naturalmente

definiendo por completo su orientación clasista. Sobra decir que había diferentes tendencias en aquel Congreso; pero encima de ellas estaba el interés unánime de crear los vínculos de la unidad de los trabajadores colombianos. Como es obvio, los dirigentes de las tendencias nos hicimos concesiones, y llegamos a la conclusión de fundar la *Confederación obrera nacional (La con)*, de la cual se me eligió primer Secretario general. *La con*, tendría sede rotaria de congreso a congreso entre las capitales de los departamentos que adquirieran mayor impulso en la organización y la lucha de las masas. *La con*, a solicitud mía, pidió su adhesión a la *Internacional sindical roja*, que tenía su sede en Moscú, liquidando de hecho la afiliación que la organización de Bogotá tenía en la *Federación americana del trabajo*, instrumento ya muy evidente de la política del imperialismo yanqui en este continente.

Obstruido por la reacción (que lo sitió por carecer de imprenta) el periódico *El obrero del Valle*, el movimiento proletario que con otros revolucionarios dirigía yo en Cali, *Los iguales* –grupo pro-marxista creado en 1.923– creó una sociedad tipográfica, adquirió una modesta empresa editora, y pudo así sacar a la luz el semanario de combate *La humanidad*, utilizando el nombre de *L'humanité*, órgano central de publicidad del Partido Comunista Francés, fundado por Jean Jaurés en los mejores tiempos del socialismo en Europa. Este semanario lo dirigí hasta 1.928.

Vinculado estrechamente con los más activos agitadores, propagandistas, organizadores y dirigentes del movimiento popular en Colombia, principalmente con la extraordinaria agitadora de la incon-

formidad proletaria, María Cano; con el insuperable saturador de la mística revolucionaria, Tomás Uribe Márquez, actúe con decisión y energía en casi todas las acciones importantes del pueblo trabajador, en un período caracterizado por grandes acciones de masa en el país.

En 1.926 –como Secretario de *La con-* estuve en Panamá, informándome discretamente de algunos problemas. A raíz de este viaje, y con la ayuda del líder estudiantil cubano, Julio Antonio Mella y del marinero Boliviano, José González Arce (que estuvo en Colombia), contribuí a organizar la *Sección colombiana* de la *Liga mundial anti-imperialista*, de la cual fui su dirigente.

En 1.926, cuando nos movíamos dentro de una curva ascendente y la fuerza de los hechos nos situaban frente a situaciones difíciles, reunimos un nuevo *Congreso obrero nacional* el cual presidí en Bogotá, donde además de las representaciones directas de los organismos de masa y de clase, tenía en su seno, con carácter de invitados especiales, a claros exponentes de todas las fisonomías de izquierda, incluso de antiguos militares liberales que se sentían atraídos por el oleaje del pueblo. Presidí también este *Congreso* que realmente era una convención nacional-revolucionaria del pueblo, desde luego insuficientemente preparada y confusamente dirigida.

En dicho Congreso, como era lógico, se revelaron diferentes tendencias, que no eran ya las mismas que operaron en 1.925: radical-socialista, anarco-sindicalista, pro-soviética y puramente liberal-obrerista. Aquí se trataba de tendencias para nosotros nuevas, en lo general. Estas tendencias que

pugnaban por imprimirle fisonomía al Congreso –o quizás más exactamente– sus puntos de vista a las delegaciones, tenían no obstante una idea común: la de crear un partido político del pueblo. Un hecho interesante que debe ser subrayado, es que no existía en ninguna delegación ni dirigente el espíritu electorero, y por consiguiente se podía discutir, incluso para caer en errores, en la más absoluta seguridad de honestidad y buena fe.

Yo, personalmente, me inclinaba a la fundación de un partido comunista en Colombia. Pero vacilaba por temor de vernos reducidos numéricamente. Expresé, en círculos de amigos, la posibilidad de que adoptáramos el nombre de Partido Obrero. Pero un grupo compuesto por delegados principalmente de Bogotá, que no tenía la vocería de ninguna organización de empresa grande, de ningún sector fundamental del pueblo trabajador de las ciudades o del campo, insistió con tal violencia sobre la idea de crear el partido comunista conforme a las normas de la Tercera Internacional, que me hizo desechar, por el momento, el honor de usar ostentosamente la divisa comunista. Y, por consiguiente, la importancia de acogernos a un nombre de transición, que no podía, en ese instante, ser otro que aquel que recogiera el pensamiento socialista que flotaba en el país desde hacía varios años, y el revolucionario que impulsaba las acciones crecientes de las masas.

Y fue así como nació –por iniciativa de Francisco de Heredia– el *Partido socialista revolucionario* (PSR), de cuyo secretariado hice parte. No voy a juzgar aquí sino únicamente a decir que yo propuse su adhesión a la *Internacional Comunista*, adhesión que aceptó el *Congreso Mundial* de 1.928, previas

importantes recomendaciones, como aceptó en condiciones semejantes un partido socialista del Ecuador, y varias otras organizaciones partidistas de países coloniales y semi-coloniales agitados por la crisis general del sistema capitalista y por sus propios problemas.

En 1927 estábamos abocados a una implacable reacción. Había pasado la segunda huelga desastrosa de los campos petroleros de Barrancabermeja, hecho que inevitablemente tenía que contrarrestar en el panorama nacional, en mucha parte, los nuevos éxitos obtenidos en varios frentes de la lucha, sobre todo entre los ferroviarios que acababan de ganar una espléndida victoria en las líneas del Pacífico. Acababa de cumplir mis primeras prisiones, iniciadas en Tunja y continuadas luego en Cali y Manizales; María Cano, Tomás Uribe Márquez y otros destacados dirigentes del pueblo habían sido sacados, mano-militar, del departamento de Boyacá; el caudillo anarco-socialista, entonces popular en el país y muy prestigioso a lo largo del río Magdalena y sobre todo en las petroleras, Raúl Eduardo Mahecha, estaba en la cárcel junto con un grupo de sus colaboradores. En esta situación que se agudizaba más a cada día, creció y llegó a predominar en los cuadros de dirección del socialismo revolucionario, la tendencia insurreccional que no veía otra salida que no fuera la de un levantamiento en armas.

Tal era, a grandes rasgos trazado, el panorama del medio en que vivíamos en el citado año de 1.927, cuando se reunió, en la entonces población de La dorada, la primera *Convención del socialismo revolucionario* (PSR), con el propósito de lanzar un

programa de partido, y también para elegir una delegación fraternal del pueblo trabajador colombiano para que asistiera a la celebración del décimo aniversario de la *Gran revolución soviética* triunfante que debía realizarse en Moscú en los días 7 y 8 de Noviembre. Esta Convención se instaló bajo la dirección de un *presidium*, destacándose en él Tomás Uribe Márquez quien había sido su principal organizador, y que era al mismo tiempo el adalid de la tendencia insurreccional del socialismo.

La primera vez que yo intervine en la citada *Convención*, para plantear un vasto problema de campesinos-colonos que sufrían la coyunda de una oligarquía latifundista denominada *Sociedad de Burila* con sede a la sazón en Manizales y cuya figura principal, Dr. Daniel Gutiérrez y Arango, era nada menos que gobernador en el departamento de Caldas, fuimos asaltados, de noche, por fuerzas de policía (previa y sigilosamente concentradas en la región por el gobierno nacional) y los convencionistas conducidos en masa a una inmundia prisión, sin el menor respeto y consideración siquiera para María Cano que procedía de un hogar eminentísimo de Antioquia, y que con méritos sobresalientes representaba a la mujer colombiana en el movimiento de liberación.

Sin embargo, el socialismo revolucionario tenía todavía el prestigio de su fuerza, y gracias a ese prestigio y con la intervención de parlamentarios de izquierda (estaba entonces reunido el Parlamento), obtuvimos la libertad en el curso de una semana. Y, de todas maneras, parte elaboradas en la cárcel y parte fuera de ella, la *Convención* adoptó las siguientes principales decisiones: 1) la creación de una *Comisión conspirativa central* que organizara, en

cooperación con los militares revolucionarios liberales, el levantamiento en armas proyectado, bajo la responsabilidad política de Tomás Uribe Márquez. 2) la *Comisión* que redactara un proyecto de programa del partido, de la cual se me hizo responsable. 3) la elección de un *Comité central ejecutivo del socialismo* con atribuciones, entre otras, de designar la delegación a Moscú.

De paso, doy aquí algunos de los nombres de jefes liberales que intervenían en la tendencia insurreccional del Partido Socialista Revolucionario: general Cuberos Niño, por los Santanderes; general Salazar, por Cundinamarca; general Socarrás, por el Magdalena y varios generales del Tolima, de los cuales trasladamos al departamento de Antioquia a uno de apellido Trujillo, muy vinculado con amigos de armas a lo largo del río Magdalena, principalmente en Honda, La dorada, Barrancabermeja y Puerto Wilches. En Santa Marta y Barranquilla, así como en Pasto, Neiva y otros centros de importancia, existían comandos militares que obedecían a Bogotá y sobre todo al general Cuberos Niños.

El Comité Central Ejecutivo que eligió la Convención de La dorada, encontró serias dificultades en sus labores, por falta de personas, sino preparadas a las menos relativamente entrenadas en la lucha. Además, porque fue rápidamente desintegrado por la prisión de algunos de sus miembros. No obstante, en sus primeros días de trabajo, acogió un anteproyecto de programa que yo elaboré, dándole un carácter esencial de material de agitación y que luego fue publicado sin una necesaria discusión, entiendo que no por la dirección sino por la persona encargada de la propaganda (y digo esto porque a

la sazón me hallaba nuevamente en la prisión). El *Comité central*, designó asimismo la delegación fraternal a Moscú, siendo de anotar aquí que no hubo entonces ningún espíritu de turismo en las personas que dirigíamos el movimiento, y por consiguiente ninguna candidatura postulada en miembros destacados de la dirección nacional.

Poco después de pasada la *Convención* de La dorada, el movimiento de masas en Colombia, *La con*, el PSR y la red conspiradora, pasó a ser dirigido por «hombres de confianza», no solamente a causa de que la reacción desintegraba y destruía los colectivos dirigentes, sino –y principalmente– porque la tendencia insurreccional había absorbido para sí todas las funciones de comando que no ejercía sino por medio de «sus hombres». A este propósito, debo señalar un fenómeno lógico que consistía en el hecho de que, mientras los «conocidos agitadores» de las masas estábamos de ordinario en las cárceles, los presuntos golpistas se podían mover en el país envueltos en sus capas de «personas de orden», a veces rodeados de garantías, y naturalmente aligerados en el estilo del trabajo clandestino.

Desde 1.926 hasta mediados de 1.929, estuve yo habitando, la mayoría del tiempo, diferentes prisiones. Esta situación explica que muchos actos, cambios y modificaciones que se operaron en la dirección central, sobre todo a partir de 1.927, fueran para mí conocidos a mucho tiempo después y a veces sólo de manera fragmentaria. Por ejemplo: tanto el PSR como *La con* enviaron delegados a congresos internacionales que tuvieron lugar en Moscú durante el año de 1.928, sin que yo tuviera de ello el menor conocimiento previo.

Por aquel tiempo no se me permitió volver a Cali en donde yo tenía mi base principal de trabajo, e incluso mi familia. Intenté llegarme por la vía del Quindío y fui detenido en Armenia y luego amarrado y conducido por un pelotón de fuerza armada a través de Zarzal, Cartago y Pereira a la cárcel de Manizales. Esta detención en Armenia fue utilizada por la policía para detener en el mismo día y noche a 117 trabajadores acusados de tener conexiones conmigo. A pesar de todo, en los pequeños intervalos de libertad, viajaba a zonas de actividad, y fue así como estuve en asocio de María Cano y otros dirigentes, en diferentes lugares de Santander, el río Magdalena y los tres departamentos del Atlántico. Y debo subrayar aquí, que la fuerza política principal que movilizaba al pueblo por la senda revolucionaria, era la propaganda que hacíamos al sistema soviético instaurado por los trabajadores rusos en su país.

A fines de 1928 preparábamos la huelga de los trabajadores de la Zona Bananera, que sabíamos sería un acontecimiento nacional, no sólo por su carácter anti-imperialista sino porque, dada la situación del momento, conmovería profundamente el frente revolucionario del pueblo colombiano. Esta huelga, según algunos dirigentes, debía coincidir y más aún, servir de fondo, de factor de impulso y extensión al movimiento popular por la toma del poder, hecho que suponíamos podría verificarse en 1929. Naturalmente, estos esquemas en mucho artificiales, se veían contrariados por hechos que demostraban, entre otras cosas, el caos que crecía en los comandos centrales. En algunas partes los caudillos liberales menores se adelantaban en acciones

descabelladas, inspiradas únicamente en el interés de sobresalir en la escena insurreccional; en otras eran los líderes de masas, celosos de perder sus posiciones directivas los que jugaban a la aventura. La huelga de la Zona Bananera fue una gran batalla precipitada por Mahecha contra expresas directivas que había recibido: 1) para organizar en comités seccionales de lucha a la mayoría de los trabajadores que estaba desorganizada. 2) para crear un fondo de resistencia que no existía. 3) para fortalecer la dirección central en la región. 4) para coordinar la solidaridad en el país.

Yo estaba en Bogotá rindiendo un informe sobre la situación en las bananeras, cuando leí, extraordinariamente sorprendido, el estallido de la huelga. Me trasladé a Medellín y allí, en asocio de María Cano y los dirigentes departamentales, traté de influir en la opinión popular y en las organizaciones proletarias, actos de solidaridad. Luego del fracaso pasé a ocupar una celda de la prisión, igual que muchos camaradas medellinenses, entre los cuales estaba también María Cano.

Seis meses después de la histórica huelga obtuve libertad provisional y secretamente me trasladé a la Zona Bananera con instrucciones de reconstruir las organizaciones proletarias en condiciones clandestinas y por todos los medios alentar a la masa. Pero la situación era medrosa. El terror de las fuerzas armadas puestas al servicio de la *United Fruit Company*, me obligaba a moverme bajo la sombra de la noche y de las plantaciones, y cuando viajé ocultamente a Santa Marta para conectar allí la dirección del trabajo, fui delatado y con gran despliegue de fuerza hecho prisionero.

Sin embargo, desde el primer día de calabozo (como me había sucedido en los todas las cárceles) pude servirme de algunos guardianes y policías para establecer comunicación con los camaradas libres. Y como aquella prisión podría acarrearle una condena más o menos larga, convinimos en sostener que yo iba con el propósito de tomar un barco para trasladarme a Panamá. (Realmente, nos pareció el medio más eficaz de volver al país, entrando por Buenaventura para actuar en mi base de Cali). El propio comandante de la policía departamental me gestionó los papeles de emigración. Y, después de unos días, con escolta dirigida por el mismo comandante, al filo de la media noche del 25 de agosto de 1929, subí al puente de una nave. Esta nave no tocó en ningún puerto del continente. Luego de mucho investigar, supe que mi pasaporte lo llevaba el capitán y que, por haberse negado a visarlo el cónsul panameño y con él todos los representantes de los países centroamericanos residentes en Santa Marta, el encargado de negocios de Holanda lo había visado. Más tarde he sabido que todo este hilo lo manejó un personaje de apellido Páramo que obraba por cuenta de la *United Fruit Company*, como supe en alta mar que viajaba en una embarcación frutera perteneciente a esa poderosa compañía.

Después de 24 días de navegación llegué a Holanda. Y muy a pesar de que viajaba sin ninguna credencial, me dirigí a Berlín, donde tenía su sede la *Liga mundial antiimperialista*. Obraba lógicamente, puesto que desde 1925, en contacto con el líder estudiantil cubano Julio Antonio Mella, y gracias a la colaboración de un emigrado boliviano de apellidos Gonzáles Arce, había dirigido, desde Cali, la

organización de la *Liga anti-imperialista de Colombia* como una sección de la *Liga mundial*. Y como nuestra labor en ese frente tuvo alguna repercusión, era razonable que podría identificarme en la suprema dirección.

Una vez en Berlín, supe que la *Internacional sindical roja*, en su Congreso de 1928, luego de reconocer a *La con* como su sección, me había elegido miembro de su *Comité ejecutivo mundial* –de su *Presidium*– y que, precisamente, en diciembre de 1929 dicho *Comité* celebraría una reunión especial. Entré, era obvio, en contacto con Moscú, y fue así que pude contestar a lista el 15 de diciembre en el Palacio del Trabajo, a orillas del río Moscova.

Ignacio Torres Giraldo

50 meses en Moscú

(En rigor como se verá en estos relatos, estuve en Moscú 53 meses; y en mayor rigor todavía, no los pasé todos en Moscú sino también en viajes de estudio por la parte europea de URSS, como se verá asimismo en los relatos).

Al lector:

Después de muchos años de haber escrito mis relatos sobre la URSS, he vuelto a pasar los ojos a través de los originales de primera mano, y muy a pesar de que son ellos la fotocopia de la Unión Soviética en el período excepcionalmente tormentoso del primer Plan Quinquenal (1929 a 1934), es decir, ya lejano en la marcha de la historia y el espléndido desarrollo del Mundo Socialista, conservan toda su fidelidad, vigor y colorido, al punto de verse en ellos la Unión Soviética de 1958 en la misma fotocopia apenas ampliada para el tiempo.

Estos relatos sobre la URSS no pierden actualidad jamás, porque no son apuntes bonitos literariamente, ni fugaces de turismo frívolo, sino enfoques de pulso firme y plena luz natural a la faz de grandes realidades históricas, que bien pueden

desagradar a muchos teóricos y políticos tradicionalistas, pero que son hechos lógicos en la transición que vive la humanidad a partir de 1917, y que yo presento aquí limpiamente por los cauces del desarrollo hacia el futuro.

No hay en estos relatos ninguna tesis propia, ningún diseño de arquitectura social nueva, ninguna teoría sobre el nuevo tipo humano que forja la revolución proletaria, porque todo esto vive y marcha en la URSS, y porque sobraría —como simple pedantería intelectualista— el intento de crear lo creado: la teoría de la revolución. Mi tarea se limita —después de ver, oír y entender— a decir la verdad, la desnuda verdad, objetiva y subjetivamente, como puede comprobarla y decirla, honorable y sinceramente, quienes, como yo, vivan, trabajen y estudien en la Unión Soviética, con criterio independiente de gente emancipada de la vieja mentalidad tradicionalista, dogmática, patronal.

Ordené y escribí estos relatos —con base en mis apuntes y recuerdos— en los años 1938 y 1939. En 1942 les agregué una «Posdata» y, además, confeccioné un prólogo que ahora creo importuno publicar en una primera edición, por lo cual decidí ampliarlo así, brevemente, con esta nota al lector. El citado prólogo —que podría ser guía de mayor comprensión ideológica de mi comportamiento en la URSS—, no es, en rigor, necesario al lector, más interesado en la Unión Soviética, en sus múltiples facetas, que en la historia de las ideas sociales y políticas en que intervine yo, antes de ir a Moscú.

Medellín — 1958
Ignacio Torres Giraldo

Mis primeras impresiones en la tierra de los *Soviets*

Salí de Berlín en un tren internacional dotado de coches cana, tripulado hasta Riga, capital de Letonia, por trabajadores alemanes. En esta ciudad trasbordé un tren ruso, de ruedas más altas, tripulado por trabajadores soviéticos. Habiendo ya pasado la línea fronteriza de varios países y naturalmente llenando los requisitos de rigor, llegaba a la línea de los *Soviets*. ¡Me di buena cuenta de ello porque la masa de viajeros se agitó, y porque, corriendo la cortina de la ventanilla, pude ver, a través del vidrio, un majestuoso arco rojo que cubría, a regular altura, las diferentes vías férreas que cruzaban la estación de aduana, y porque sobre el arco flameaba la Bandera del Martillo y la Hoz! Sentí gran alegría. Y quizás estaría ensimismado ante el mundo que tenía delante, porque me sorprendió la voz de un empleado que venía por mi equipaje.

Llevaba yo una maleta de regular especto surtida en Berlín con ropa de invierno y el inseparable

maletín de cuero con los enseres de urgencia y las lecturas indispensables. En un vasto salón de la aduana estaban los equipajes alineados, abiertas las maletas y diseminada la gente. Aquello parecía un mercado. En tres escritorios trabajaban tres empleados envueltos en gruesos abrigos color de hoja seca. En presencia de éstos, parejas de revisores realizaban el chequeo, provistas de papeles que iban regresando a sus dueños. Realmente era minucioso. Llegaron a mí, me entregaron el pasaporte abierto en la página donde estaba el sello de la visa, metieron las manos por los extremos de la maleta, me miraron de modo agradable y siguieron a otra parte. Poco después, un mismo revisor alzó mi equipaje y marchando a mi lado lo instaló en el coche correspondiente; me dijo algo en ruso que no entendí pero que sentí como de cariño; le extendí la mano.

Llegué a Moscú en pleno invierno. Entonces estaba amaneciendo a eso de las nueve de la mañana. En la estación me esperaba un colombiano con un automóvil oficial. Me condujo al hotel Bristol que después se llamó Hotel Unión. Allí me tenían un cuarto amoblado. Luego fui, acompañado por un intérprete que me habían enviado, al Palacio del Trabajo, a la Secretaría de la Internacional Sindical Roja. Una empleada que frisaba posiblemente los 30 años, me recibió. Tenía aspecto de mujer sufrida, y cuando me enfocó con una mirada dulce, le vi los ojos claros de agua marina en su cara de rosa un poco marchita.

—¿Siente usted frío?, me interrogó (El intérprete tradujo rápidamente).

—No, camarada, le contesté.

—¿Ya se desayunó usted? (Eran las 10 de la mañana)

—Sí, camarada.

—¿Le pareció bonito el cuarto?

—Sí, camarada.

Y, girando con gracia sobre los tacones, se dirigió a una trabajadora que cerca de nosotros escribía; tomó unos papeles y me los entregó, a tiempo que le decía algo al intérprete. Y mirándome otra vez me tendió su mano diciéndome:

—Usted volverá con frecuencia por aquí.

El intérprete me entregó los papeles: un carné, una tarjeta y cinco billetes. —Este carné— me dijo— es una especie de carta que lo acredita a usted como residente soviético y le confiere todos los derechos de nuestra ciudadanía. Esta tarjeta es su credencial de miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Sindical Roja. Estos cinco billetes —de a cinco rublos cada uno— son el estipendio o parte de sus gastos personales, estimados a razón de cinco rublos diarios...

—Pero —le interrumpí— en ¿qué debo gastar el dinero?

—Un momento. En primer lugar, en alimentos y luego en complementarios de menor importancia. El Hotel se ocupa sólo de su alojamiento y del arreglo de su ropa blanca. Claro que no tendrá problemas: aquí mismo hay restaurante.

Mientras tanto, bajamos una escalinata de mucho esplendor que naturalmente atraía mi atención. El intérprete se dio cuenta y creyó del caso explicarme:

—Este palacio fue construido por el zarismo, no hace mucho tiempo como puede usted observarlo en el estilo, para internado de señoritas de la aristocracia, principalmente de la casta militar. Diseñado para 3 mil alojamientos, tiene, además, espacios que ocupaban las religiosas ortodoxas que lo regenta-

ban, oratorios particulares y una capilla tan amplia que ahora se utiliza como salón de actos de los sindicatos.

Más tarde, haciendo la siesta del primer almuerzo moscovita en una cama regia, repasaba lo nuevo que se estaba imprimiendo en mi mente como en una placa fotográfica. La historia del Palacio del Trabajo se reflejaba ante mis ojos como un episodio lógico de la revolución triunfante. Pero algo mucho más simple y no por ello de menos trascendencia, revoloteaba en mi cerebro como una mariposa esparciendo el oro de sus alas. Yo había llegado a muchas ciudades de América y Europa, en todas me habían recibido siempre con estas interrogaciones:

— ¿Tuvo usted un viaje feliz?

— ¿Le parecen muy bellas nuestras playas?

— ¿Qué impresión ha recibido usted de la ciudad?

— ¿No le parece muy hermoso este panorama de mar y de cielo?

En Moscú encontraba un lenguaje diferente, un lenguaje que no había sido arreglado para turistas, un lenguaje que tenía la virtud de enfocar los problemas del hombre en forma humana y que naturalmente tenía un contenido de sinceridad fraternal.

—¿Siente usted frío?—

¿Cuál podría ser la cuestión para un suramericano que llegaba a Moscú en pleno invierno? —¿Ya se desayuno usted?—

¿Qué podría ser, en su orden, el hecho de mayor importancia para hallarme debidamente alimentado? Ahora, ¿estar bien alojado, no era, en síntesis, enfocar los problemas de la vida humana?

El intérprete debía venir por mí para la instalación del pleno que habría de iniciarme en las primeras horas de la noche. Pero yo tenía, entonces, una tarde libre y mucho interés de ver a Moscú. Salí a la plaza inmediata y de allí, una vez observados los puntos de orientación, avancé hasta el final del Bulevar de Pushkin. Regresé al punto de partida y luego me tracé una recta por la calle Máximo Gorki, recorrí 6 ó 7 cuabras deteniéndome en cada esquina para mirar los edificios, los expendios y la gente.

De nuevo en el hotel representaba en mí mente lo que había visto, o tal vez más exactamente lo que no había visto. Realmente era Moscú una ciudad diferente. No estaban las calles repujadas de gente; no estaban los cuatro bares, iglesias y cafés en cada esquina; no rodaban tantas llantas por el pavimento. ¿En dónde estaban los cuatro millones de moscovitas? Estaban trabajando, estudiando, practicando deporte, disfrutando de sus teatros, es decir, viviendo.

Para un «caimán» intermediario de los que olfatea negocios, para un pequeño rentado, para un escritor de alquiler, para un tabernero cesante, para un aventurero en acecho, para un vago tolerado y en general para toda esa masa de zánganos que llenan como enjambre rumoroso nuestros cafés, bares, cantinas y prostíbulos, Moscú resultaría detestable desde su primera mirada. Para mí era admirable, sencillamente humano.

El único hecho mortificante para mí —y qué lo fue durante mucho tiempo— consistía en el idioma. No sabía una palabra de ruso. Hablaba un mal francés y un poco de alemán, pero de nada me podían servir estos rudimentos en la vida práctica. Mi tra-

ductor me asistía solamente en actos sociales. El idioma castellano constituía un caso raro desde la frontera franco--alemana. En Moscú residían cuatro españoles únicamente: un funcionario del Partido Comunista Español, de apellido Trillas, que trabajaba en el *Kominster*; el famoso ex-anarquista Ramón Casanellas, exiliado político que trabajaba en la aviación, y dos jóvenes, de apellidos Uribe y Arroyo, que unidos a un grupo francés estudiaban en Moscú (Uribe ocuparía el puesto de ministro de Agricultura en el Gabinete Republicano Español de 1936 a 1938). Claro que muchos sabios filólogos y especialistas rusos conocían el idioma de Cervantes. Incluso varios estudiantes latinoamericanos, entre ellos dos colombianos, se hallaban por ésa época en Moscú. Pero la diferencia de nuestras funciones no nos ponía en contacto sino muy raramente.

Del pleno de la Internacional Sindical Roja a mi primer viaje por el Volga

En el que fuera capilla del internado de señoritas aristócratas, se instaló el Pleno de la organización mundial de los sindicatos clasistas. Cerca de mí ocupaba sitio un líder del Brasil. El negro norteamericano Ford estaba en el *presidium* así como el alemán Heckell, un chino y un ruso. Un representante español se acercaba a dos franceses. En general, la casi totalidad de los asistentes se componían de jefes europeos y asiáticos. Como era obvio, de los países que tenían las mayores masas de trabajadores organizadas en los sindicatos de clase. En primer lugar la Unión Soviética, Alemania, Francia y China.

Según el temario, el pleno debía examinar la nueva situación creada entre las masas trabajadoras de los países capitalistas con motivo de la terrible crisis económica que acababa de estallar, y naturalmente trazar las consignas de la resistencia en armonía con posibles salidas revolucionarias de la gran hecatombe.

Lozovsky, jefe máximo de los sindicatos rojos, hizo una extraordinaria intervención de la cual tomé cuidadosos apuntes. En primer lugar, destrozó las teorías de los ideólogos del capitalismo que sostuvieron, a raíz de la primera guerra mundial, no solamente un nuevo auge o florecimiento del sistema capitalista, sino la entrada a una etapa de estabilización planificada que acabaría con la crisis y por consiguiente cerraría el camino a la revolución. Estas teorías que trataban de diseñar un súper imperio coordinado en el mundo, y que lograron despertar y estimular tendencias derechistas en ciertos grupos y dirigentes pequeño burgueses derrotistas, acababan de sufrir una derrota estruendosa, empezando precisamente por donde se consideraban más invulnerables, esto es, por los Estados Unidos de Norte América.

En segundo lugar, Lozovsky, planteaba el contraste con el sistema Soviético que no solamente quedaba fuera de la crisis, sino que iniciaba, en marcha triunfal, la realización de un gran programa de construcción de la nueva sociedad en el primer Plan Quinquenal. Y subrayando el contraste entre las masas trabajadoras, citaba estadísticas de origen burgués según las cuales pesaba sobre el mundo capitalista una cifra de más de cuarenta mil millones de trabajadores. En solo Alemania estas cifras

pasaban de nueve millones. En cambio, en la Unión Soviética hacían falta trabajadores.

Lozovsky indicó la necesidad de que los sindicatos rojos de los países capitalistas se convirtieran en ejércitos de derecha para impedir que los patrones y sus Estados les echaran todo el peso de la crisis sobre los hogares proletarios. Destacó las tareas principales de la presente etapa, y terminó advirtiendo que los imperialistas buscarían salidas de su situación no sólo contra sus propias masas sino también contra los pueblos coloniales y semicoloniales por ellos explotados, y finalmente impulsarían las fuerzas más agresivas del fascismo con miras al asalto a la Unión de Republicas Soviéticas.

Los problemas planteados por Lozovsky fueron extensamente analizados por países y grupos de países. En alguna oportunidad hablé para decir: 1. Que la crisis la crisis había empezado en Colombia desde 1928 cuando los prestamistas yanquis suspendieron los empréstitos y por tal causa se suspendieron las obras públicas y millares de trabajadores quedaron cesantes. 2. Que nuestro país sufría, desde tiempo atrás, una profunda crisis agraria que nos obligaba a consumir productos agrícolas de procedencia extranjera. 3. Que la catástrofe financiera de los Estados Unidos de Norte América estaba trayendo como consecuencia, la reducción en los precios de nuestros artículos de exportación, y por consiguiente el aumento de la miseria en nuestro pueblo. 4. Que las masas trabajadoras colombianas, luego de un auge en la lucha por sus intereses, habían sufrido recientemente la masacre oficial organizada por el imperialismo yanqui en la zona bananera del Magdalena, etc.

El tercer día del Pleno, es decir, el 17, al abrirse la primera sesión, se acercó a mí pupitre el traductor de los jefes alemanes y me leyó, el texto en ruso, un saludo a Stalin con motivo de sus 50 años. Tomé el papel y lo pasé a mi traductor para que me lo leyera en castellano. Era demasiado sencillo ese lenguaje; además estaba escrito a mano y para colmo en una humilde hoja de papel imprenta, incluso ajada. Realmente no me agradó. Pensé escribir algo vibrante para que luego lo tradujeran y pasaran a máquina en un papel fino. Pero observé que aquel «pergamino» tenía ya varias firmas. ¡Y qué firmas! ¡Sin caligrafía, algunas a lápiz y casi todas ilegibles! —No se preocupe— me dijo el intérprete y agregó —aquí es otro mundo en donde no existen apariencias sin contenido. Para el camarada Stalin, nuestro Jefe insuperable, este saludo es elocuente así porque es sincero—. Aplanado por la lección de quien no era un líder de masas sino un modesto funcionario, tracé sobre la humilde hoja de papel mi firma en rojo, y di por liquidado el «incidente».

Al finalizar el Pleno, luego de adoptar una serie de conclusiones de forma unánime, se convino en convocar, para mediados de 1930 que pronto se iniciaba, el V Congreso Mundial de Sindicatos Rojos, previendo que la crisis se agudizaría y las masas se verían abocadas a grandes batallas en las cuales jugarían sus organizaciones un papel decisivo. Para preparar el V Congreso en todos sus aspectos, se creó una comisión en la cual fui incorporado como representante de América Latina. Esta decisión, prolongaba mi estancia en la Unión Soviética.

Pasado el Pleno, los organizadores sindicales de Moscú nos ofrecieron un acto en la celebre Sala de

las Columnas que fue por la época del zarismo un club de nobles y que después de la Revolución pasó a ser el salón de los obreros moscovitas. Allí pronuncié un discurso en el cual decía que las transformaciones en 1917 en Rusia, tenían tal significación mundial, que los pueblos incluso sin experiencia en las luchas modernas de clase, como el colombiano, sentían que la Humanidad había dado un gran paso adelante, no con las piernas de la burguesía sino con las duras y templadas del proletariado. En este discurso subrayé mi experiencia en el hecho de que nada movilizaba tanto a las masas oprimidas y explotadas de los países capitalistas y sus colonias, como la divulgación de los extraordinarios éxitos del pueblo soviético.

En este acto de fraternidad internacional, conocí a una joven estudiante de ingeniería que fue por un tiempo mi noble amiga, y que recuerdo aquí porque más adelante debo explicar cómo se conciben y se desarrollan los diferentes aspectos de la amistad y el amor en el país de los *Soviets*, tema éste que talará los cerebros tropicales y que más de mil veces me ha sido planteado.

Debo advertir, al iniciar esta síntesis de mis experiencias en la Unión Soviética, que no fui a Moscú en condiciones políticamente ventajosas. Es decir, no fui en período de auge de nuestro movimiento de masas que realmente declinó en 1928; no fui a raíz de una batalla victoriosa; no fui después de haber contribuido a clarificar una posición política marxista frente a los problemas colombianos. Llegué a Moscú con el bagaje de mis confusiones teóricas, con mis rudimentarias concepciones en materia de estrategia y táctica comunista, con una espesa igno-

rancia ante el método del análisis creado por Marx y Engels, Lenin y Stalin. Llegué después del fracaso de la zona bananera que significaba al mismo tiempo el fracaso del socialismo revolucionario. Llegué como un caudillo derrotado. Esta situación, encontraba cierta prevención en algunos elementos que pensaron ver en mis actos una explicación de los errores cometidos en Colombia, dejando de lado el trabajo del análisis histórico objetivo de lo que realmente pasaba en el complejo de los problemas nacionales y de clase. Debo decir que no estaba en ánimo de ningún dirigente soviético esta prevención y que por el contrario me sentí muy estimulado por ellos. Fue principalmente un turista sindical francés de apellido Rebatee que vino a nuestro país a finales de 1928, que no estuvo con los obreros y que sacó una impresión falsa del panorama de nuestra lucha, quién había impreso en las mentes de algunas imaginaciones Latinas, un extraordinario menosprecio a nuestras masas y sus dirigentes.

A pesar de todo, no salí mal librado en los extensos informes que rendí, durante varios años, primero ante la Secretaria General de la Internacional Sindical Roja, es decir, ante Lozovsky y sus inmediatos ayudantes, y luego ante la Internacional Comunista, o sea ante su jefe inmediato, camarada Munitsky, y sus secretarios. De paso debo decir aquí que Munitsky fue quien más me estimuló en Moscú, incluso otorgándome cargos y distinciones que lo habían recaído antes en ningún líder latinoamericano.

A mediados de 1930, la temperatura en Moscú oscilaba en 30 y 35 grados bajo cero centígrados. Sobre el cauce del río Moscova estaban en plenitud

los deportes de invierno; pistas de esquiadores que volaban sobre las alas de madera; suelos de nieve cristalizados en donde hacían filigrana de movimiento los patinadores: rubias en traje de lana blanca que sonreían con sus caras de durazno maduro, jóvenes atléticos que rasgaban con el vigor de sus vidas la atmósfera helada. En esos días conocí la primera fábrica soviética. La fábrica metalúrgica de la cual salió Lenin en 1918 para ser víctima del atentado que seis años más tarde extinguió su existencia.

Los obreros de aquella fábrica, como en general todo el pueblo soviético, organizaban una campaña de solidaridad con los trabajadores del mundo capitalista, con los hogares hambrientos de los desocupados y los luchadores que caían en las prisiones, precisamente en aquel período de las crisis en la que las acciones de clase conducían a batallas de proporciones a veces parecidas a la guerra civil. Reunida la gran masa proletaria, el dirigente del sindicato anunció mi presencia. Me eligieron al *presidium* y luego de un aplauso prolongado, tomé la palabra.

Gracias a mi práctica en la improvisación, logré construir un discurso de agitación que produjo interés, aunque consideré que no podía desarrollar un cuadro de la vida colombiana con éxito en aquel momento, porque juzgué la tarea de traducción simultánea muy difícil, ya que la masa que tenía delante de mí no estaba familiarizada con los problemas de mi país. Tomé algunas escenas que había vivido recientemente en el pueblo alemán, y el mismo intérprete tuvo la bondad de aplaudirme. En seguida se aprobó una proposición pidiéndome que volviera un día a conocer la fábrica y a participar en una reunión del sindicato. Finalmente, se suscribió

una colecta que tuvo mucho éxito y los obreros me acompañaron hasta la calle.

Al día siguiente me hizo llamar la camarada Stásova, secretaria general del Socorro Rojo Internacional, para decirme que había sido incorporado a una delegación que viajaría en seguida por el Volga en una campaña de solidaridad con los trabajadores perseguidos de los países capitalistas. Quise decirle que mi aceptación debía consultarla con Lozovsky, pero me dijo que ya estaba consultado. Una noche después, y pareado con mi traductor, llegaba a una estación de ferrocarril en donde cuatro camaradas más nos esperaban: un italiano, un polaco, un francés y un alemán. Era la primera vez que los veía. No hubo presentación. Subimos al coche, nos instalamos en grupo, y pronto el italiano abrió su maletín y repartió queso, pan y mermelada. El polaco preparó té para todos. El alemán aportó jamón y desayunamos opíparamente.

Por instrucciones recibidas, conversamos poco en el coche, y, cuando lo hacíamos, tenía que ser en torno de cosas del lugar y del momento. Por razón del idioma, mis compañeros me tomaron por español. El polaco hablaba un poco el ruso, el italiano un poco el francés y el francés un poco el italiano. El alemán era cerrado en su lengua. Yo chapuceaba algo el francés y también el alemán. A veces nos enredábamos en tal forma que sólo el intérprete que sabía polaco, alemán, francés, italiano y castellano (a demás de portugués, inglés, rumano, ruso y hebreo) lograba alinearnos.

Según el programa, solamente yo iba para la república alemana del Volga. Al terminar el primer día de ferrocarril y después de una noche en que asisti-

mos a un mitin celebrado en un club obrero en el cual hablamos el italiano, el alemán y yo. Los camaradas polaco e italiano tomaron otra vía: el polaco hacia una región donde había exiliados de su país y el italiano a otra que tenía trabajadores de su patria igualmente exiliados. Seguimos la ruta del ferrocarril el alemán, el francés y yo. A mediodía dejamos el tren para entrar a una ciudad en la cual habrían de celebrarse varios mítines en fábricas, y por la tarde —estando bastante cansado— llegaron dos trineos tirados por caballos negros para nosotros. Y, ¿por qué dos trineos? —pregunté al intérprete.

—Ah, uno es para el alemán que se dirige a un lugar en el cual hay quienes conocen su idioma y lo pueden traducir. El otro es para nosotros.

Y total, ocupé mi sitio y el trineo empezó a deslizarse sobre la nieve. Cruzamos una estepa blanca, desierta. De cuando en cuando el postillón producía un chasquido en el aire con su látigo. El enorme caballo esparcía de sus fosas nasales un chorro de vaho como si fuera una caldera. Yo quería dormir pero también quería ver ese paisaje que jamás había soñado. El sol se estaba muriendo sobre una lejanía de oro; su resplandor jugaba en una espuma de hielo produciendo un sortilegio de colores como si aquello fuese fuego de algas o el mismo fondo del mar vestido con sus conchas. Un sol frío como si fuera la luna; un sol muy cercano que ya empezaba a recoger su capa púrpura para dormir. Hundido estaba yo en éste como éxtasis de la tarde en las estepas de nieve, cuando sentí una parada en seco del trineo. El postillón dijo algo y el intérprete le contestó. Luego este me explicó:

—Aquí hay un cruce de vías. Por la una se llega a

un poblado, arriba del Volga, por la que llevamos se toma el cauce del río, bajando.

Y realmente, pronto estuvimos marchando sobre el cauce cubierto de hielo. Llegamos, ya de noche, a una población ribereña. Se nos condujo a un comedor y luego a un club. Había mucha gente. Una pequeña orquesta entonó una marcha. La curiosidad por conocernos era enorme. En un extremo del salón, sobre una plataforma en estilo de escenario, había una mesa vestida con una carpeta roja, un gran busto de Lenin a su lado, al otro un pequeño obelisco sosteniendo un haz de banderas y en el fondo pendiendo de la pared, un retrato en oleografía de Stalin. Sonó una campanilla y se apagó el vocerío. Un hombre, joven todavía, anunció nuestra presencia, explicó el objeto de nuestra visita y leyó «el orden del día» de la asamblea, según la cual habríamos un español y un francés. Después se suscribiría una colecta a favor de los proletarios perseguidos por sus luchas en el mundo capitalista, y finalmente habría un acto artístico.

Pasados los discursos y hecha la inscripción de la colecta con mucho éxito, empezó el acto de variedades. Cantos y bailes de la región; exhibición de un humorista que hizo reír con la representación de un inglés excéntrico en tierra de tártaros. Finalmente, cantó la masa en coro diferentes himnos revolucionarios, y salimos del club al filo de la medianoche.

Al día siguiente, no muy temprano, vi llegar otra vez dos trineos y repetí mi pregunta al intérprete: ¿para qué dos trineos?

—Ah, el uno es para usted. El otro para nosotros.

—Ahora sí, no entiendo nada, —le dije.

—Bueno, la organización del Socorro Rojo en la

región introdujo esta variante en el plan: como usted habla un poquito de alemán, tendrá quienes le entiendan su poquito. Mientras tanto, el francés y yo nos desviamos hacia un sector muy importante, y dentro de tres días nos reuniremos nuevamente aquí para regresar a Moscú.

—Exacto: pero ¿cómo juzga usted que pueda pronunciar yo discursos en alemán para que me los traduzcan al ruso?

—Ese no es problema. Su discurso de anoche estuvo muy bien. Quince minutos bien planeados. Yo lo he tomado textualmente y ya está escrito a máquina, con tres copias. El tema es el mismo, usted hable quince minutos y el director del Socorro leerá el discurso sin ninguna dificultad.

—Claro que lo leerá sin ninguna dificultad, pero entonces ¿qué papel hago yo?

—El mismo que pudo haber hecho anoche. Aquí nadie sabe castellano. Usted hable. El papel reside en su presencia. Los obreros lo aplauden, se fortalece el espíritu internacionalista de nuestro pueblo y se hace la suscripción de la colecta.

Acepté semejante razonamiento, pero salí preocupado. En el coche, a mi lado, viajaba un ruso muy amable. A veces me hablaba creyendo que un idioma es una simple cuestión de fonética, silababa las palabras y les daba una entonación dramática y musical. Claro que no entendía nada. En algunos casos sacaba de su bolsillo un recipiente con whisky y luego un cigarrillo rubio del caucaso, y entonces si nos entendíamos rápidamente.

Paramos en una población, a eso de las tres de la tarde. Almorzamos y después fuimos a una fábrica de porcelanas. Realmente estuve maravillado. Pero

no podía conversar con nadie y esto me mortificaba. Algunas obreras me rodearon y querían que las entendiera por el «sistema» de silabar las palabras y pronunciarlas fuertemente; por último apareció un hebreo con quien, por afinidad entre su idioma de origen y el alemán, podíamos encontrar una que otra palabra para entendernos. Pero terminó la tarde, vino el mitin en el salón de la fábrica y resultó como el intérprete me había dicho. Es decir, hubo entusiasmo, aplausos y buenos resultados en la colecta.

Muy al amanecer del nuevo día, acompañado de otro camarada ruso, marché en trineo de carga tirado por dos caballos. Nos dirigimos a una estación de máquinas agrícolas que servía a un vasto circuito de granjas colectivas. Llegamos antes del mediodía. Almorcé en compañía de una veintena de tractoristas llegados de Leningrado, en una mesa preparada exquisitamente. De nuevo un hebreo encontraba diez ó doce palabras que coincidían con mi escaso vocabulario alemán. A las dos celebramos un buen mitin, y a las tres salía en el mismo trineo hacia la ciudad final de mi tarea.

Llegué temprano. Acepté un té y salí rápidamente a un teatro en donde se iba a realizar una gran asamblea. El éxito fue tan espléndido que la gente terminó danzando en masa por los amplios pasillos. Bastante cansado, reflexioné esa noche bajo un fino edredón: ¡Qué genio el de los rusos para organizarlo todo! ¿En dónde había vivido o siquiera leído que se pudiera realizar una campaña política con tanta precisión, incluso en los más pequeños detalles, sin saber el idioma?

Mi estadía en Moscú hasta el Congreso de la Internacional Sindical Roja

Siendo que mi estadía en la Unión Soviética estaba ya determinada en medio de medio año aproximadamente, no podía continuar viviendo en forma tan individual, hecho que me creaba ciertas dificultades, incluso para conocer por dentro el sistema económico y social, la vida del pueblo y la organización del Estado. Se convino, entonces, en agregarme a un grupo de lengua francesa de una institución internacional. Era un grupo que hacía un curso preparatorio de nueve meses pero que ya tenía más de la mitad realizado. Un grupo también internacional que no tenía realmente ni un solo francés. Lo francés en el grupo era el idioma. De siete cursantes, tres eran belgas, uno de ellos flamenco, una joven alsaciana, un luxemburgués, un libanés y una dama turca muy elegante. De todos ellos únicamente el flamenco era obrero, minero de profesión, poco conocedor del idioma francés.

Mi tarea en dicho grupo no era la de cursante sino la de asistente, no tanto a las clases de teorías como en las de carácter práctico. Este cambio en mi situación trajo por consecuencia que ocupara un cuarto en el Instituto y en general gozara de los privilegios de los estudiantes. Se me admitió como miembro del Partido Bolchevique y escogí como labor especial mi asistencia y contribución al trabajo político de la fábrica metalúrgica del barrio de Lenin, en donde había estado ya varias veces. Trabajaba en la Comisión Organizadora del Congreso Mundial de los Sindicatos, y al mismo tiempo escribía los capítulos que me correspondieron en una obra relativa al imperio bananero de la *United Fruit Company* en ocho países latinoamericanos, por cuenta del Instituto Internacional Agrario que creó para ese fin un colectivo de autores.

El trabajo de los bolcheviques aumentaba cada día en magnitud y responsabilidad. Era necesario atender simultáneamente muchos frentes. Las grandes tareas del primer plan Quinquenal, que naturalmente encontraban dificultades muy serías. Las frecuentes provocaciones guerreras que por entonces hacían los imperialistas japoneses y las camarillas militares de la china reaccionaria. Los problemas teóricos que en muchos aspectos se agudizaban, ya sobre el ala de los derechistas que dudaban de la capacidad del pueblo soviético, ora sobre los brotes extremo-izquierdistas inspirados en lo general por el trotskismo contrarrevolucionario. De todos modos, el Bolchevique tenía que crecer en la movilidad de una amplia escena, poniéndose al nivel cada vez más alto de la energía popular en desarrollo.

Con motivo de la cruzada del socialismo en el campo iniciada en 1929, sobre la base de la producción de tractores y en general de máquinas agrícolas, la lucha contra la capa de la burguesía agraria llamada *Kulak* estaba en esa primera mitad de 1930 muy violenta. El crecimiento de la industria soviética y con ella la transformación fundamental del antiguo carácter agrario del país, había señalado ya definitivamente la victoria de los elementos socialistas sobre los fuertes restos de la vieja sociedad. Liquidar al *Kulak* como clase devenía en una tarea inmediata decisiva no sólo para la implementación del socialismo en el campo sino para la consolidación del sistema soviético en toda la Unión.

Fui movilizado a diferentes regiones agrícolas para estudiar a fondo el problema. Sabía, naturalmente, que la tierra era patrimonio nacional desde el 8 de noviembre de 1917, según el histórico decre-

to que escribió Lenin. Sabía que los comités de tierras y luego los *Soviets* de las aldeas la habían dado en posesión a quienes desearon trabajarla. Sabía, en fin, que no se traficaba con la tierra, es decir, que no se podía comprar ni vender. Sabía que la nueva política económica que sucedió al comunismo de guerra de 1922, tenía que dar como resultado enteramente previsto, no sólo la formación y cierto desarrollo de intermediarios de productos agrícolas y artesanales (llamados *mepmas*), sino de detentadores de tierra y por consiguiente explotadores de mano de obra (llamados *Kulak*). Pero, ¿cómo se liquidaba el *Kulak* como clase?

No era ciertamente tarea sencilla porque los *Kulak* no estaban solos. Detrás de ellos estaba la reacción imperialista mundial; estaban sobre todo los *boyardos* rumanos y los *panis* polacos que los veían como pichones de terratenientes emplumados. El *Kulak* era el centro de la esperanza de la restauración del sistema capitalista, y por consiguiente la fuerza de atracción de todos los rezagos de la vieja sociedad en el interior país. Los voceros de la burguesía internacional clamaban por la vida de sus adorados *Kulak* que, según ellos iban a ser «liquidados» oficialmente. Claro que no se trataba de una liquidación física sino de clase. El *Kulak* era, exactamente, un burgués agrario que retenía o explotaba diez o veinte obreros. Es obvio que pagaba los salarios y además era obligado a cumplir un amplio margen de prestaciones sociales. El *Kulak* pagaba obligaciones del Estado y en general era sometido al cumplimiento de la ley. Pero es obvio también que todo esto, en esencia, era una concesión de orden social capitalista.

¿Porqué se permitían los *Soviets* esta largueza con los *Kulak*? Porque hasta 1929 no existía una producción industrial de máquinas agrícolas, de obreros tractoristas y en general de medios técnicos para llevar el socialismo al campo, y esto permitía que una parte de la población campesina se dejara llevar por el *Kulak* convertido para ella en guía, como una imagen del pasado que había conocido. Pero llegó el momento, y el *Soviet* Supremo de la URSS expidió un decreto ley prohibiendo el empleo de mano de obra asalariada. Ese acto de justicia que podía tener ya un sentido real, que significaba barrer un obstáculo en el campo para la organización socialista de la agricultura, era exactamente el acto que liquidaba al *Kulak* como clase ¿Qué significaba esto en la práctica?

Significaba que los *Kulak* se quedaban sin obreros, claro que no se les ahorcaba, ni se les amonestaba siquiera sobre el nuevo género de vida que tenían que adoptar. La cuestión era clara: allí donde el *Kulak* extendía sus tentáculos, se redistribuía la tierra. Se le asignaba —o dejaba— una parcela que pudiera trabajar con su familia. Y los obreros recibían, en parcelas, el resto de la tierra que fuera detentaba por el *Kulak*, más la extensión complementaria que necesitaban. Pero esto no era todo: los obreros que pasaban a tener la posesión real de la tierra y que por este hecho se igualaban a los campesinos eran en conjunto organizados en *koljoses* esto es, en granjas colectivas con una estructura jurídica de cooperativas agrícolas.

Naturalmente, los *Kulak* no aceptaban de la misma manera este acto progresista del sistema soviético. Algunos, los menos ricos, los menos

influenciados por la propaganda soterrada de la soñada restauración capitalista, cedían con facilidad ante la evidencia; incluso se mostraban inteligentes y decían que, en las condiciones de la vida soviética nueva, era mejor ser trabajador que explotador. Y, como esto sí era una verdad concreta, cesaba con ellos la pelea. Otra cosa sucedía con los *Kulak* «bravos», con los que se anticipaban a destruir las cosechas, a incendiar los campos, a organizarse en cuadrillas, a cometer asesinatos, es decir, con los que trataban de crear el caos, con los que obedecían consignas antisoviéticas de dentro y fuera del país. El trato para estos *Kulak* en rebelión era medido por la magnitud de los hechos: si se les hallaba en juntas conspiradoras se les disolvía, arraigaba y vigilaba en sus parcelas; si entraban en actividades subversivas, se les expulsaba del lugar; si cometían delitos definidos en las leyes penales se les castigaba.

La categoría de los *Kulak* expulsados de las regiones agrícolas fue en realidad la que mejor sirvió a la propaganda antisoviética en el extranjero. Pudiendo, como en realidad podían, establecerse en pueblos y barriadas a reorganizar sus vidas, pudiendo recibir nuevas tierras en otras regiones y trabajar honestamente, se dedicaron durante algún tiempo a vagar en caravanas por los caminos, a formar montoneras en las estaciones ferroviarias, y en general a exhibirse miserablemente en los lugares frecuentados por extranjeros. Naturalmente, esta modalidad antisoviética, también estaba inspirada y dirigida por los técnicos de la soñada contrarrevolución, dentro y fuera del inmenso país.

Los *Kulak* «bravos», ayudados por algunos *popes* (clérigos ortodoxos) organizaron campañas de sa-

botaje por la base en forma muy hábil: recogieron y ocultaron la moneda pequeña, de uno dos, tres, cinco, diez y quince kopes (el kope es el céntimo del rublo). Naturalmente, hubo tales dificultades en las menudas transacciones, que fue necesario emitir tiquetes provisionales supletorios que circulaban únicamente en círculos cerrados. Esto es, si una cooperativa devolvía pequeña moneda en tiquetes, éstos circulaban sólo en la red de cooperativas; si el tranvía daba «su moneda» significaba que allí se empleaba, como sucede con las etiqueteras que venden en Medellín, Pereira y Bogotá, las empresas tranviarias.

En algunos de mis discursos —pronunciados a raíz del asesinato de un dirigente comunista en la región— subrayé la necesidad de hacer más dura la lucha contra los *Kulak* convertidos en bandas de asesinos. Luego se me dijo que no era necesario decir eso, que lo importante residía en explicar a las masas el significado económico y social de la liquidación de los *Kulak*, como premisa indispensable para la colectivización.

De nuevo en Moscú, trabajé con el grupo de idioma francés en diferentes actividades. En primer lugar, en el estudio de las fábricas; en el examen objetivo de la situación real de los obreros y empleados de la producción; en el conocimiento minucioso de los sindicatos, de su vida en las empresas, de su papel concreto; en la función de guía y generador de energía del Partido Bolchevique en la participación de la masa en el Gobierno de los *Soviets*. En fin, en todo aquello que para mi constituía la base fundamental de mis conocimientos marxistas-leninistas.

Como terminara el invierno, me toco ver el primer deshielo. Moles como montañas blancas se movían de sus sitios, y queriendo deslizarse se despedazaban para precipitarse en borrascas enormes. La tierra quedaba lavada, los árboles volvían a mostrarse desnudos como los últimos días de otoño. La superficie en general se veía vacía. Un aire nuevo empezaba a circular en la primavera que llegaba. Ocho soles y ya los campos estaban verdes como obra de encantamiento. Tres semanas y el trigo subía a las rodillas. Un mes y los bulevares estaban florecidos. La gente era ahora más esbelta y más ágil. Los pesados trajes de invierno se cambiaban por livianos, los tonos oscuros por colores claros, y los mismos semblantes que llevaban sus óvalos enmarcados en pieles, resplandecían con el renacimiento de la naturaleza.

Con el grupo de idioma francés que terminaba el curso con una excursión de estudio, salí en ruta a Leningrado. Grata fue mi sorpresa al subir a un vagón de ferrocarril acondicionado como casa rodante: pequeña sala-comedor, cocina, baño, sanitario, lavamanos, y compartimentos de dos y cuatro camas. En mis viajes anteriores había llevado provisiones suplementarias; esta vez todo estaba centralizado en la casa, un vagón que manejaba una dama, entrada en años, a la cual obedecían dos muchachas que juntas preparaban y servían alimentos. En esta bonita casa rodante, además de los ocho extranjeros y de las tres empleadas, viajaban también un profesor que dirigía la excursión y el experto traductor de nueve idiomas que varias veces he mencionado.

Los ferrocarriles rusos —como en lo general los europeos— son de doble línea y, en las estaciones,

además de las líneas usadas para cambios y maniobras de trenes, existen las llamadas «líneas muertas» o sea vías derivadas en donde pueden estacionarse por tiempo indefinido los vagones de estudiantes y turistas. Según el plano de la excursión, nuestra casa rodante se detenía en los sitios que ordenaba el profesor, y cuando se trataba de continuar la marcha, era suficiente izar una banderita en el techo para que nos enganchara el primer tren que llevara nuestra ruta.

Luego de breves demoras, en el tránsito, durante las cuales conocimos algunos montajes eléctricos, fábricas y *koljoses*, llegamos a la ciudad de Lenin. Ante todo visitamos las grandes empresas metalúrgicas, el Astillero del Báltico y las residencias de los trabajadores. Después, estuvimos en institutos y laboratorios; en Smolny, desde donde Lenin, Stalin, Sverdovsk, Jerziski, Frunse y sus compañeros, dirigieron la gran revolución triunfante de 1917, en el asalto al Palacio de Invierno que nace como una mola de piedra y mármol en el propio cause del suntuoso río Neva. Pasamos por el *Ermitae*, extraordinario museo de arte, por la famosa Avenida Lovski y en general por los lugares históricos de la antigua capital occidental del imperio de los zares, y por último, subimos a la espléndida cúpula de la iglesia del Patriarca Isaac y desde allí, a 120 metros sobre la superficie, contemplamos el ancho panorama de la heroica ciudad.

Fuimos a la pintoresca aldea en donde Catalina la Grande formó su residencia privilegiada. Admiramos ese palacio de cristal, jardines y fuentes que la voluptuosa emperatriz hizo construir: el salón de espectáculos con sus abovedados sonoros; las sa-

las de recepciones ricamente decoradas, los pasillos decorados con verdaderas joyas de arte en mármol blanco, las alcobas con derroches de oro y marfil... Paseamos el bosque en plena floración de primavera, los prados y, por último, las residencias aledañas que fueron ocupadas por la aristocracia cortesana, una de las cuales fue refugio de Nicolás II en 1917.

En Leningrado estuve las noches blancas de 1930. Desde la ventanilla de mi compartimiento, en la casa vagón, al caer la tarde, presenciaba los encuentros de fútbol en un campo cercano. En las noches del 22 y 23 de junio, tuve la oportunidad de ver como los días solares casi se sucedían sin interrupción. A las 11 de la noche se reclinaba el sol rojo, esplendente. Venía luego un gris amarillento, que se tornaba gris opaco, y poco después empezaba a clarearse, a crearse la luz hasta que cuajaba en oro claro la plenitud de la aurora. No había, realmente, ni un solo instante de oscuridad completa. Una noche escribí, a pluma, sobre la mesita que daba a la ventanilla en esa como «hora gris», una carta para Colombia. Otra noche ordené y copié mis apuntes.

De la ciudad de Lenin salimos para la República Bielorrusa. Llegamos a Minsk, su capital, y demoramos allí muy pocos días. Nuestro primer objetivo fue el Gobierno Central. Teníamos programado estudiar en el terreno la Cuestión Nacional. Esto es, lo que había sido la nacionalidad Bielorrusa bajo el imperio zarista, en su condición de minoría nacional oprimida, como pueblo tratado como colonia anterior, y de la Nación Libre en el concierto de pueblos soviéticos federados. ¡El contraste era admirable! La población tiranizada por los terratenientes,

humillada por las castas militares y en general sometida al yugo del régimen imperial, era ya una población prospera, vigorosa y optimista. El auge del progreso sorprendía a sus propios moradores. Por todas partes se trabajaba impetuosamente. Los campos estaban cubiertos con una exuberante cosecha; nuevas ciudades se construían; nuevas fábricas; nuevas plantas eléctricas. La instrucción popular, profesional y universitaria acusaba un crecimiento sorprendente. Y todo aquello, gracias a que las energías nacionales se habían desarrollado con la libertad; gracias a la solidaridad y ayuda en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas; gracias a que existía una suprema dirección genial que presidía Stalin, gracias a que se cumplían y sobrepasaban las cifras del primer Plan Quinquenal.

Minsk fue una de las ciudades rusas que más sufriera en el periodo de la gran revolución. Una de las últimas bases de operaciones abandonada por los ejércitos alemanes del tiempo de Guillermo II. Una de las urbes más azotadas por las fuerzas coaligadas de la contrarrevolución. Minsk fue por muchas veces escenario de luchas encarnizadas. Por mucho tiempo se alternaron allí los gobiernos de las dos divisas, hasta que finalmente triunfaron las guerrillas del pueblo. En Minsk estaban las tumbas de los primeros comisarios rojos que se batieron en ese frente. En Minsk, en los puestos más elevados del gobierno, fue donde primero vi hombres y mujeres auténticamente del pueblo. Personas sin ceremonias, hombres y mujeres que trataban los graves problemas de su Nación con tanta sencillez como seguridad. Gente que fue con nosotros a las empresas, a las instituciones docentes, a los nuevos barrios de

la ciudad y en todas partes se les trataba con el mismo lenguaje de las fábricas. Esto naturalmente, me satisfacía tanto, que sólo deploraba no poder obtener fotografías para decir en Colombia: ¡he aquí a los trabajadores que gobiernan una nación!

De la ciudad de Minsk salimos a Kiev y luego a Harkov, principales centros de Ucrania. Estudiamos allí los objetivos principales, pasamos a Dniepropetrovski, base industrial de las cabeceras del río Sniéper, sin detenernos en Postieva. En la fábrica metalúrgica de Dniepropetoski —que tenía entonces cerca de 4 mil trabajadores— demoramos dos días conociendo la organización interna, la situación concreta del personal y la densidad de la lucha por cumplir y sobre pasar las cifras señaladas allí por el Plan Quinquenal. Bajando el río Dniéper, cerca de cien kilómetros, tocamos en Dniepostroi (después de Dnieprogrés) en donde se construía la gran represa y con ella la poderosa central eléctrica llamada a redimir la extensa zona hullera del Don y en general a transformar la región de Constatinoslava. Fuimos al circuito minero y después pasamos a Rostov, ciudad del Caucaso, de donde continuamos a Kierachi y, por el estrecho de los mares Negro y Azoe, a la península de Crimea. Demoramos un poco en Cinferópolis, su capital, y después llegamos al histórico Sebastopol, término de nuestra ruta.

Desde la salida de Minsk me he abstenido de reseñar nuestra labor, porque habiendo estado en estos mismos lugares en 1931, 1932 y parte de 1933, me resulta indicado reunir mis apuntes y dar una sola síntesis de ellos en el momento mejor indicado. Debo, sin embargo, subrayar desde ahora, que la

República Soviética de Crimea es el objetivo mas apropiado —en la Rusia europea— para estudiar a fondo la solución que los bolcheviques dieron al problema nacional, en un territorio que constituye una verdadera gama de núcleos étnicos de origen histórico muy diverso.

De nuevo en Moscú, promediando el mes de agosto, me entregué completamente a los últimos toques preparatorios del Congreso Mundial de los Sindicatos Rojos. Pronto empezaron a llegar delegaciones. El continente americano, desde Argentina hasta el Canadá, envió numerosos delegados. Al instalarse el Congreso, en la suntuosa Sala de las Columnas, cerca de sesenta países estaban representados. Alrededor de ochocientos dirigentes de masa ocupaban allí sus asientos. Desde luego, las más numerosas delegaciones, después de la rusa, eran la alemana, la francesa y la china. Italia y España tenían delegaciones considerables así como Estados Unidos, Argentina y México. La delegación colombiana era pobre. Fuera de un «adaptado» argentino que la organizó y que naturalmente valía por su preparación teórica y su experiencia en las luchas, fueron dos enviados que no representaban casi nada. Uno, estudiante de Cartagena que apenas ligaba con los trabajadores, que demostraba entusiasmo y deseo de servir a la causa proletaria, no podía, como es obvio, hacer papel de algún relieve en Moscú. Otro, obrero artesanal que no tenía más antecedentes que haberse hallado coincidentalmente en Ciénaga (entrada a la Zona Bananera) en el periodo de la heroica huelga, sincero y entusiasta revolucionario, pero en etapa tan elemental de orientación que la presencia de la Unión Soviética y la magnitud del Congreso lo abrumaron completamente.

En este Congreso, lógicamente, se hallaban las figuras revolucionarias más importantes del mundo. Y, como es natural, se trataba de los problemas más trascendentales: de la crisis cíclica del mundo burgués que se unía y se desarrollaba en los marcos de la crisis fundamental del sistema capitalista; del contraste entre el mundo del capitalismo incapaz de dar solución humana y social a los problemas de sus pueblos, el mundo de las oligarquías financieras que se debatían en sus contradicciones, dando como fruto la desocupación y el hambre y como perspectiva la implantación de regimenes terroristas nazi-fascista y la guerra, y el mundo del socialismo donde no había crisis, ni desocupación, ni hambre, donde los países liberados construían una nueva sociedad. En este Congreso se verificaba un análisis realista de la situación en el mundo del capitalismo y, en esa situación, la posición políticamente justa de las masas, su estrategia y su táctica.

Y como creó necesario destacar mi consistente actuación y a la vez subrayar cierto ambiente de hostilidad que tuve en algunos elementos latinos ya mencionados, debo exponer aquí las bases de un incidente. En las conclusiones que se adoptaban, figuraba la famosa Resolución de Estrasburgo, sobre estrategia y táctica votada en una conferencia que tuvo lugar en la capital de Alzarías en 1929. Dicha Resolución estaba publicada en la revista *La Internacional Sindical Roja* que yo conservaba luego de haberla estudiado seriamente. Cuando hice uso de la palabra, diseñé brevemente la situación colombiana, expresé mi total acuerdo con la tesis que se había planteado y, al referirme a la Resolución de Estrasburgo, dije que al votarla en su conjunto, con-

sideraba, sin embargo, necesario hacer de ella un estudio posterior relacionado con su adaptación a la realidad latinoamericana. Alguien me interpeló: —¿Por qué?— y entonces agregué que la Resolución estaba justamente calcada en la estructura industrial europea y norteamericana. Pero que para países de pequeña industria y principalmente para un panorama de empresas imperialistas de tipo colonial, era preciso examinar más concretamente el problema de la estrategia y la cuestión de la táctica de las huelgas, puesto que éstas, además de luchas económicas y políticas de clase, asumían naturalmente proporciones de combates por la soberanía colonial.

Inmediatamente que bajé de la tribuna, subió a ella un funcionario de buró, venezolano, a quién poco después consideré como simple provocador en el frente revolucionario, y me atacó fuertemente. Me acusó de nacionalista, de caudillo que sólo veía la parcela de mi patria, de «excepcionalista», es decir, de personaje imbuido en la creencia de que Colombia era diferente al mundo y por consiguiente había qué configurar una política *sui generis*, etc. ¡Incluso, llegó a compararme con Raúl Haya de la Torre!, a tildarme de «revisionista» del marxismo, de reacio al internacionalismo leninista, etc.

Mientras hablaba este burócrata desorbitado, tomaba yo mis apuntes para rebatirlo, y al mismo tiempo observaba los alegres movimientos de algunos líderes que creyeron llegada la hora de darme una lección con garrote. Terminada la intervención de mi atacante, subió a la tarima otro latinoamericano y repitió casi textualmente lo que dijo el anterior, circunstancia que subrayaba en mis apuntes, cuando

el prestigioso jefe mexicano Campa, que ocupaba sitio a mi lado, me preguntó:

—¿Tiene usted aquí la Resolución de Estrasburgo?

—Sí, camarada. Y agregué: ¿no la conoce usted?

—No, aquí la he oído mencionar.

Mientras habría el maletín para entregarle a Campa la revista que contenía la Resolución, pensé que aquel orador que repetía lo que había dicho el anterior, tampoco conocía el documento en mención. Decidí verificar la situación, y dirigiéndome al *presidium*, solicité que se preguntara a los delegados latinoamericanos si habían leído la citada Resolución de Estrasburgo. Losovsky, que dirigía la sesión, dijo:

—Los delegados de América Latina que hayan leído la Resolución de Estrasburgo, sírvanse levantar el brazo.

Y cinco delegados entre cuarenta, alzamos nuestros brazos. Losovsky, entonces, obrando con habilidad, se dirigió a nosotros, diciéndonos:

—En vista de que pasado este Congreso tendremos una Conferencia Sindical dedicada a los pueblos de América Latina, debe suspenderse el debate que se inicia. Naturalmente, esto significa que los delegados que no han leído la Resolución de Estrasburgo deben dedicar a esa tarea su mejor ánimo de estudio.

Campa guardó la revista que le preste y de la cual estaba tomando notas. El Congreso volvió a su plano de altura. Se votaron las decisiones finales, se eligió el nuevo Comité Central Ejecutivo de la Internacional Sindical Roja, y se clausuraron las sesiones con un espléndido discurso del jefe de la delegación alemana, camarada Heckel.

Empezaba el otoño de 1930. Grupos de dirigentes revolucionarios extranjeros salían a diferentes lugares de la Unión Soviética a estudiar los aspectos más importantes del Nuevo Estado Proletario. Algunos líderes europeos y asiáticos de mayor significancia regresaban rápidamente a sus países. Nosotros, los latinoamericanos, nos reuníamos en conferencia especial para estudiar los problemas nuestros. Losovsky instaló la conferencia en un magnífico discurso en el cual señalaba la importancia que asumían las naciones de América Latina en la lucha ínter imperialista, principalmente a partir de la primera guerra mundial cuando el imperialismo yanqui había desatado una ofensiva general contra Inglaterra para adueñarse de las materias primas, de la mano de obra barata y de los mercados. Destacó Losovsky las condiciones de inferioridad material y cultural en que las potencias extranjeras —apoyadas en las camarillas reaccionarias nativas— mantenían a nuestros pueblos, y la necesidad de crear y fortalecer movimientos de masa capaces de hacer frente y defender los intereses populares. Subrayó, en fin, la responsabilidad de los dirigentes proletarios ante la situación política que nos creaba la crisis.

Como yo dirigía la sección inaugural, contesté a Losovsky, diciendo que aquella Conferencia tenía por objeto el estudio de los más eficaces medios de aplicar, en los países de América Latina, las decisiones que acababa de adoptar el Congreso Mundial de los Sindicatos Rojos. Subrayé, con evidente mención, el hecho muy frecuente de querer aplicar mecánicamente en forma de *clisé*, las tesis de orientación mundial sin tener en cuenta el análisis concreto del

medio, de las condiciones y de las perspectivas. Finalicé afirmando que haríamos una labor de clarificación teórica en muchos de los aspectos de nuestros problemas de América Latina todavía muy confusos. Terminando mi discurso Losovsky se despidió dejándonos en completa libertad.

Acto seguido se eligió un *presidium* que dirigió hasta el fin de la conferencia. No recibimos pauta especial de nadie, ni consigna alguna, ni sugerencia de ninguna clase. Discutimos con entera independencia y en general con magnífico espíritu de compañerismo. Mis previsiones sobre un fuerte debate entorno a la Resolución de Estrasburgo resultaron fallidas, no sé porque mis impugnadores quisieron retirar el tema o porque otras cuestiones igualmente importantes invadieron el tiempo. De todas maneras, considero que fue una falla no haber tratado el asunto a fondo.

En esta conferencia conocí a más prestigiosos caudillos: los cubanos muy activos, los mexicanos un poco engreídos, los argentinos y uruguayos más reflexivos, los chilenos muy fraternales, los brasileros con tendencias a aislarse, los paraguayos altivos, los peruanos recelosos, los colombianos y panameños tímidos, los ecuatorianos confiados, los bolivianos audaces, los costarricenses y otros centroamericanos optimistas. Los argentinos y uruguayos me invitaron a regresar a Colombia después de una permanencia en sus países; el jefe de la delegación chilena, camarada Elías Laferte (bondadoso y gentil como ninguno) me insistió mucho para que fuera su compañero en Santiago y Valparaíso. Todo esto, porque estábamos convencidos de que yo regresaría inmediatamente a Suramérica.

De la Conferencia Latinoamericana de Moscú a la caída de la monarquía en España

Terminada nuestra conferencia, los delegados latinoamericanos salieron en corta excursión a causa de que avanzaba el otoño y todo indicaba un próximo invierno muy fuerte. Yo no salí en esa excursión. Se me agregó a un grupo europeo de diferentes idiomas dedicado a una campaña relacionada con la colectivización. Primero fue cierta actuación en las fábricas y clubes obreros de Moscú para la movilización de varios equipos de mecánicos tractoristas que debían ir al campo en calidad de contingente voluntario de ayuda a los campesinos que se organizaban en *koljoses*.

Marx había escrito que se borrarían las fronteras entre la ciudad y el campo; que los obreros de la industria moderna, como clase de vanguardia en la transformación de la sociedad, irían al campo, y con su ayuda la producción agrícola devendría en una variedad de la economía general industrializada. Y los obreros de Moscú se disponían a cumplir esa tarea. La industria socialista producía ya los tractores, las máquinas sembradoras, las máquinas para segar y trillar, etc. Pero ¿cómo iban los obreros de la ciudad a los campos?

En primer lugar, iban como voluntarios. Es decir, se abrían inscripciones en las fábricas para organizar equipos de número determinado. Por ejemplo: yo estuve en una fábrica que debía elegir quince tractoristas. Se inscribieron alrededor de cincuenta obreros, luego se escrutaron los quince. Estos quince trabajadores se ausentaban por el término de seis me-

ses, pero seguían perteneciendo a la empresa que a veces les acordaban una especie de sobresueldo o prima especial, conforme fuera la región que les correspondiese. En esta forma, el obrero de la ciudad no pesaba, ni por concepto de alimentación ni en ninguna otra condición sobre los campesinos que lo recibían. Y las máquinas, ¿cómo iban al campo?

Los tractores y en general las máquinas agrícolas iban al campo de dos maneras: la principal consistía en equipar las Estaciones del Estado Socialista en diferentes regiones constituidas en epicentros de la colectivización, desde las cuales servían —sobre condiciones que más adelante expondré— a los *koljoses* y *Soljoses*. Secundariamente, iban a los *koljoses* ya constituidos y que, por su origen económico fuerte, los compraba directamente a las fábricas, a plazos, por sistema de amortización, con precios del 75% del costo de producción. El 25% lo aportaba un fondo de fomento agrícola del Estado.

Pasada esta cierta actuación nuestra en las fábricas y clubes obreros de Moscú, salimos a la región de Riasán y luego a Saratov —entre los ríos Don y Volga— a participar y, naturalmente a estudiar, en la tarea bolchevique de la colectivización. En general nos correspondió ver los *koljoses* en período de consolidación. Es decir, entidades en marcha. Pero era el otoño, por una parte se recolectaba la cosecha de verano y por otra, se preparaban las tierras para sembrar los cereales que acumulaban la savia en el invierno. La gente estaba trabajando jornadas de diez horas. Hombres y mujeres se movían en el campo: en algunos frentes segando el trigo con sus hoces, en otros con palas de maderas desenterrando las papas y haciendo con ellas pilas.

Hombres y mujeres alzando la cosecha en camino hacia las trojes.

Habíamos llegado antes del medio día al primer *koljós* de nuestro itinerario. Era el momento de interrupción de la jornada. Estábamos en un comedor rústico con angostas pero largas mesas, con banquetas de tabla a ambos lados, en espacioso salón con cierta forma de campamento, que tenía en un extremo una especie de mostrador ancho tras del cual operaban diferentes personas: varias campesinas, en edad madura, trajinaban frente a una hornilla en donde grandes ollas exhalaban olores apetitosos; algunos campesinos que recorrían el mostrador atendiendo al público, se inclinaban como juncos y sacaban de cajones y barriles frutas frescas, pepinos en salmuera y arenques en salsa. Los *koljósianos* recibían en el mostrador la sopa hirviendo, el pan moreno y su plato complementario, y en fila, como un ejército, ocupaban sus sitios en el comedor. Nosotros hicimos esto mismo: nos pusimos en fila, recibimos el almuerzo y nos sentamos con orgullo de trabajadores en las duras banquetas.

En este primer comedor colectivo que conocía yo en el campo, tenían sitio cerca de doscientas personas. Pero no estaban sino los trabajadores, la masa *koljósiana* activa. Naturalmente, todas las miradas se venían a nosotros. Y cuando terminaron los despachos de mostrador y los cucharones se aquietaron en las ollas, el presidente del *koljós*, un viejo de barba espesa y bigotes regados, que vestía *rubaske* (camisa que se lleva por fuera del pantalón, ceñida a la cintura con una correa, abotonada, un poco hacia la izquierda, y ajustada al cuello en forma militar) negra y gorro turco, alzó la voz y dijo, aproximadamente:

—*Koljósianos*: ha llegado hasta nosotros una delegación de obreros extranjeros que viaja por nues-

tro país estudiando nuestra nueva vida, nuestro sistema soviético. Nosotros sabemos que la tarea de construir el socialismo y, en esta tarea la obra extraordinaria de la colectivización, es algo que nos coloca bajo todas las miradas del mundo. Los pueblos extranjeros miran hacia la Unión Soviética, y saben que nuestros éxitos son el mejor estímulo para sus luchas. Para todos nosotros es muy grata la visita que nos hacen, no solamente porque ellos podrán ver y comprender nuestra situación, sino porque podrán decirnos como es que viven y trabajan los obreros de sus países.

El presidente del *koljós* finalizó diciendo que, terminada la jornada, tendría lugar, en ese mismo sitio, una asamblea en la cual, después de los saludos que los delegados portábamos, cada *koljósista* podría formularnos las preguntas que deseara, y al mismo tiempo responder a las que nosotros tuviéramos a bien hacerles. Hubo muchos aplausos. Diferentes grupos se nos acercaron. Algunos hacían comentarios a grandes voces, y, pasándonos los ojos con cierta novedad, salían a su trabajo.

El presidente del *koljós* y cuatro personas más que constituían con él la directiva, se quedaron con nosotros. En un ángulo del comedor, en el «Rincón de Lenin», había una mesita y dos bancas. En un cajón, frente al retrato del creador de los *Soviets*, crecía una palmera. A un lado estaba una oleografía de Stalin, a otro la estampa desafiante de un anti-guerrillero que perteneció a la región.

Nuestro grupo, un rumano, un francés, un yugoslavo, un alemán, un italiano y un suramericano, tenía la dirección de un profesor del Instituto Internacional Agrario, que hablaba, además del ruso, el rumano, el yugoslavo y el alemán. Una ex-actriz que

había trabajado en París y en Roma era nuestra traductora de francés e italiano. Como se ve, yo no estaba favorecido, lo que lógicamente me perjudicaba en muchos detalles idiomáticos que no podía todavía captar del francés, que para mí era en esa ocasión el idioma que debía usar.

Sin ningún preámbulo, el presidente del *Koljós* inició la historia de la región y de la empresa. En aquella región no había muchos campesinos y menos aún *Kulaks*. Por consiguiente la colectivización encontró menos problemas. Bastó con que se planteara la gran tarea y que viniera al lugar un organizador, para empezar inmediatamente. Como es natural hubo incomprendiones, hubo cierto núcleo más retrasado que se mostró desconfiado, receloso, en un principio. La psicología individualista no se cambia en un instante. Por inteligente que sea la masa es claro que los hechos son el mejor argumento para convencerla de la eficacia de una política. Se planteó la cuestión: cada campesino conservaría su vivienda familiar y junto a ella su cultivo casero; los campesinos del sector convendrían en asociarse para trabajar en forma colectiva una extensión determinada de tierra, y poder así, gracias a la organización, recibir ayuda del Estado en maquinaria, abonos, semillas y dirección técnica; cada miembro del *koljós* tendría una libreta de chequeo de las horas trabajadas, y conforme a estas horas que servirían de unidad en la medida del trabajo, recibiría la distribución correspondiente de la cosecha; el *koljós*, como entidad de derechos podría emprender y realizar las obras que beneficiaran a su población de acuerdo con los estatutos que definían el carácter de la organización y sus finalidades.

Este sector, en el cual predominaba el campesino pobre, emprendió su tarea. Algunos preguntaban: ¿y por qué nuestro Estado Socialista no ayuda con máquinas, abonos, semillas y técnicos a los campesinos individualmente? La respuesta era sencilla. En primer término, el plan. Claro que no podría el Estado elaborar un plan de economía aislada, porque planes no se hacen sino juntando, coordinando y dirigiendo diferentes fuerzas. Y, cómo es obvio, el Estado no podría entregar a cada campesino un equipo de máquinas, un personal técnico, etc. Los elementos más retrasados no entraban al *koljós* inmediatamente.

Pero se construye la entidad: viene el agrónomo a dirigir los trabajos; los tractores y los tractoristas rompen hondo la tierra. Pasan algunos días y se verifica lo siguiente: somos doscientos campesinos, ¿cuánta tierra, en promedio, araba una familia trabajando toda, incluso niños y ancianos, aportando a veces su caballo y su viejo arada? cinco hectáreas, digamos. Es decir, mil en total. Bueno: estos mismos doscientos campesinos hemos arado ahora cinco mil hectáreas o sea cinco veces más, sin el trabajo de los niños y de los ancianos y sin el aporte de cincuenta energías que se ocupan en construcciones, etc. Más claro, con diez o veinte aprendices de máquinas; diez o veinte que trabajan en limpieza de tractores; treinta o cuarenta que abren canales de regado; treinta o cuarenta que realizan trabajos complementarios, etc.

Pasan unos días. Ahora tenemos la primera cosecha colectiva de trigo y verificamos otra cuestión: ¿cuánto trigo por hectárea producía la tierra anteriormente? ¿Una tonelada? (es apenas un ejemplo) Bien, ahora produce dos toneladas. ¿Por qué? sen-

cillamente porque el tractor ara más hondo y extrae mayor savia de la tierra; porque se abona con sustancias orgánicas que la hacen más fecunda; porque las semillas son seleccionadas en los laboratorios agrícolas; porque los agrónomos aplican la ciencia del cultivo a nuestra labor. Esto es de tal evidencia que convence a los recelosos, a los retrazados, a los escépticos.

Y bien, podemos ya extraer las primeras conclusiones: si una familia campesina (trabajando mucho más) obtenía, digamos, cinco toneladas de trigo en la cosecha, podrá obtener en el *koljós* cincuenta! Esto es, cinco veces más de lo que las máquinas le prepararon, cinco veces más extensión territorial, y sobre esta extensión, una vez más en razón a la doble productividad de la tierra mejor arada, adecuadamente abonada, sembrada con mejores y mejor asistida por el agrónomo especializado. Siendo esto así, el *koljós* puede entregar a cada familia tres o cuatro veces más de lo que recolectaban en sus cosechas anteriores, devolver al Estado el servicio de la máquinas, incluso lubricantes y combustibles; entregar la justa participación que asigné el Gobierno como impuesto en porcentaje de la cosecha, etc., y reservarse una gran parte para mejorar las condiciones materiales de su población.

—Según hemos entendido, interrumpió el alemán, al distribuir la producción no se hace sobre la base de igualdad entre los *koljistas*, ni sobre el principio de mayor cantidad a los que tienen familias más numerosas. ¿Cómo resulta, en la práctica, la distribución según las horas de trabajo invertidas?

Otra cuestión, planteaba el italiano:

—¿Qué hace el *koljós* con la parte de cosecha

que se reserva después de hacer las diferentes participaciones de ella?

—Aprovecho —dije yo— para conocer un punto muy interesante: en ¿que condiciones emplea las máquinas el *koljós*?

El presidente del *koljós* nos miró, con cierto sesgo en los ojos que significaba concitación a nuevas preguntas, y subrayó lentamente:

—Estaré muy complacido en darles a ustedes toda clase de información que les interese.

—Encantado —dijo el yugoeslavo y preguntó— ¿qué cambios se han producido en la vida familiar de la región?

—Oh —exclamó el rumano— ¿cómo ve el problema de la educación?

—¿Cómo trabajan aquí los comunistas? —preguntó el alemán.

En estos momentos llegó una campesina cuarentona, atada la cabeza con pañuelo rojo, rozagante y simpática, y colocó sobre la mesa una bandeja con vasos para té. Tras de ella, un viejo sonriente llevaba un samovar (en toda entrevista, reunión de estudio, etc., es ritual tomar té con galletitas y sándwiches de queso, jamón, mortadela o caviar. Esta vez, el té iba solamente con casquitos de manzana). Después de un breve intervalo, el presidente del *koljós* inició las respuestas que todos copiamos en nuestras libretas, y que yo resumo aquí:

—El *koljós* distribuye la producción en relación al trabajo. El que más trabaja tiene derecho a más. Es decir, conforme a la cantidad y la calidad de su aporte al conjunto social de la producción. Esta no es todavía la sociedad comunista; es una etapa de su transición, en la cual percibe cada uno según su

trabajo y no según sus necesidades. Claro que a las familias numerosas les toca más, puesto que ellas reciben de la colectividad: 1. Sustento y tranquilidad para los ancianos; 2. subsidio especial para las madres; 3. protección para la infancia; 4. educación escolar para los niños; 5. enseñanza de segundo grado, técnica y profesional para los jóvenes entusiastas y capaces. En el *koljós* no puede regir un tipo de jornada. Pero sí podemos hacer una norma de promedio anual. En períodos de siembra y cosecha, trabajamos diez horas, si es necesario trabajamos doce. En otros períodos trabajamos mucho menos.

Un poco más sobre este primer punto: ¿cómo haría el pueblo soviético que iniciaba apenas la transformación del hombre, la creación de una nueva sociedad, si estableciera un igualitarismo romántico en la distribución de la producción? ¿Cómo se haría el hombre a mayor iniciativa, a mayor preparación, a más elevada organización profesional y técnica? Si un obrero raso recibiera en salario o especies igual que un ingeniero, ¿qué interés, qué fuerza social la impulsaría al estudio, a la capacitación, es decir, a su propio desarrollo y perfeccionamiento? Lenin dijo que una sirvienta podría ser una figura de Estado. Todo dependería de la sociedad, que tenía que descubrir su talento y estimularlo. Si la sociedad soviética no tuviera el régimen actual de la distribución, no tendríamos en nuestros *koljós* veinticinco aprendices de tractoristas y en general de máquinas agrícolas; doce estudiantes de ciencias agrícolas; cinco normalistas y cuatro muchachas que hacen estudios de enfermería y nodrizas, todo por cuenta de nuestra empresa colectiva, y naturalmen-

te con la ayuda del Estado.

Creo haber contestado, en parte la segunda cuestión. Pero debo agregar, que, además de las inversiones enumeradas, el *koljós* ha construido: 1. este comedor; 2. la escuela; 3. una presa para subir el agua a los canales de regadío; 4. una sala para cuidado de los niños. Además está construyendo y tiene en plan: 1. una sala de maternidad; 2. una escuela más; 3. varias habitaciones; 4. una troje moderna; 5. mejoras en las vías locales; 6. un local para biblioteca y club.

—La tercera cuestión es un poco extensa. Sin embargo, daré a ustedes una idea general que después concretarán. Este *koljós* recibe los servicios de la Estación de Tractores organizada por el gobierno en la región y que simultáneamente atiende a varias empresas. Según el reglamento, nuestro *koljós* paga, por concepto de máquinas, una norma correspondiente al desgaste, cuidado y conservación para lubricantes, combustible y otros gastos adicionales sobre precios de costo. Este pago de servicios se hace en dinero o en especies. Por lo general, nuestra producción disponible se remite a las cooperativas de Riasán y allá se llenan los compromisos. Los tractoristas los pagan las fábricas que los envían. En este caso corresponde al *koljós* aportar ayudantes, aprendices y personal de braceo. El agrónomo lo paga el Estado, pero el *koljós* lo aloja y lo alimenta.

Los cambios que se operan en las familias están apenas en su etapa inicial. Sin embargo, ellos son ya muy visibles: 1. se ha liberado a los niños del trabajo hasta la edad de 14 años, a los ancianos, a las mujeres en edad de crianza; 2. se tiene en la escuela la mayor parte de los niños, y no están todos porque

nos hacen falta locales y maestros; 3. se tiene una organización de madres que atiende la sala donde se cuidan los bebés, con lo cual, naturalmente, se introducen nuevas condiciones en las viejas tradiciones familiares; 4. se ha introducido un espíritu de solidaridad en los hogares que mina el egoísmo y cambia rápidamente la vieja mentalidad campesina; 5. las relaciones y vínculos entre hombres y mujeres, empiezan a encontrar una base nueva, realista, humana y por consiguiente mucho más sólida; 6. la gente tiene confianza en su Estado, en sus dirigentes, en su porvenir.

El problema de la educación tiene sus dificultades. Hasta 1929, al iniciarse nuestro primer Plan Quinquenal, sólo la mitad de la población en edad escolar recibía enseñanza, a causa de que la escuela vieja (el local) estaba en malas condiciones, y también porque los muchachos, por lo regular, tenían que trabajar con sus padres. Se construyó la nueva escuela pero el problema no será resuelto completamente hasta el año entrante, cuando se construya el nuevo local y la normal pueda enviarnos otro maestro y más útiles de estudio. Cómo les decía antes, varios jóvenes han sido enviados este año a cursar estudios en Riasán por cuenta del *koljós*.

Y finalmente: los comunistas trabajamos aquí como *udarniks*, es decir, delante de todas las tareas, aportando energía y venciendo obstáculos. Nuestra célula se compone de veintisiete personas. Al lado de la célula y bajo su dirección, están los jóvenes comunistas en número de treinta y dos, y el grupo de simpatizantes del Partido que sube actualmente a dieciséis. En la directiva del *koljós* estamos dos bolcheviques y tres sin Partido.

—Bueno, camaradas —dijo uno de la directiva— ahora podemos ir a un frente de trabajo.

Pero antes de salir, tomamos otra vez té. Era ya bastante tarde. Pasamos por un campo en donde recolectaban papas. La tierra estaba blanda. Las palas de madera se hundían con facilidad y luego rebotándolas con cierta maestría salían los tubérculos de sus nidos. Detrás iban los cajones recogiendo para formar pilas de donde las alzaban los camiones. Cruzamos una acequia por un puente de tablas y entramos a una extensa hondonada en donde los reflejos de un sol de atardecer bañaban el oro del trigo maduro. Llegamos al frente. Hombres y mujeres segaban con sus hoces las espigas, formaban haces, los arrojaban hacia atrás y seguían cortando con una velocidad asombrosa.

Equipos de hombres y mujeres recorrían el campo uniendo los haces en simétricas pilas. Nos entusias mó el trabajo, y todos nos dimos a recoger el trigo.

Ya obscureciendo regresamos al comedor. Los *koljosistas* estaban contentos con nosotros. Nos hablaban, nos hacían preguntas. Nos golpeaban con cariño los hombros, y algunos viejos nos apretaban las masas de los brazos y decían: —¡bien, muy bien!—

Comimos algo muy semejante al almuerzo. El comedor estaba iluminado por dos grandes lámparas de gas. En el «Rincón de Lenin» sobre la mesita había una jarra con agua y cuatro vasos. El presidente del *koljós* anunció que nosotros les íbamos a presentar los saludos de los trabajadores de nuestros países, y que luego les haríamos preguntas. Que también ellos debían preguntarnos lo que desearán saber.

En previsión del tiempo, hablaron solamente el alemán y el francés. Luego hicimos una serie de preguntas, de las cuales cito aquí algunas:

1. ¿Cuáles son las mayores dificultades que tienen ustedes ahora? 2. ¿Qué consideran ustedes que les hace mayor falta, entre las necesidades inmediatas? 3. ¿Cómo se realiza el Plan Quinquenal en el *koljós*? 4. ¿Consideran ustedes decisiva la colectivización para el progreso y transformación del país? 5. ¿Qué consideran ustedes como lo más visible en los cambios que se operan en la Unión Soviética?

Las respuestas fueron dadas por diferentes personas, algunas veces en forma relativamente extensa. Resumiéndolas, un joven habló de la falta de preparación técnica. Una mujer entrada en años dejó claro que nos hacían falta productos, puesto que nadie los estaba guardando, nadie los derrochaba, era porque no había suficientes: —Bueno, sabemos que todos lo tendremos, para eso estamos trabajando.

Otro joven dijo que el *koljós* estaba realizando y sobrepasando el Plan Quinquenal Estalinista. —Algunas veces se hacen brechas, pero en seguida las tapamos. En general, nuestro *koljós* está a la cabeza de los que existen en estas regiones.

Un hombre posiblemente de cuarenta años dijo que sin colectivización no habría producción agrícola socialista y por consiguiente sería imposible construir la nueva sociedad. —El cambio— afirmó un viejo, antiguo guerrillero —que se ve más fácil consiste en este fenómeno: las ciudades se llenan de gente que salen del campo, las nuevas industrias trabajan con manos campesinas, el país que antes fue agrario se convierte en país industrial, y sin embargo, el campo produce ahora más que antes. Esto quiere decir que ya empezamos a trabajar la tierra con máquinas.

Todos aplaudimos la elocuencia del antiguo guerrillero. Pero en seguida dijo nuestro profesor — ¿Qué preguntas tiene ustedes?

Hubo un momento de silencio. El presidente del *koljós*, como animando al colectivo nos preguntó:

—¿Cómo ven en los países de ustedes a la Unión Soviética?

Empezaba a contestar el francés pero fue interrumpido por una voz varonil que salía del fondo del comedor:

—Oí que usted es francés. Díganos ¿qué hacen los generales rusos blancos que fueron echados de aquí?

Otra voz:

—¿Quién sostiene a los desocupados y a sus familias en América?

—¿Cuánto pan le corresponde a cada obrero en Francia?, preguntó una voz de mujer.

Otra voz de mujer:

—Díganos ustedes, ¿cómo viven los campesinos en sus países?

Un joven que ocupaba un sitio cerca de nosotros, se puso de pie y preguntó:

—¿Por qué, teniendo tantas máquinas en América no colectivizan el campo?

—Sabemos que los obreros que dirigen huelgas y luchan en los sindicatos de los países capitalistas son detenidos en la cárcel. ¿También existen persecuciones contra los campesinos que luchan?— interrogó una voz de hombre.

En total nos plantearon veinticuatro cuestiones. Pero, en vista del tiempo que se necesitaba para contestarlas, aún en forma, muy sintética, seleccionamos las que aquí transcribo, que contestamos en el siguiente orden:

El francés dijo —Los países capitalistas ven la Unión Soviética de diferentes maneras. Los obreros organizados como clase; los campesinos que luchan por sus interés, y los sectores más radicalizados de las capas medias urbanas, ven la Unión Soviética como una esperanza, como el comienzo en desarrollo de la revolución proletaria mundial, como la fuerza popular que ocupa las posiciones de vanguardia en la lucha contra la explotación capitalista, como el camino que debemos seguir los luchadores de la libertad, la seguridad y la paz del pueblo. Los capitalistas ven la Unión Soviética como a su enemigo mortal, y naturalmente tratan por todos los medios de combatirla y exterminarla, primero negándole sus éxitos, después calumniándola y, finalmente, preparando contra ella la guerra.

En la Francia de los banqueros, de los grandes fabricantes, de los opresores de pueblos coloniales, de los empresarios de las guerras que les producen grandes ganancias, están bien acogidos los generales contrarrevolucionarios rusos blancos, porque tales camarillas oligárquicas, obrando con sus semejantes de Londres, Berlín y Washington, inclusive de Tokio, los aprovechan ahora para inventar leyendas contra la Unión Soviética, y piensan después servirse de ellos en la guerra. Pero el proletariado francés como el de todo el mundo, sabe muy bien que los generales rusos blancos son también enemigos.

Contesto ahora —prosigue el orador francés— la pregunta del pan. En Francia no existe, como en ningún país capitalista, una norma mínima de alimentación que garantice la subsistencia de sus hijos. Una poca gente tiene pan de sobra; una gran

masa de población obtiene una parte del pan que necesita; hay numerosas personas que no pueden adquirir un pedazo de pan. Una distribución racional y humana de los alimentos no se puede obtener sino en la Unión Soviética, debido a que sólo los trabajadores como gobierno reivindican a la humanidad sus necesidades esenciales.

El profesor me indicó que respondiera las cuestiones relacionadas con América. Ante todo debo consignar aquí que la idea general existente entonces entre las masas soviéticas de menor cultura, reducía el término continental de América a los Estados Unidos. Por consiguiente, yo debía referirme concretamente a ese país, lo que hice tan brevemente casi como el resumen que doy a continuación:

—En los Estados Unidos de Norte América, no existe una ley que ayude en algo a los desocupados y sus familias, como existe, por ejemplo en Alemania (en la Alemania anterior al régimen nazi). El desocupado, en lo general, pasa sobre el obrero o empleado que trabaja aún, como es obvio, después de haber agotado sus ahorros sí los tiene y de haber vendido o empeñado sus propias prendas de uso personal. La familia del desocupado se disgrega con mucha frecuencia, y los jóvenes, principalmente las mujeres, caen con extraordinaria facilidad en los antros de corrupción que la sociedad capitalista fomenta e incluso convierte en fuente de ingresos para el Estado. Para mayor escarnio, en Norte América el país de los archimillonarios, organizan campañas de solidaridad para socorrer a los desocupados, pero, desde luego, con fines políticos y religiosos de proselitismo.

En los Estados Unidos de Norte América tienen y producen muchas máquinas agrícolas, pero no

pueden emprender la colectivización campesina, porque allá existe un régimen económico basado en la propiedad privada, en el sistema individualista. La colectivización, tal como se realiza en la Unión Soviética, no es posible sino en un país de economía socialista, es decir, en donde las tierras sean nacionalizadas y convertidas en medio social de producción, en donde el Estado, con base en la producción de máquinas agrícolas y con el aporte de científicos, abonos y semillas de selección, emprenda la tarea de transformar el campo en beneficio de toda la sociedad. En algunos países en etapa de transición, bajo regímenes nacionales revolucionarios, es posible realizar planes de relativa extensión para evolucionar la vida campesina, dando impulso a la producción en grande, lo cual podría ser realista solamente en forma cooperativa.

El italiano dijo —la vida de la población campesina, hablando de Europa, presenta diferentes matices. Hay un reducido porcentaje, compuesto de burgueses agrarios, y resto de nobles terratenientes que viven por períodos en el campo, como parásitos chupa sangre de los pobres. Los campesinos medios tienen épocas de cierta holgura que los hace ambiciosos y conservadores, pero tienen también épocas de crisis y dificultades que los desespera, que los inclina al campo revolucionario. El campesino medio, en general, vive endeudado y con frecuencia envuelto en la crisis que le resulta de los gastos fijos y las ganancias inestables. La inmensa mayoría de la población campesina, incluyendo los obreros agrícolas, vive muy mal. No solamente por razón de la desigualdad económica en que está colocada y como consecuencia de las formas diversas de explotación

a que está sometida, sino también por las malas cosechas, y por la condición temporaria de un laboreo sin organización ni plan. El campesino pobre está en un proceso de franca degradación, de real descomposición que no podrá impedir sino la revolución.

Lógicamente, los campesinos, su parte más radicalizada, organizados y con frecuencia dirigidos por los obreros agrícolas, luchan y por consiguiente tienen la misma suerte de los luchadores en los pueblitos, fábricas y ciudades. Es decir, son perseguidos, encarcelados y tratados a veces con métodos de terror semejantes a los que emplea el imperialismo en sus colonias de África.

Terminada esta asamblea, fuimos repartidos a diferentes casas. Guiado por una lámpara y tres *koljosistas*, caminé tal vez doscientos metros hasta llegar al tibio hogar que me fue asignado. Subimos tres gradas de tabla. Pisamos sobre un corredor estrecho. Una anciana nos abrió la puerta. Entramos a una especie de salita que tenía una mesa: en un ángulo una estufa de ladrillo apagada, en un extremo unos cajones y encima de ellos un saco de lona que parecía contener papas. Había una banqueta y dos taburetes de madera. Se produjo una espera de minutos, durante la cual un joven me hablaba sin que yo le pudiera entender. Pero me daba cuenta que la anciana preparaba mi cama en una piecita contigua que bien podía ser la de los esposos. Lamenté no poder explicarme, pero lo justo hubiera sido instalarme en la mesa. Hice derroches de las pocas palabras de mi repertorio, pero todo fue inútil. Creo que varias personas durmieron en la salita.

Me levanté temprano, por costumbre y también porque habíamos planeado visitar varias casas en

la montaña. Ante todo, debo describir brevemente el nuevo panorama: un colombiano en la Unión Soviética encuentra el campo muy diferente. No sólo por las estepas, océanos blancos en invierno y verdes en primavera, sino por la estructura demográfica. El campesino colombiano vive diseminado. A orillas de los caminos, en las mesetas, cerca de los ríos, en su labranza. Contemplar un paisaje de cultivos en Colombia, permite ver un suelo irregular tachonado desigualmente de chozas que por la mañana respiran humo azul. En Rusia, el campesino ha vivido en pequeñas constelaciones aldeanas, cerca de una fuente, en medio de árboles y como reguero de casitas en torno de una diminuta iglesia blanca, frecuentada en la cosecha por los clérigos ortodoxos. Este hecho de tradición campesina en Rusia, conservó en las familias vínculos humanos de cierta solidaridad en sus miserias y dolores, y razonablemente constituyó un factor favorable para la colectivización.

Las casitas campesinas eran construidas, por lo general, con el siguiente plano, un cuadro más o menos grande en paredes de madera redonda cerrada para unirla con una mezcla de grada y paja picada. Estas paredes enlazadas en los cruces de esquinas por acilillados en forma de cola de pato, suben regularmente y luego reciben el techo construido también en madera, sobre el cual descansa el tejado. Este cuadro que suele tener sólo una puerta en el fondo del corredor, tiene divisiones interiores y pequeñas ventanas que a veces parecen simples tragaluces. Estas casitas se construían en algunos lugares todavía. Pero lo nuevo, lo que cambiaba la fisonomía al campo, en esta materia, consistía en las

construcciones en ladrillo y cemento, naturalmente dotadas de servicios modernos.

La electrificación del campo, la organización de la producción agrícola en grande, sobre la base de máquinas, en las unidades colectivas de los *koljós*, supuso los cimientos para una estructura demográfica nueva. Se construyeron habitaciones campesinas también colectivas, que sin ser comunales propiamente, permitían instalar las familias en secciones o apartamentos libremente, y disfrutar de servicios adecuados. Se construyeron escuelas, talleres, clubes, comedores y casas de salud y descanso, con las condiciones que se acercaban a la población en una nueva vida de comunidad civilizada.

Una característica tradicional del campesino ruso —que lo hacía diferente del campesino colombiano— era que no solamente labraba la tierra sino que también era un competente artesano. Los crudos y prolongados inviernos hacían de la vida campesina una variedad. Y entorno de la estufa que les daba calor, las mujeres tejían suntuosas alfombras, pulidos tapetes, encajes finos y cubre camas espléndidos. Los hombres trabajaban el cuero en botas militares, maletines y carteras; la madera en muebles; el hueso, el cuerno, la cera, el cuarzo y otras materias en variados objetos de utilidad y de ornamentación. Hombres y mujeres decoraban vasijas, pieles y telas; los expertos labraban y pintaban miniaturas, cuadros típicos y en general obras de arte que recorrían el mundo en los baúles de los turistas.

Esta admirable producción artesanal del campesino ruso, era organizada en modernos talleres y sacada en la primavera a las cooperativas de arte que funcionaban en las grandes ciudades como seductora atracción para extranjeros.

Visitamos siete casitas en la mañana. El aspecto interior era muy semejante. Siempre una especie de salita o lugar de todos: la mesa, el samovar, la estufa, cajones y sacos de lona. En algunos se veían cuadritos pendientes de la pared, y en casi todos un reloj de una sola rueda con un pavo real luciendo en el muestrario y una pesa de metal tirada de una cadanita. Los suelos estaban limpios, las camas cubiertas con mantas, en los aparadores era frecuente ver tejadas de sandía y canastas con manzanas. Las ancianas bordaban, tejían croché y con largas agujas hacían medias y sacos de lana. Frente a una ventana, estaba una viejecita con el pelo de ámbar y la cara de canela. Nos miró por encima de los anteojos, se puso de pie y avanzó con pasos menuditos hacia nosotros preguntándonos:

—¿Son ingleses, los señores?

El profesor le explicó, uno por uno nuestra procedencia, y nuestro propósito de estudio en la Unión Soviética. La viejecita se quitó los anteojos, y hablando lentamente nos dijo:

—Lástima que no hubieran venido hace veinte años y que volvieran ahora. Así podrían ver cuanto ha cambiado nuestro país.

Después del mediodía, instalados en una trocha, salimos hacia una región que pertenecía a la provincia o el antiguo Gobierno de Saratov. Llegamos bastante tarde al centro de una aldea. Se nos recibió en una escuela que servía, de noche, para reuniones. Allí se nos tenía preparado alojamiento y alimentos. Había mucha gente y nos presentamos inmediatamente en escena. El presidente del Soviet local nos dio la bienvenida en un discurso que mereció un aplauso cerrado. A nombre de la delega-

ción habló el alemán que fue también muy aplaudido. En vista de que la noche avanzaba, nuestro director leyó únicamente el siguiente programa, y explicó un poco lo que haríamos allí.

Primero; al día siguiente escucharíamos un informe, con la interpelación del presidente del Soviet. Segundo escucharíamos, así mismo, una información amplia de tres *koljós* que convergían en la aldea. Tercero: en la noche tendríamos una reunión de preguntas y respuestas. Al tercer día, visitaríamos uno de los *koljós*, y el cuarto y quinto día trabajaríamos en la recolección de papas. Luego saldríamos a la ciudad de Saratov y de allí regresaríamos a Moscú.

Este programa fue cumplido. Pero no debo detallarlo aquí, porque todo lo que tuvo de nuevo lo repetí después, una, dos y hasta tres veces, de donde resulta lógico que debo reunir mis apuntes y dar de ello una síntesis mucho más adelante.

Al regresar a Moscú, entrando ya en mi segundo invierno, cuando se hallaban en marcha los programas de opera, ballet y grandes conciertos, tuve la pena de saber que mi noble amiga, la bella joven estudiante de ingeniería, había salido para Leningrado, en donde terminaría sus estudios en un curso práctico, en los astilleros del Báltico bajo la dirección de la Academia Naval. Me dejó en mi cuarto una bonita carta escrita en ruso, con intercalados de palabras y frases en francés, alemán y castellano. Es decir, en el complicado lenguaje que usábamos en nuestras pláticas, en la noche de luna sobre los arcos del puente del río Moscova.

Creí, con fundamento, que se acercaba ya mi regreso a Suramérica. Asistí a diferentes asambleas

del Partido, en instituciones superiores y fábricas. Una noche pronuncié un discurso en un festival celebrado en la casa central del Ejército Rojo, sobre el tema del servicio militar obligatorio en Colombia. Allí volví a encontrar mi primer intérprete, el hebreo Zénklin, gracias a lo cual pude hablar en castellano. Al día siguiente recibí la invitación para concurrir a unas maniobras militares, y en la tarde me presenté al cuartel indicado.

Aquí empezaron para mí una serie de sorpresas. Me presentaron a un albanés y un húngaro que también habían sido invitados a las maniobras. Pero no los volví a ver. Fuimos repartidos en diferentes pabellones. Una vez en el mío, entré a un ropero y me cambié de traje. Pantalón breeche y chaqueta militar de paño color de musgo, gorra del mismo color, con fuerte víscera y estrella roja de cinco puntas, altas botas de caballería y un pesado capote que descendía de los hombros hasta la garganta de los pies. En semejante uniforme, es posible que ni el húngaro ni el albanés me hayan vuelto a ver.

Al entrar la noche salí con una compañía de artillería. Marchamos hasta el amanecer. En la vía se unieron a nosotros diferentes divisiones, que al parecer, habían salido adelante. Acampamos en un bosque. Luego de comer un poco dormimos hasta el mediodía. Las botas hicieron sangrar mis pies. No podía manejar debidamente la faja que a modo de vendaje y en lugar de medias, subía de las plantas de los pies hasta las rodillas, tanto a causa de mi bisoñada como por haberme acicalado un modelo demasiado grande. Al entrar nuevamente la noche continuamos la marcha, pero esta vez iba yo instalado en un nido de paja que «mi comandante» me arregló en la cureña de un cañón.

De nuevo se nos unieron divisiones en la marcha. Muy avanzada la noche, hicimos alto para comer y descansar muy cerca de una aldea de la cual nos llegaba un resplandor de luz. Estábamos en una colina. Y mientras las cocinas de campaña cuadraban frente a los grupos que recibían sopa caliente, sobre la misma cureña de mi nido de paja el comandante en jefe explicaba el plan de las maniobras. Por lo que yo entendí y después consigné en mis apuntes, nosotros íbamos a un punto de la frontera con Polonia, en la saliente geográfica de la confluencia de Letonia y Bielorrusia. Allí, nuestro ejército —que sería como realmente fue— muy reforzado en la marcha, ocuparía una extensa línea defensiva. Otro ejército, cuyas características no se daban, nos atacaría.

El viaje duró varios días o, más exactamente, varias noches. En todo caso, al anochecer, en lugar de marchar en el orden de rigor, se produjo un desplazamiento, para mí extraño. El comandante de artillería desplegó sus divisiones. Pasadas unas horas, junto con dos ayudantes, me invitó a recorrer el campo a fin de verificar la eficacia de los enlaces. Era prohibido fumar y encender lumbre. Marchando sobre la nieve, a distancias desiguales, a veces hasta de kilómetros, encontrábamos excavaciones y en ellas guerreros instalados con baterías eléctricas, teléfonos y mapas que se podían ver con lámparas que enfocaban la luz hacia lo más hondo de las cuevas.

Pese a la extraordinaria preparación y vigilancia del terreno, tengo la impresión de que fuimos sorprendidos, a eso de las cuatro de la mañana, no propiamente por el ataque sino por la simultaneidad del asalto en tres frentes. Por lo que entiendo —apun-té en mi libreta— se trataba de envolvernos con fuer-

zas numéricamente superiores, en las primeras oleadas del combate, aprovechando con habilidad el factor de la sorpresa. Pero realmente yo no entendía nada. Nuestro comandante quería dar esa impresión al «enemigo», pero en realidad el ataque fue rechazado y rápidamente pasamos a la contra ofensiva. A los once días, sobre una planicie, coronamos la victoria.

Regresamos a Moscú por diferentes vías, parte en automotores y parte en trenes. Yo estaba realmente cansado. Al día siguiente recibí la *putionka*, especie de carta de viaje, para ir a la costa del Mar Negro, por el término de un mes. Pero no pude salir de Moscú porque me atacó una neuritis tan fuerte que me paralizó completamente el brazo derecho. Corría diciembre y la temperatura oscilaba entre los treinta y treinta y cinco grados centígrados bajo cero. Los médicos me internaron en una enfermería, y estuve tan mal que se llegó a pensar en una parálisis. Logré recuperar la salud sólo a finales de febrero. Y pensé llegado el momento de mi regreso a Colombia...

Pero Maunilsky me comprometió a participar en un curso de nueve meses en el Instituto Internacional Leninista, lo que naturalmente era muy importante. Y, empezaba esta nueva etapa, cuando cayó la monarquía en España, hecho que introdujo a mis actividades en Moscú extraordinaria variedad.

Un año tormentoso

El año de 1931 se inició como decisivo para el cumplimiento del Plan Quinquenal. Los éxitos alcanzados hasta la fecha en el frente de la Construc-

ción Socialista, no sólo aumentaban el entusiasmo en las masas soviéticas, sino que impulsaban a las fuerzas del capitalismo en crisis (que habían recibido con burla las cifras de producción creadora del primer quinquenio estalinista) hacía la formación de grupos quintacolumnistas dentro del territorio de los *Soviets*.

En Ucrania trataban de reagrupar los elementos de una vieja tradición nacionalista burguesa, que infectados por las concepciones derechistas fomentadas por Kámenef, Zinóviev, Tómski, Bujarin y otros, desconfiaban de la capacidad de las masas frente a las dificultades de crecimiento propias de la Unión Soviética en esos momentos históricos, y sobre todo, desconfiaban de los grandes jefes que manejaban los timones del Estado. La tendencia nacionalista de la derecha ucraniana llegó a convertirse en el mejor terreno para la conspiración de nacionales y extranjeros, al punto que la misma primera figura de la nacionalidad y del Partido, camarada Petróf, llegó a ser por lo menos víctima de la pasividad que engendran las vacilaciones.

Por esos mismos días se descubrió una agresiva agrupación de *Kulak* que comandaba un tal Kondratiev, a la cual fue preciso tratar sin miramiento alguno, no sólo porque se trataba de cabecillas sin influencia de masas, sino porque aplicaban métodos de bandidaje odioso a toda la población. Estos *Kulak* incendiaban las cosechas de los *koljós*, destruían los puentes comarcales, regaban noticias alarmistas en las aldeas, y colaboraban en la destrucción de los ganados, labor criminal ésta que dirigieron hábilmente los saboteadores infiltrados entre los veterinarios.

El sabotaje organizado, planificado y dirigido desde sitios camuflados, llegó a ser el arma principal esgrimida por las fuerzas de reacción en 1931. Con énfasis de adelantados «bolcheviques» se presentaban al campo *Kulak* amaestrados para decir a los campesinos que ya no era necesario tener caballos ni arados viejos porque «nuestro gobierno» estaba dando tractores. Lo que daba por resultado que los campesinos abandonaban en realidad sus caballos y sus arados, cuando todavía no se producían suficientes tractores, creando así las condiciones para luego fomentar el descontento. Los expertos criminales disfrazados de veterinarios caían simultáneamente a las regiones ganaderas, y derrochando un lenguaje de adhesión al Gobierno y propagando al Partido de Lenin, vacunaban el ganado de forma que poco después era devorado por la peste. Esta labor de la contrarrevolución produjo la inmediata escasez de leche por lo cual se vieron sin alimento muchos niños. La mantequilla, el queso, la carne y las grasas entraron en crisis.

Entrando este año decisivo, se descubrió el famoso «Partido industrial», cuadrilla de ingenieros y antiguos especialistas del régimen zarista que pensaron destruir el país de los *Soviets* en forma «técnica». El jefe de estos bandidos, ingeniero Riezánov, fue persona de la confianza del Soviet Supremo y de la Comisión Central de la Planificación. Gracias a esta posición, pudo convertirse en un enemigo peligroso. A estos «jefes» del llamado Partido industrial correspondía diseñar las nuevas fábricas, hacer planes para centrales eléctricas, calcular materiales, etc. Su consigna aparentemente revolucionaria era: «en lugar de las fábricas —prisiones de los países capi-

talistas— palacios en la Unión Soviética». Y disertaban de lo lindo del aire, la luz, el paisaje y las líneas que las nuevas fábricas socialistas debían conjugar para la salud, la comodidad y el deleite de los trabajadores.

Oculto bajo ese lenguaje de fronda burguesa, estaba el saboteador técnico. Los edificios tenían cimientos con el doble de capacidad del peso que recibían. Las paredes de cemento armado tenían un 40 % más de espesor necesario, y muy esbeltas, es decir, con un 60% más de su altura indispensable, las columnas interiores, las estructuras de metal, los techos y en general las «fábricas palacios» tenían un recargo de un 70 al 80% más de su costo normal. Sobre tales condiciones la nueva sociedad de construcción tenía que pagar casi el doble por el costo de sus obras, lo que constituía una terrible sangría al heroico pueblo, sobre todo en esos momentos, y al mismo tiempo aportaba material «técnico» a los ideólogos del capitalismo para escribir y charlar en Londres, Roma, París y Tokio, Berlín, Washington, Managua y Bogotá sobre el «fracaso del Quinquenio Soviético» o el «Desastre planificado».

La extraordinaria actividad de los grupos antisoviéticos internos; los progresos del nazismo en Europa y las continuas provocaciones por parte de los imperialistas japoneses y los generales chinos, embargaban, naturalmente, una parte considerable de la energía directriz Soviético comunista, lo que en cierto modo, era un éxito parcial de la contrarrevolución mundial. Mucho más si se consideraba que por causa de semejante situación, fue necesario introducir modificaciones al Plan Quinquenal en sentido de producir cifras adicionales en los ma-

teriales de guerra para la defensa, afectando así en lo inmediato, renglones muy importantes del plan original, en la producción de artículos de consumo inmediato.

Apropósito de los procesos contra los saboteadores, que los hubo no sólo en Moscú sino también en Leningrado, Harkov, etc., leí novelas de los que escriben contra la Unión Soviética en las cuales se decían que los prisioneros eran torturados para que confesaron sus delitos (e incluso para obligarlos a confesar delitos que no habían cometido) y que la policía de seguridad aplicaba a «sus víctimas» drogas para deprimirlos, para aterrorizarlos, con lo cual caían en una especie de delirio, después que los funcionarios escribían para exhibirlos en plena prueba, como parte de una confesión. Todo esto estaba inspirado en la única regla que no tiene excepción, o sea «el ladrón juzga por su condición». Pero se preguntaba la gente honesta, ¿por qué confiesan sus delitos los conspiradores antisoviéticos y a veces se convierten en acusadores de otros y de ellos mismos? Esto no es un misterio.

El proceso contra los saboteadores «técnicos del Partido industrial se llevó a cabo en la gran Sala de las Columnas. Tupidas masas de obreros y empleados asistían a las audiencias. Yo estuve en varias de ellas y vi y oí a los acusados, en algunos casos haciendo explicaciones que atenuaban sus faltas, pero también a muchos que no solamente aceptaban los cargos que se les hacía sino que ampliaban esos cargos en convexidad con otros delitos y personas que no figuraban en la acusación. ¿Por qué procedía esta gente así? Según algunos, para liberarse del tiro en el cogote, lo que seguramente era un factor, en va-

rios casos. Pero la causa fundamental de tal proceder hay que hallarla en el carácter de la sociedad en la que se cometían los delitos.

En una sociedad dividida en clases y subdividida en grupos, las acciones y los hechos de las personas pueden ser juzgadas como delitos para unos y simultáneamente como lícitos y como meritorios para otros. Por ejemplo: si una camarilla oligárquica detenta el poder y desde él sirve los intereses de clase de los ricos, es claro que todo lo que mine ese orden de cosas puede ser mirado como crimen por los usufructuarios del régimen, y como meritorio por los desposeídos, explotados y oprimidos. En una sociedad de clases, incluso los llamados delitos comunes se juzgan conforme la naturaleza de la sociedad, porque los códigos, en general, tienen como fuente de origen el tipo, el carácter y la esencia de esa sociedad.

En el mundo capitalista, entonces, las acciones y los hechos de las personas entran en contradicción. Y por consiguiente, los juicios que se forman están saturados de influencias muy diversas, incluso por la complicidad que suele ser una expresión propia del ambiente social. Si un hombre se roba un ternero, es juzgado por los jueces de los hacendados. El delito será considerado tan grave que no tendrá derecho a excarcelación provisional el acusado. Pero un acaparador monopoliza la leche, la encarece y por esa causa se reduce más aún el alimento básico de los niños pobres y naturalmente mueren muchos de ellos. Sin embargo ese acaparador ni siquiera es considerado como delincuente.

En la Unión Soviética, los delitos definidos en los códigos no pueden ser materia de contradicción,

porque son delitos contra la sociedad. No estando la sociedad dividida en clase y subdividida en grupos, es lógico que todo lo que atente contra las normas establecidas, consentidas y aplaudidas por el consenso social, constituye un hecho antisocial, un delito contra la comunidad que toda persona honesta tiene el deber de custodiar y defender. En estas condiciones, cuando cae el delincuente, entra en un círculo sin salida. En primer lugar, porque no existe una «justicia» de «otra» clase para refugiarse en ella. En segundo lugar, porque no encuentra un ambiente de complicidad.

Cuando el delincuente se presenta en audiencias públicas, está desnudo, transparente, sin una sola sombra en la que pueda ocultarse. No puede impresionar a nadie a través de un discurso, ni con efectos de agilidad mental para emotivos, ni con poses de contrición para beatos. Si trata de deslizarse de su plano de realidad, la gente lo ve como un pez en un acuario de cristal. En tal situación, el delincuente habla: 1. para demostrar si esta en uso de sus facultades mentales; 2. explicar por qué, en qué condiciones y previos, qué factores, circunstancias y persona pudo haber participado en el delito; 3. para atenuar, si es el caso, la gravedad de su culpa. ¿Qué otro camino le queda a un reo, que no es un campeón, un imbécil, ni un niño?

El Instituto Internacional Leninista, que ya conocía yo, tuvo que afrontar y resolver una serie de tareas que la situación mundial planteó. Las condiciones del pueblo español después del 14 de abril, tendían a complicarse. Las masas entraban en acción. Las tendencias partidistas de la burguesía bus-

caban el camino del poder para frenar la revolución. Los grupos de la extrema derecha aristocrática y clerical aprovechaban la falta de unidad democrática para conservar, sin la corona real, el poder de sus castas. La lucha del pueblo necesitaba dirigentes, y los proletarios soviéticos que tenían su poderoso Partido podían ayudar solidariamente a prepararlos en el Instituto Internacional.

La necesidad de dirigentes proletarios se hacía sentir en todas partes. A medida que la crisis capitalista se ahondaba, las masas se batían en la defensa. En tal momento, el Instituto Internacional Leninista era insuficiente. El problema de tener cuatro idiomas únicamente, ruso, alemán, inglés y francés, reducía la entrada a sus claustros de proletarios de habla castellana, italiana, portuguesa, etc. En vista de tales condiciones, un profesor soviético que aprendía el idioma de Castilla, aprovechando la presencia de un líder de masas del Perú que fue exiliado en Norteamérica y que a la sazón estudiaba el sector de habla inglesa, y contando naturalmente con mi colaboración, inició y obtuvo la creación de una parcela idiomática en el Instituto.

Poco tiempo después nos llegaron siete estudiantes españoles, que junto con un brasilero y yo, continuamos el sector de habla castellana. Complicado fue solucionar el problema de los materiales de estudio, porque no sólo se trataba de traducirlos de otras lenguas sino de nacionalizarlos, es decir, de adaptarlos en lo posible a la fisonomía propia de los países de mediano y retrasado desarrollo histórico. Sin embargo todo se solucionó.

A raíz del 14 de abril en España, *Radio Central de Moscú*, institución de los sindicatos que funcio-

naban en el Palacio del Trabajo, organizó un programa diario en castellano, del cual fui yo su único locutor —con breves interrupciones— durante un año. Este programa, que se trasmitía de once a doce de la noche, en tiempo de verano, y de doce a una en invierno, correspondía en Cádiz a la hora de siete y media a ocho y media, y consistía en: 1. obertura o gran orquesta; 2. 30 minutos de lectura de una conferencia de información sobre los temas de mayor actualidad; 3. concierto de selecciones musicales españolas y rusas; 4. cierre del acto con una marcha marcial.

Los programas para España eran elaborados así: 1. para la parte musical, cantos de solistas y coros, del Conservatorio de Moscú; 2. texto de conferencia, del Buró del Plan Europeo de Información de Radio Central. Al principio tuve problemas en estos programas, no sólo por mi total ignorancia en cuestiones de radiodifusión, sino por mi escasa erudición en cuestiones de música y compositores, así como del elenco de artistas cantantes cuyos nombres tenía que anunciar. Otra dificultad consistía en que los textos de las conferencias me venían en francés y yo debía traducirlos, cosa que tuve que hacer diferentes en ocasiones frente al micrófono a causa de mi extraordinario recargo de trabajo. Estos programas se convertían en sólo conciertos musicales cuando yo estaba fuera de Moscú. Deploro tener que ser tan breve en estos relatos, lo cual me impide dar aquí excelentes observaciones que luego consignaba en mis apuntes.

Mi trabajo en la radio para España, mis estudios y los mismos hechos que se sucedían me dieron rápidamente el carácter de «especialista en cuestiones

españolas». Y, en tal carácter, fui movilizado frecuentemente a las fábricas de Moscú, a los clubes obreros, a diferentes regiones fabriles y agrícolas. Incluso se me siguió tomando como español, y por último tuve que arreglármelas diciendo que era de Bilbao y hasta dando referencias de familia, profesión y otros detalles que en ocasiones me preguntaban. A estas alturas de la situación, recibí dos distinciones. La primera consistió en hacerme dirigente político del Sector de habla castellana en el Instituto, cargo que conservé durante mi presencia en la Unión Soviética, y la segunda en hacerme miembro en ejercicio del Secretariado Latinoamericano de la Internacional Comunista, posición que retuve asimismo hasta mi salida de Moscú.

Este último cargo me obligó a trasladar el centro de mi trabajo al Komintern. Y debo decir aquí, qué era el Komintern, es decir, la sede de la Internacional Comunista, el lugar de trabajo de los dirigentes máximos de los Partidos Revolucionarios del mundo. Un gran edificio sobre una plaza, y en él cerca de mil funcionarios, no todos comunistas. El Komintern se dividía en secciones; en cada sección había un secretariado de dirigentes compuesto de tres líderes, uno o varios empleados auxiliares conforme la categoría de la sección y una secretaría técnica. Naturalmente, el Partido Comunista Soviético tenía la sección más importante. Le seguían en su orden, la de los partidos alemán, chino, francés y polonés. Los partidos comunistas de los Balcanes tenían una sección conjunta, así como algunos latinos. En cuanto a los europeos estaban el italiano, el español y el portugués. Los latinoamericanos tenían su sección. El inglés, el norteamericano, y el canadiense tenían a la vez la suya, como el japonés y el coreano, etc.

La secretaria técnica de cada sección tenía como función: 1. proporcionar material de información y estudio a cada funcionario; 2. hacer traducir a los idiomas indicados la producción escrita de la sección y, una vez controlada su fidelidad, colocarla en los conductos del caso; 3. servir con intérpretes y taquígrafos en las reuniones que lo requerían; 4. servir de ligazón e intermediario a los funcionarios en sus relaciones políticas dentro del Komintern; 5. llevar el control del plan de trabajo adoptado en la sección y el horario de labor correspondiente a cada funcionario.

El día que inicie mis actividades como miembro del Secretariado Latinoamericano pasé por la secretaria técnica para efectos de información personal. Se me pidió la lista de los materiales de información relativos a los 6 países bolivarianos que me correspondieron en el plan. Sobre Colombia pedí *El tiempo* de Bogotá, la *Revista del Banco de la República*, el mensaje presidencial y las memorias de los ministerios; la revista *Colombia* que salía entonces en Nueva York y los últimos informes de la Federación Nacional de Cafeteros que presidía a la sazón el Dr. Mariano Ospina Pérez. Además de los citados materiales —que llegaban regularmente a través de una agencia especial de enlace que funcionaba en Londres— recibía *El colombiano* de Medellín, aunque de manera muy irregular.

Decía antes que no todos los trabajadores del Komintern eran comunistas, y debo precisar esta información. Desde luego, los miembros de secretariados tenían que ser no sólo miembros sino dirigentes, en algún grado de su desarrollo, y naturalmente personas con alguna estructura ideológica

marxista. Pero la gran mayoría del personal estaba compuesto de funcionarios auxiliares y técnicos, y, entre auxiliares y técnicos, la mayoría no tenían Partido o pertenecían a las juventudes comunistas. De todos modos, la Célula del Partido en el Komintern representaba, numéricamente, algo así como 35 ó 40% de todos los trabajadores.

Mi trabajo en el Secretariado consistía en estudiar los materiales, en relacionar éstos con las informaciones y, una vez seleccionados por países y materias, sistematizar los procesos, descubrir los factores históricos que obraban en sus bases y los hechos que los podían impulsar, frenar o hacer retroceder, y sobre tales elementos hacer una ponencia amplia cada ocho días. Estas ponencias podían ser más frecuentes cuando se presentaban situaciones especiales, y generalmente ocasionaban preguntas aclaratorias y discusiones más o menos amplias, que, o bien terminaban con recomendaciones a mi labor, o resoluciones con respecto a los Partidos o sus directivas.

Cuando se presentaban problemas políticos serios dentro de los Partidos, se trataban en las secciones respectivas, algunas veces con ayuda solicitada de jefes de otras secciones. Sino se llegaba a situaciones satisfactorias, entonces era preciso llevar tales problemas al Secretariado de la Komintern que, una vez estudiado a fondo, reunía al personal del caso en el Salón de actos, llamado Salón Rojo, para discutir y tomar decisiones finales. En nuestra sección estuvo varias veces el jefe de la sección china, camarada Ban-Min, cuando se discutieron problemas relacionados con el carácter de la reforma agraria en México y Brasil. En el Salón Rojo asistí,

entre otras, a la discusión de una vieja división existente en el Partido norteamericano; al estudio y división de un problema fraccionalista en el Partido alemán; al análisis de divergencias internas en el Partido español.

Promediaba el año de 1931. Nuestro grupo de habla castellana en el instituto tenía ya dieciocho personas, entre ellas dos jóvenes dirigentes cubanos, tres obreros mexicanos, un panameño, dos argentinos, y un uruguayo. El profesorado se componía de un economista, camarada Harkov; de un sociólogo e historiador, camarada Jonson; del líder peruano que daba clases diversas, y de un hebreo de Odessa que había trabajado en la legación soviética de México, que dictaba un curso de organización de partidos. En las conferencias de extensión actuaban diferentes profesores, entre ellos un jefe bolchevique que fue comisario de Comunicaciones en el primer Gobierno que organizó Lenin, y también el primer diplomático soviético enviado a México. Este viejo bolchevique tenía ciertas funciones de observación política en el Instituto Internacional, y como mereciera yo su confianza, llegó a otorgarme comisiones especiales con respecto a observación de camaradas españoles.

En esos días, es decir, dieciocho meses después de residir en Moscú, conocí personalmente a Stalin. Varias veces antes tuve la posibilidad de ir al Kremlin y estrechar su mano. Pero tales veces sucedían cuando delegaciones extranjeras tenían alguna misión especial, y como yo no tuve ninguna que me autorizara para atraer su atención, no juzgue necesario quitarle ni un minuto del tiempo que tanta falta le hacía. Esta actitud mía no puede, honestamente,

considerarse como indiferencia hacia el primer abanderado de la lucha revolucionaria mundial, en la cual yo tenía un modesto lugar. En mi concepto, era un poco de mi natural modestia que me retuvo siempre en el plano que me correspondía, en donde siempre percibí el espíritu satanlinista a través de los eslabones políticos que unían nuestra distancia. Pero, ¿cómo conocí a Stalin? Esta pregunta se me ha hecho en Colombia a cada minuto.

Una noche, reunidos en una sala teatro unos ochocientos o mil estudiantes y funcionarios, soviéticos y extranjeros, pertenecientes a los institutos e instituciones de carácter internacional, nos disponíamos a escuchar un informe relacionado con la lucha por el cumplimiento del Plan Quinquenal. Los asistentes estábamos situados en zonas idiomáticas, en las cuales había mucho entusiasmo: los alemanes cantaban *Rote Front*, los francés la *Carmañola*, los italianos *Bandiera Rossa*, etc. No sabíamos quien iba a hacer el informante. Se nos había dicho que un miembro del Politburó. Y como los rusos son exactos, la hora indicada se acercaba. En medio de las voces del canto, había también expectativa. Alguien dijo, con admiración: ¡el camarada Stalin! Se cortaron las voces y nos pusimos de pie. Alzamos los puños; un grito en alemán: ¡Viva el camarada Stalin! Un cerrado «hurra» estalló y luego entonamos la Internacional, en los diversos idiomas allí congregados.

Stalin pasó por el medio de la sala con dirección al escenario. Dos camaradas le seguían, igual que Stalin, saludaban las diferentes filas, con leves inclinaciones de cabeza y ambas manos a la altura de la cara. Ninguno de nosotros se movió de su sitio.

Una vez en el escenario Stalin y sus acompañantes estuvieron de pie hasta que terminamos el himno mundial de los trabajadores. En seguida, nos hizo Stalin ligera venia y ocupó la tribuna. Nos saludó en forma estimulante, y luego, sin entonación de discurso, en forma muy sencilla pero elocuente, habló durante diez minutos relevando la significación internacional del Plan Quinquenal. Subrayó la importancia histórica de la construcción del Socialismo en la Unión Soviética, y lo que semejante tarea implicaba para nosotros, que más temprano o más tarde, sobre el modelo de los bolcheviques que forjó Lenin, tendríamos que afrontar y realizar tareas semejantes. Destacó con mucho énfasis, que no sólo había que trabajar heroicamente en el frente de la nueva creación de la sociedad, sino luchar contra las fuerzas que se oponían a su realización victoriosa. Finalmente indicó la desesperada actividad de las corrientes antisoviéticas frente a los pueblos de URSS, y la necesidad de redoblar nuestra lucha conjunta para destrozarse los focos de conspiración antirrevolucionarias que preparaban el asalto de las fronteras de la patria proletaria.

En medio de grandes aplausos descendió Stalin de la tribuna y salió del recinto seguido por uno de los camaradas que lo acompañaban. El otro ocupó la tribuna y empezó diciendo. —Comisionado para presentarles a ustedes un panorama realista del Plan Quinquenal de la URSS, tuve a bien invitar al camarada Stalin para que dijera algunas palabras a manera de introducción. Y, como acaban de oírlo, lo ha hecho en forma tan brillante como es propio de él. Ha tenido que retirarse inmediatamente porque tiene que participar en una reunión muy importan-

te, pero me recomendó presentar a ustedes excusas y decirles que en otra oportunidad podrán verse más tiempo—. Terminada esta explicación el magnífico expositor inició su extenso informe indicándonos la significación de la economía planificada, y en qué condiciones, y bajo qué tipo de sociedad era posible, cuando se trataba de dar conciencia a todas las fuerzas creadoras en armonía con una concepción de conjunto. Pasó luego revista a una situación interna y externa en que se cumplía combativamente el Plan, y terminó fijando las tareas principales que se debían cumplir, en el terreno político, tanto en las masas soviéticas como en las avanzadas revolucionarias del extranjero.

Esta reunión finalizó muy cerca de la medianoche. Y, una vez en mi cuarto, escribí en mi cuaderno de notas: «Stalin es una persona agradable. Hombre al natural, sin afectaciones, incluso piensa uno que no se percibe él de toda su importancia. Nadie puede sentirse cohibido en su presencia porque inspira confianza. Al verlo la primera vez, se siente la sensación de haberlo conocido mucho antes. Sencillamente se mueve sin producir vacíos que pudieran aparecer como cosa estudiada aunque fuesen apenas descuidos. Su voz es firme, su mirada es familiar, y también cree uno que él piensa haberlo visto a uno mucho antes. Viste muy sencillo, igual al traje que me acicalé para las maniobras militares, excepción de la gorra, porque la que usa generalmente Stalin es de vaqueta de color canela, en forma semejante a la que usan los aviadores en sus trajes de parada. Es de buena estatura (cerca de 1.70 centímetros), cuadrado, con estilo militar, muy seguro de sí mismo. Ahora comprendo mejor la actitud de las

masas soviéticas hacia Stalin: es afecto, confianza, respeto, amor. Afecto al hombre-símbolo de la patria que siéndolo no deja sencillamente de ser humano, limpio, recto, respetuoso. Confianza en el doble sentido de la mistad y la trascendencia de la época histórica que dirige. Respeto a todas sus decisiones que todos consideran las síntesis del gran laboratorio del pensamientos de la URSS. Amor al hombre que ama la causa de la redención de los hombres y la sirve con lealtad, con capacidad y firmeza. Stalin no era un ídolo a semejanza de los conductores de pueblos que la historia conocía. Era el nuevo guía de la nueva humanidad que irradiaba el mundo. Stalin tuvo sólo un antecesor: Lenin».

Como yo continuaba mis relaciones con la fábrica metalúrgica que primero conocí en Moscú —y en la cual dictaba un curso de información sobre América Latina—, fui enrolado en el equipo de oradores que debía orientar la elección de diputados a los *Soviets* locales. Esta campaña estaba planeada en el extenso país, bajo el ángulo de llevar a la representación popular los mejores trabajadores, los que ocupaban los primeros sitios en la emulación socialista por cumplir y sobrepasar las cifras de la producción. En esos momentos había sido adoptada la consigna de realizar un plan de cinco años en cuatro, y simultáneamente había sido enarbolada la bandera de la lucha por la calidad, es decir, la lucha por la formación y desarrollo de los equipos técnicos de los especialistas. Pero en la base de toda esta campaña estaba la cuestión de la elevación rápida de todos los niveles ideológicos y políticos, porque a medida que la creación del socialismo crecía, crecían también las fuerzas que pretendían destruirlo.

Moscú estaba dividido en diez zonas que federaban los barrios. Y conforme la estructura del poder político, en cada una de estas zonas había un soviét y en el centro de cada uno de ellos uno especial compuesto por delegados de zona que servía como coordinador, orientador y dirigente del Plan Municipal en su conjunto. Según la ley, cada zona elegía su soviét en proporción al número de población y al mismo tiempo su delegado correspondiente al *Soviet* central de Moscú. El barrio de la fábrica mencionada —barrio Lenin— elegía nueve miembros para su *Soviet* y uno para el central.

De acuerdo con la ley, la población votaba en los lugares de trabajo y también en los circuitos residenciales. Es decir, el día de la votación se instalaban las urnas en las fábricas, institutos e instituciones y también en los sitios residenciales. El trabajador y el estudiante mayor de 18 años, hombre o mujer, votaban en su lugar de trabajo y estudio. En los sitios residenciales votaban las personas hábiles para ello, que no estuvieran incorporadas a las empresas de la producción moderna ni a los estudios para adultos, o que por razón de ocupación doméstica estuvieran en los hogares.

La escogencia de candidatos se hacía de la siguiente manera (como se hizo en la fábrica): después de un periodo de actividad preparatoria, cuando se sabía perfectamente quienes podrían representar con brillo el barrio, se procedió a elegir once candidatos que luego pasarían a la comisión que los escrutaría en un plebiscito abierto, del cual saldría la lista definitiva. Se colocó un gran tablero en el escenario del club. El *presidium* designó a uno de sus miembros para inscribir los candidatos. Este

preguntaba: «¿quién postula un candidato?». Todo quien quería daba su nombre. El tablero se llenó en tres columnas. Hubo en total 57 candidatos. Uno del *presidium* explicó: «haremos una elección de tres vueltas, es decir, votaremos en el orden en que fueron inscritos los candidatos. Colocaremos luego cada candidato con el número de votos que haya obtenido, en forma descendente. Descartaremos 17 de abajo hacia arriba y contraeremos así la votación a 40. Verificada la segunda vuelta, repetiremos el orden de los resultados, descartaremos otros 17 de abajo hacia arriba contraída la votación a 23, daremos la tercera vuelta y escrutaremos de arriba hacia abajo los 10 candidatos definitivos».

En cada vuelta se contaban los votos a fin de verificar las abstenciones que no las hubo. Terminada la votación, los miembros del *presidium* se pusieron de pie lo que todos hicimos inmediatamente. El director del debate —que ocupaba sitio en el *presidium* — preguntó con mucha solemnidad: —¿Declara la asamblea conformidad con la elección que se ha hecho?— Todos levantamos el brazo afirmativamente. Volvió a preguntar: —¿Quiénes están en contra?— Ningún brazo se alzó. Interrogó por fin: «¿Quiénes se han abstenido de votar?» Nadie habló. El director del debate se sentó y todos lo imitamos, menos un trabajador que se quedó de pie y pidió la palabra. Todas las miradas se clavaron en él, que, con voz emocionada dijo:

—Siendo que me hallo investido del mando que me otorgó la fábrica en el *Soviet* que todavía no ha terminado su período, y habiendo sido candidato en esta votación como lo fueron mis dos compañeros (por su numeroso personal esta empresa tenía tres

puestos en el *Soviet*), considero como una censura a mi labor el hecho de haber sido eliminado desde la segunda vuelta. Reconozco, es verdad, como en otras ocasiones lo he hecho, que mi trabajo no ha podido ser completamente satisfactorio, pero ello se ha debido a causas enteramente ajenas a mi voluntad que bien conocen los camaradas. Pido que se considere el caso de rendir mi mandato.

El director del debate explicó el punto diciendo que, no había censura al trabajo que otras veces había sido juzgado. Pero que subsistiendo aún las causas que le impedían dar un rendimiento mayor en el *Soviet*, era lógico que sus compañeros desearan descargarlo de una obligación que no podía cumplir en la medida que él y sus votantes lo desearan. En cuanto a retirarle del mandato, no lo creía del caso.

El asunto terminó allí y la asamblea se levantó. Por lo que supe después el obrero era un magnífico trabajador comunista que se había recargado de trabajo y que, como sucedía en muchos casos, no era todavía bastante organizado y sistemático en su plan individual para ejecutarlo. Su pedido para que se considerara la rendición de su mandato obedecía más a su orgullo proletario que creyó herido en el momento. Claro que la representación popular en la Unión Soviética es cosa muy seria. En primer lugar no es una carrera en la cual el ungido por los votos populares puede colocarse por encima de sus electores. El representante al *Soviet* sigue perteneciendo a su empresa y de ella sigue recibiendo regularmente su estipendio. La empresa, por su parte le cede todo el tiempo del horario que requiera su labor de diputado. El diputado, a su vez, está obliga-

do a rendir informe periódico de su actividad en el cumplimiento del programa que recibe de sus mandantes, los cuales tienen el derecho de retirar el mando (la credencial) cuando no consideren satisfactorio el trabajo. En estos casos, asiste el suplente respectivo, o se elige un nuevo diputado para llenar las vacantes.

Por estos mismos días hubo una elección en el barrio de Lenin para escoger una delegación que debía participar en la conferencia del segundo año de balance del Plan Quinquenal en la región de Moscú. En esta elección fui escogido —entre otros— como representante de la fábrica. Naturalmente me sorprendió esta distinción, pero luego supe que varios extranjeros, entre ellos un negro norteamericano y otro de Liberia, dos húngaros, un francés, un italiano y dos poloneses habían sido electos diputados a varios *Soviets* en la capital. (Así mismo tenía la cifra exacta del acto porcentaje de mujeres que fueron electas diputadas a los *Soviets* de Moscú y de la Unión Soviética en general, pero mis apuntes, que han trajinado mucho, aquí como en otras partes, se han hecho ilegibles).

Cumplida mi delegación en la Conferencia, en la cual hice un informe muy amplio basado en las cifras que me dio el administrador de la fábrica, salí de Moscú en compañía de cinco extranjeros, la ex-actriz traductora y un profesor, hacia un centro textil de Ivavosnezennski. Allí no sólo podríamos estudiar los diferentes aspectos de la producción de hilados y tejidos, sino también las «fábricas-palacios» dado que esta famosa concentración industrial había sido «favorecida» con todo un «plan» de preferencia acordado por los saboteadores. Claro que las

«fábricas-palacios» eran realmente bellas. Lástima que el delito se pueda revestir de tanto esplendor. Los inmensos salones de máquinas que cubrían varios centenares de metros en línea recta, que abrían escuadras amplias y simétricas, tenían un derroche de luz y cristales que fascinaba. La primera «fábrica-palacio» que visitamos me recordó el suntuoso edificio *Bertha* de la plaza de Postdan en Berlín, en donde funcionaba un almacén universal en 1929, con todo el lujo del más grande imperio comercial de Europa. Pero el *Berhta* tenía tres elevadas plantas y la «fábrica-palacio» solo una.

Me abstengo todavía de escribir aquí los datos y observaciones del interior de la fábrica, porque más delante he vuelto a ver empresas textiles. Y en general, porque debo hacerla, en el lugar apropiado, lo resumo solamente todo lo relacionado con las fábricas, su naturaleza, su organización, y el papel real de sus trabajadores. Por el momento consigno apenas algunos apuntes, que pueden ser típicos, y algo sobre el contraste de las «fábricas-palacios» que existen en la localidad desde la época del imperio y las «fábricas-palacios» que de todas maneras hablan el idioma de otro mundo.

Ante todo la región de Ivanovosnezenski fue desde los inicios de la industria capitalista del imperio zarista, un centro algodónero y de cierta manera una fortaleza textil: el Manchester de Rusia. El régimen soviético, aprovechando la experiencia y la existencia allí de obreros especializados, de campesinos productores de la fibra y en general de la población vinculada a la industria de los hilos y tejidos, reorganizó sobre bases nuevas el trabajo, logrando una moderna y muy extensa base textil.

Antiguamente yacían aquí muy cerca dos poblaciones congeladas, es decir, dos pequeños cascos urbanos que no crecían. Pero la instalación de la industria textil que absorbía personal de una y otra población, fue acercando los dos municipios hasta que Ibanov y Vosnezenski se unieron. Con el impulso extraordinario del progreso soviético, ahora es una sola pero grande y rica Manchester proletaria.

Un turista superficial de los que abundan en todas las direcciones del mundo, vería como cosa de propaganda la existencia en Ivanovosnezenski de «fábricas-prisiones» que más parecen «fábricas-tumbas», al lado precisamente de las espléndidas «fábricas-palacios». ¿Por qué estaban allí esas viejas tumbas, en donde todavía hombres y mujeres trabajaban con métodos anticuados? Porque realmente impresionaban: hondas y estrechas galerías que tenían tragaluces o huecos en los muros frente a los sitios de las máquinas, cerrados techos marcados a largos tramos por pequeñas claraboyas, suelos en tierra húmeda, interrupciones de palancas de madera, bandas de cuero, ejes y ruedas en todas las direcciones. Lo único nuevo de estas viejas prisiones consistía en la instalación de luz eléctrica y de senderos de tabla donde se paraban los obreros.

Un empleado nos explicó —Estas eran las fábricas de los primeros industriales rusos, en las cuales explotaban a los siervos que libertó la reforma agraria de 1861. Naturalmente debieron haber desaparecido. Pero las fábricas nuevas, no obstante ser tan grandes y numerosas, son aún insuficientes para absorber la población que se incorpora a la producción moderna. Además, esas viejas instalaciones tienen algo que dar todavía. Algunas máquinas traba-

jan bien, su rendimiento no es mucho pero su calidad satisface. En esta forma, esas fábricas tienen también su plan. Desde luego, allí trabaja un personal adecuado, y en algunos casos sólo en función de enseñar algunos procesos, ligados al aprendizaje que se hace en nuestros institutos técnicos.

De las muchas e importantes cosas que vimos en Ivanovosnezenski, nos llamó poderosamente la atención la fábrica de alimentos. Aquí no se trataba ya únicamente de una cocina moderna, de un comedor bien acondicionado. Era una señora fábrica, casi un «palacio», dividida en secciones, manejada por un personal, casi todos hombres. La directora de esta estupenda fábrica, una dama culta que más parecía profesora de una normal de señoritas, nos explicó la organización de sus dominios. En muchos aspectos esta fábrica era su propia iniciativa, su propio plan. —En primer lugar —nos dijo— aquí se producen alimentos como en seguida se producen hilazas y más allá telas. Nuestras materias primas son productos agrícolas e industriales. Tenemos buenos depósitos que se surten directamente de carne, pescado, leche, queso, trigo, avena, remolacha, grasas, té, azúcar, y en general, cuanto necesitamos...

—A propósito, —la interrumpió uno de los nuestros —¿reciben ustedes productos déficit en cantidades apreciables?

—Ahora en nuestro país los productos déficit son principalmente, la carne de res, las grasas, el azúcar, la leche y sus derivados. Claro que no recibimos mantequilla, por ejemplo. La carne representa sólo el 50% de nuestra demanda, pero completamos la cifra con pescado. Leche y queso tenemos al mínimo de la norma. Azúcar recibimos suficiente en es-

tos días, aunque antes tuvimos un período de mucha escasez.

Luego nos explicó el profesor, al tiempo que la directora acentuaba con la cabeza —Como saben ustedes, la mantequilla, como producto, ahora insuficiente para la demanda del país, se entrega de preferencia a los que realizan trabajos muy pesados, nocivos a la salud o que se desgastan mucho mentalmente: a los mineros, a los obreros químicos, a los maestros, etc. También se atiende a los hospitales, casas de salud y madres en estado de gestación y lactancia. El problema del azúcar está siendo ya resuelto. Hubo una mala cosecha de remolacha y el producto escaseó durante unos meses. Con respecto a la carne, están en marcha una serie de medidas que nos permitieran salir rápidamente de la situación de déficit.

Durante los días de permanencia en Ivanovosnezenski, asistimos a tres asambleas que se caracterizaron por la extraordinaria abundancia de preguntas, y a un acto público en el cual hablé sobre lo que estaba pasando en España. Las tres asambleas no estuvieron previamente planeadas. Se produjeron porque se nos plantearon muchos problemas en la primera lo que nos obligó a que continuáramos dando respuestas en una segunda, que tampoco nos fue suficiente y que a juicio de nuestro profesor y los dirigentes del lugar acreditaban una reunión final. Las principales preguntas fueron las siguientes:

—¿A qué edad empiezan a trabajar los jóvenes en España?

—¿Qué diferencia tienen en la vida, los hijos naturales y los legítimos, en los países de América?

—¿De qué se componen los alimentos de una familia obrera en Alemania?

—Cuando un trabajador y una trabajadora se casan, ¿cómo se distribuyen los gastos?

—Aquí sabemos que existen sala-cunas en los países capitalistas, dígnanos ustedes, ¿esta presentación tiene un carácter amplio para las obreras?

—¿A qué dedican su tiempo los desocupados, en Berlín, por ejemplo?

—¿Cuál es la edad fijada para la jubilación de los obreros en Francia?

—¿Qué porcentaje de su salario paga un trabajador por concepto de alquiler de su vivienda en Sofía?

—Si resulta más ventajoso para los patronos el trabajo de sus obreros al destajo, tarea, metraje, etc., ¿por qué no trabajan todos de esa manera?

—¿Qué relación tiene el salario del aprendiz con el salario medio del obrero textil de Alemania?

—¿Tienen sus clubes los obreros en las fábricas de España?

—¿Las personas de edad, no jubiladas, cómo viven en los países de ustedes?

Sería excesivamente extenso dar aquí siquiera una síntesis de cómo dimos respuesta a las preguntas transcritas, que, como dije antes, son apenas las más importantes. Asimismo, debo renunciar a citar las cuestiones que planteamos nosotros porque estas notas de mi residencia en la Unión Soviética tienen que ser realmente muy breves. Dejo constancia eso sí, que tanto en Ivanovosneznski como en los otros lugares que visité, los trabajadores nos preguntaron con absoluta libertad cuanto quisieron, y que contestamos —como en todas partes contesté—

sin ninguna pauta, si ninguna indicación ni sugerencia. También nuestras preguntas fueron aquí — como las muchísimas que hice en otras ocasiones— absolutamente libres de la más leve sugerencia.

No tengo en mis notas la fecha. Pero en este año, a tiempo que se aplastaba el sabotaje en todos los frentes, a tiempo que se liquidaban los grupos de resistencia, contrarrevolucionarios de los *Kulak* y por toda la faz de la tierra soviética se luchaba contra los espías y provocadores, se produjo en Moscú y simultáneamente en todo el país una extraordinaria discusión política que duró varios meses, y que sirvió para elevar la capacidad teórica del pueblo y consolidar ideológicamente los éxitos alcanzados en la realización del Plan Quinquenal. Esta discusión se presentó de la siguiente manera:

El conocido historiador Emiliano Yarolavski, presidiendo un colectivo de especialistas en la materia, había sido encargado de escribir un texto superior, *La Historia Contemporánea Rusa*, naturalmente Soviética. Dicho texto comprendía, como es lógico, el período prerrevolucionario, la toma del poder político por el pueblo en 1917 y la organización combativa del gobierno obrero y campesino. Un tomo de dicha obra salió a la luz y Stalin lo leyó. Inmediatamente dirigió una carta abierta a la *Revista Bolchevique*, órgano teórico del Partido Comunista Ruso, señalando una serie de tergiversaciones y falsedades de típica procedencia trotskista. Stalin acusó de «liberalismo podrido» a los historiadores soviéticos que toleraban tales tergiversaciones y falsedades, o al menos, faltos de vigilancia puesto que permitían que se filtrara el contrabando del trots-

kismo contrarrevolucionario, es decir, la falsificación de la verdad en los propios campos encomendados en su defensa.

La carta de Stalin y los apartes de la «historia» a que se refería fueron llevados a todos los organismos del Partido bolchevique y luego a toda la masa, inclusive a los altos institutos e instituciones. No era una cuestión de Partido sino de toda la URSS, y por esto era del Partido, como lo son todas las cuestiones que defienden los comunistas rusos. El Partido Comunista Ruso no es una fuerza separada del pueblo y ni tiene otra línea política que no sea la que conviene a los intereses y aspiraciones del pueblo. El Partido es la fuerza más progresista en el país de los *Soviets* y su prestigio principal se cifra en ser abanderado del progreso. El Partido es el timón de la gran nave, el guía insuperable del pensamiento y su proletariado. Y comprendiendo plenamente su papel histórico, el Partido Bolchevique se colocó a la cabeza de una profunda discusión teórica que habría de sacar las más ondas raíces ideológicas de la contrarrevolución enmascarada en siluetas y desfiguraciones de la historia.

El proceso del método para esta discusión se desarrollo de la siguiente manera: 1. Se hacían y distribuían copias de los materiales en cuadernillos mimeografiados, desde luego en idiomas extranjeros para los institutos e instituciones de carácter internacional; 2. una vez estudiados tales materiales, lo que a veces se hacía ampliando los conocimientos consultando informes, libros y archivos se oía una ponencia o exposición que orientaba el análisis histórico hacía su contenido principal de fondo; 3. oída la ponencia de la cual se tomaban notas

—cuando no se estenografiaba—, se habría la discusión, en la cual participaban los asistentes en el orden en que se inscribían; 4. en el curso de las intervenciones o exposiciones interpretativas de la materia, el profesor o ponente tomaba notas por cada orador y terminadas las intervenciones, el profesor hacía una estimación crítica de cada una de ellas, y luego extraía las principales conclusiones, en el orden teórico y político; 5. las conclusiones también se discutían y sobre ellas se hacían resoluciones en las cuales se expresaba el pensamiento del colectivo.

Un breve resumen de la trascendental discusión, podía ser el siguiente: algunos historiadores miembros del equipo que redactó el texto de historia soviética, prevalidos de la confianza que depositó en ellos, Emiliano Yarolavski, entregaron capítulos de su trabajo directamente a la casa editora. Y como fueron o estuvieron influenciados por el trotskismo, lógicamente pudieron introducir su contrabando.

Este contrabando consistía en: 1. atribuirle a ciertos hechos importantes del período prerrevolucionario y de la Revolución misma influencia, decisión y hasta iniciativa de León Trotski, cuando en realidad no era cierto; 2. acomodar pasajes fundamentales de la historia a las falsas concepciones, ideas y opiniones de Trotski y sus amigos; 3. velar con sutilezas el juego y las figuras de elementos antibolcheviques que, disfrazados de marxistas ortodoxos, alentaron siempre toda oposición contra Lenin y después contra Stalin. Desde luego, era necesario arrancar de los primeros días del presente siglo, y en las condiciones concretas de cada época, analizar políticamente a León Trotski, sus concep-

ciones teóricas, sus esquemas ideológicos, su acción en los hechos de la historia y las consecuencias de tal acción.

Trotsky era un intelectual de tipo occidental radical. Paranoico, tenía en su mente las concepciones fijas que no dejó evolucionar por su vanidad, por ese apasionado narcisismo que le hizo ver pequeños a todos los hombres de su tiempo. Como escritor de fronde y orador preciosista, había ganado entre los intelectuales greco-latinos una extensa reputación de «inteligencia revolucionaria», lo que naturalmente les hizo ver a muchos letrados «izquierdistas» al «cerebro» de La Gran Revolución Soviética en él. Trotsky no fue nunca un bolchevique; no pudo o no quiso ser un intelectual proletario, es decir, marxista. Los intelectuales de escuela burguesa, metafísica, idealistas en el sentido filosófico, dogmáticos y místicos en esencia, no conciben la intelectualidad, como la expresión ideológica de las clases sino como la espuma de la sociedad, tomando esta sociedad en forma general y abstracta. Para estos intelectuales, Trotsky siguió siendo su congénere, su hermano del Olimpo.

Trotsky expresó, durante algún tiempo, el estado de ánimo, la inconformidad, la ira, incluso el estallido de ciertas zonas pequeño burguesas radicalizadas, compuestas de personas que eran o presumían ser intelectuales, jóvenes estudiantes, artesanos desorientados, anarquistas sin matrícula.

Como actitud lógica, Trotsky fue menchevique en el período de la lucha de Lenin por forjar el Partido Bolchevique, es decir, el Partido proletario. Trotsky y sus satélites concebían y luchaban en la oposición por un Partido pequeño burgués, esto es, por una

agrupación espontanista, pero en todo caso bajo la «orientación» y comando de los intelectuales pequeño burgueses. Para Trotski y sus amigos, un Partido obrero uníclasista era impensable, inadmisible la estructura celular, el trabajo en los organismos de base, la disciplina conciente y voluntaria pero de acero, el centralismo democrático y en general, los problemas de organización y los métodos de la lucha de masas.

Para Trotski, la revolución como él la concebía, tenía que ser la obra de grupos de «selección» intelectual. Para él, la masa era poco menos que una cosa amorfa, algo así como la cola que sigue a los cometas, es decir, a los astros como se juzgaba él. Bajo esta concepción, y con semejantes esquemas, resulta lógico que fuera Trotski cabecilla de grupo, primero como menchevique y después como trotskista.

Durante la primera guerra mundial, Trotski encabezaba un grupo de «internacionalistas» que hablaba de la «revolución» pero que no se ocupaba de organizarla en ninguna parte concretamente. Mientras Lenin, Stalin y en general los líderes Bolchevique saturaban con las ideas al pueblo ruso y organizaban su vanguardia, incluso en los frentes de guerra; y mientras, siguiendo los acontecimientos políticos y militares, veían la posibilidad de aprovechar las contradicciones íterimperialistas en el viejo y carcomido imperio zarista, para el asalto final al poder. Trotski y sus amigos continuaban haciendo gargarismos con las palabras extremo-izquierdistas.

Naturalmente, Trotski y su grupo, como gentes que expresaban el estado de ánimo de sectores pequeño burgueses radicalizados, entraron a formar

parte del frente popular o alianza democrática que los bolcheviques organizaron para oponerse victoriosamente al zarismo feudal y militar, y también a la segunda fuerza de la reacción burguesa imperialista que rodeó a Kerenski, creyendo así desviar la revolución obrera y campesina. En dicha coalición participaron grupos, Partido y corrientes que después tomaron diferentes caminos, algunos incluso los de la conspiración y el atentado personal contra Lenin.

Trotsky, estimulado por la fuerza creciente de los bolcheviques, solicitó su ingreso al Partido. Para los creadores de la prestigiosa vanguardia del proletario ruso, el arribo de Trotsky a sus cuarteles podía ser visto como un verbo y una pluma que ganaba el frente de la revolución. ¿Por cuánto tiempo? En esto había diversas opiniones desde luego con fundamento como se demostró más adelante, cuando trotskistas de «escuela» que se afiliaron al Partido se convirtieron en bolcheviques, y trotskistas —como el propio Trotsky— regresaron a sus viejas posiciones o se crearon otras, incluso en la primera línea de la contra revolución.

Desde luego, Trotsky no podía ocupar un sitio de fila en el Partido Bolchevique, sobre todo en el período de mayor actividad del bloque. Y, como una pluma y un verbo, se le hizo vistosamente Comisario de Guerra. Esto no significaba —como sus amigos lo propagaron en el extranjero— que se le convirtiera en artífice creador del Ejército Rojo. Este mérito pertenece a Lenin, Stalin, SverdloSKI, Frunse, Krylenko, Zhadanov y otros destacados bolcheviques. Trotsky fue aprovechado como mascarón de proa en la nave del Ejército Rojo que nacía.

Y se le sostuvo allí cuanto fue necesario, advirtiendo que no hubo una situación difícil que supiera sortear, ni como político y mucho menos como militar. Un ejemplo de lo afirmado aquí es su actitud frente al comando alemán en el tratado de la paz separada de Brest-Litov. ¿En qué consistió esta actitud? Veámoslo en pocas palabras:

La consigna principal de los bolcheviques era terminar la guerra. Y para ello se requería firmar una paz separada con los alemanes que, victoriosos en todo el frente oriental, tenían su estado mayor en la ciudad polonesa de Brest-Litov y sus líneas mucho más adelante de Minsk. Aceptada esta paz en principio, el Gobierno Obrero y Campesino, era presidido por razones obvias, por el Comisario de Guerra. Una vez frente a los mariscales del Káiser, Trotski contestó al primer planteamiento de conjunto, de la siguiente manera.

—Nosotros no queremos ni la paz ni la guerra: queremos la revolución.

Los alemanes, en presencia de semejante dislate, carente de sentido en ese momento y que realmente cerraba el camino a las negociaciones, despidieron a los plenipotenciarios del nuevo gobierno para que primero se pusieran de acuerdo y definieran su posición. Lenin y sus inmediatos colaboradores se indignaron ante la actitud del «Comisario Rojo» y, una vez más establecido que había firmar un tratado de paz con los alemanes, seguramente muy desventajoso pero que otorgaba una tregua, se prescindió de Trotski, se puso a la cabeza de los plenipotenciarios a un bolchevique y se concluyó la negociación.

Y, a propósito de las posiciones de principio, León Trotski fue siempre antibolchevique: 1. Mecanizan-

do el marxismo y congelando las consignas, hablaba de la revolución permanente, sin miramiento alguno a la ley del desarrollo desigual del capitalismo y por consiguiente a los factores de la revolución, que, descubrió Lenin; 2. sin el menor sentido de la estrategia bolchevique, Trotski rechazaba el aliado principal del proletariado, es decir, al campesinado, estereotipando absurdamente el desvío de los campesinos franceses en 1851; 4. Trotski tenía un esquema idealizado de la revolución, según el cual los pueblos —o para él mas concretamente los obreros—, debían rebelarse sin miramiento a fronteras, desde luego sin análisis de las respectivas situaciones históricas, 5. según Trotski, el socialismo como período de transición hacia el Comunismo, no era posible en un sólo país, incluso si ese país era la extensa y rica por naturaleza Unión de Repúblicas Soviéticas.

En tal mundo de concepciones arbitrarias, es lógico que Trotski pasara a partir de 1922 a un campo de oposición a los bolcheviques. La nueva política económica, que constituía un paso atrás genial para preparar dos adelante, y que produjo en el capitalismo internacional la ilusión del regreso de los bolcheviques a las fronteras ideológicas de Kerenski, sirvió de ocasión a Trotski para volver a poner el traje antibolchevique que había guardado en 1917.

En 1922 inicia Trotski su lucha, abierta unas veces y soterrada otras, contra la unidad política del pueblo soviético, desde luego enmascarado en su vieja pose extremo-izquierdista. En algunas partes pretendió apoyarse en sectores obreros a quienes infundía un falso orgullo vanguardista que conducía al menosprecio del campesinado, es decir, hacía el debilitamiento de la alianza que tenía el poder y

por consiguiente contra el poder mismo. Trotski buscó y en cierta medida consiguió respaldo entre el rezago de los intelectuales de la Rusia zaristas y de algunos estudiantes influenciados por él. Y por este camino que llamaba de «Libertad de discusión» y que era realmente el camino de la contrarrevolución, Trotski llegó a hablar del «Termidor» soviético y de un «hombre a caballo» que naturalmente sería él: esto es, en lugar de Napoleón Bonaparte, León Trotski.

Muerto Lenin en 1924, Trotski pensó (como pensaron sus congéneres y como piensan aún ahora con respecto a Stalin) que caído el creador de los *Soviets*, sus colaboradores y discípulos pelearían por repartirse el legado; que tal pelea de caudillos fraccionaría al pueblo en grupos, Partidos y corrientes, y que, el genio y mago de los destinos del universo, tomaría las riendas del soñado caballo napoleónico. Ignorando como ignoran sus congéneres del mundo capitalista que la gran Revolución Soviética triunfante dio nacimiento a un nuevo hombre, a un hombre-pueblo que se desarrollaba en cada dirigente, a un hombre-producto que se hacía al mismo tiempo que otros muchos, a un hombre que yendo adelante con una bandera, se le remplazaba con otro cuando caía; ignorando la naturaleza marxista de la nueva Sociedad y la estructura bolchevique del nuevo hombre, Trotski pensó que, muerto Lenin, él sería jinete del caos.

Desde luego la lucha de los bolcheviques contra las concepciones y actitudes de Trotski, se hizo mucho más recia en 1925 debido a que, en tal año, se discutió hasta definir la orientación estructural de la economía socialista de la URSS. Esta discusión

se desarrollaba de la siguiente manera: 1. ¿Seguiría la concepción clásica de ser un extenso campo agrícola que surtiera su población de trigo y vendiera a los mercados occidentales de Europa su cantidad sobrante, ampliando a su vez una pequeña industria suplementaria de consumo interior? 2. ¿Optaría por una orientación nueva basada en la creación de la industria, esto es, en la producción de medios de producción, grandes máquinas y montajes modernos, transformando simultáneamente el campo sobre la línea técnica agroindustrial y la colectivización de su población? Estos dos caminos, naturalmente, daban mucho material de discusión, y permitieron el surgimiento de una peligrosa tendencia derechista, que planteó a los bolcheviques la lucha en dos frentes: contra el trotskismo camuflado de izquierda y la derecha disfrazada de «buen sentido».

Para los bolcheviques, dirigidos por Stalin (sucesor natural y continuador lógico de Lenin) no existía ninguna duda y por consiguiente ninguna vacilación respecto a la adopción del camino estructural de la economía de la URSS que significaba su plena independencia del mundo capitalista y desde luego la premisa esencial del socialismo. Este camino tenía que ser el de la creación de la industria pesada, industria fundamental que sirviera de base a la industrialización del país, incluyendo la variedad agroindustrial del campo. La tendencia o desviación de tipo derechista alejaba el temor de que, sin una rápida y amplia producción de artículos de consumo, surgiría el descontento de las masas. Pero semejantes argumentos, en las condiciones concretas, significaban realmente desconfianza en las masas, menosprecio a su capacidad creadora, miedo ante la magnitud de la tarea.

Como es obvio, la tendencia derechista llevaba también agua al molino del trotskismo que se sentía estimulado ante la ilusión de que surgiera el caos en el frente bolchevique. Y, por el momento político en que podría retardar y hasta echar a perder los planes de la construcción del socialismo en la URSS, y por coincidencia con las tendencias derechistas archi-demócratas del mundo capitalista, seducidas por el ascenso de la producción que siguió a la crisis de la posguerra, la desviación capituladora que inspiraban Kámemef, Zinóviev, Bujárin, Tómski, y otros, se convirtió en el peligro principal, para la Unión Soviética y la revolución mundial.

En esta lucha de dos frentes, los bolcheviques condujeron hasta 1927 la discusión con Trotski. Y lo que más caracterizó a éste fue su papel de simulador. Destruídas sus «tesis», pulverizadas sus ideas de oposición, aceptaba con falsa dignidad revolucionaria la decisión final y se obligaba a trabajar dentro de la línea política general trazada por el Comité Central del Partido. Pero inmediatamente después reanudaba sus actividades antibolcheviques. Trotski clamaba por la «libertad de oposición», por el «derecho a la existencia de grupos y fracciones» dentro del Partido, como si la URSS fuera igual al imperio británico y el Partido bolchevique semejante a cualquier Partido liberal burgués y terrateniente. Pero realmente, lo que Trotski deseaba era no dejarse despegar del Partido de Lenin y Stalin porque allí veía su mejor campo de operaciones disolventes.

En el citado año de 1927, Trotski pretendió exhibir en Moscú una manifestación paralela el 1 de Mayo, contando para ella con algunos estudiantes y

personas de origen pequeño burgués que tenía influenciadas y, en algunos casos, organizadas como «grupos de oposición». Ante hechos tan insólitos, el Comité Central del Partido Comunista planteó al contumaz desorganizador de la energía popular soviética, el último dilema; o aceptaba y cumplía honestamente la tarea que se le asignaba en un sitio estratégico de oriente, o isalía del territorio de los *Soviets!* Trosky no aceptó la tarea que se le daba como oportunidad para que demostrara su fibra revolucionaria, diciendo que se le quería «desterrar» alejándolo de Moscú; y prefirió salir de la Unión Soviética, declarándola «invivable».

El trotskismo como es sabido de todos, no fue solamente un problema para la URSS y su Partido bolchevique, sino también para los Partidos comunistas del extranjero. En Alemania, por ejemplo, el Partido de los proletarios revolucionarios llegó a verse dominado por el trotskismo, a tal grado, que tuvo a la cabeza la más fiel imagen del propio Trotski, Ruth Fischer, que luego sirvió como espía y provocadora fascista. Otro ejemplo sería el heroico Partido comunista chino, desviado casi en bloque por el líder Lili-Siam que mezcló las concepciones trotskistas que con tipo de aventurismo asiático que pudo haber jugado la revolución popular de la China a favor del imperialismo feudal y militar del Japón, exactamente cuando el Mikado preparaba el asalto a la Manchuria, si los dirigentes del Komitern no intervienen para evitarlo.

Finalmente, la discusión puso en claro: 1. Que no tenía fundamento alguno la idea por algunos trotskistas propagada, consistente en hacer aparecer a Stalin y Trotski en una lucha personalista por

el comando soviético y mundial de la revolución. 2. Que la forma frecuente en los países capitalistas — de colocar a Trotski al lado de Lenin—, pretendiendo establecer un paralelo imposible, era propia de la burguesía que deseó siempre rodear de «prestigio revolucionario» precisamente a quien consideró indicado para minar el poder Soviético. 3. que Trotski fue el cabecilla de una oposición antibolchevique en la URSS y por consecuencia de una fracción en el movimiento revolucionario internacional, hasta 1927, pero que de éste año a 1930, se convirtió en contrarrevolucionario dedicado a forjar armas contra el poder de los *Soviets*. 4. que Trotski había llegado al campo de los peores enemigos de la existencia de la URSS, en consecuencia se ocupaba en la tarea de colaborar con los propios fascistas en la preparación de la guerra antisoviética. 5. que la burguesía mundial era trotskista en la medida que podía utilizar a Trotski en su lucha contra los movimientos contrarrevolucionarios de las masas en sus países, y en cuanto le sirviera como atizador de la guerra contra los *Soviets*.

Corrían los, primeros días del otoño cuando fui designado para rendir un informe sobre España en una gran fábrica de caucho, situada en las cercanías de Moscú. Estuve a la hora prefijada en la escena de una amplísima sala teatro de la misma empresa. Iluminada profusamente, con aire acondicionado y varios altoparlantes, estaban ocupadas todas sus sillas que no eran menos de diez mil. Como en todo acto semejante, el programa se componía en una parte política y otra artística. En la parte política figuraba yo únicamente. De pie ante una mesita con carpeta roja que tenía una jarra con agua

y un vaso, hablé sobre los principales aspectos de la situación española. Senklím hizo una magnífica traducción. Cuando bajé de la escena se corrió el telón. Pensé salir inmediatamente para regresar a Moscú, pero recibí un billete escrito en español en el cual un artista me pedía subir a su camarín.

Obviamente acudí a la solicitud. Se trataba de una cantante ucraniana que había estado en España y también en Argentina y Uruguay, que me había escuchado directamente y tenía entusiasmo de conocer «el orador español». Tan pronto terminó el entreacto, me pidió que asistiera a la parte artística, prometiéndome un sitio en el automóvil de los artistas para regresar hasta mi propia residencia del boulevard Boljonka. Claro que accedí. La artista ucraniana cantó dos canciones que gustaron muchísimo. En general fue muy brillante el acto que terminó al cruce de la media noche.

Pero los artistas no me condujeron directamente a mi residencia. Primero tuve que acompañarlos a tomar té en su club. Se portaron conmigo en forma fraternal. Tal vez eran ya las tres de la mañana, cuando abrí la puerta de mi cuarto, no sin antes guardar una tarjeta que tenía impreso el nombre de la dama ucraniana: Margarita Mirónnova Tersánova, su dirección en Moscú, y luego un agregado a lápiz indicándome la hora de la tarde en que me esperaba para tomar el té y conversar de España. Cita que cumplí a título de caballero. Bueno, me fue tan cordial, tan humana, que me empezó a interesar. Pero, en mí existía una contradicción. Romántico, sentimental, demasiado sensible en achaques de amor, me sentía impulsado a la hoguera como las mariposas. Pero amargado con cierto sedimento de dolor

en mi vida pasional, sentía recelo, miedo de verme en una red como un pez con sus alas cautivas. Jamás he sido hombre de aventuras fugaces y por otra parte, la mujer soviética, aunque Margarita no era de la última generación, estaba ya lejos de la irresponsabilidad propia de la juventud de los países capitalistas.

Y debo hacer aquí una explicación sobre las relaciones de amistad y de amor que anuncié muy atrás, basado no solamente en mi propia vida, sino y principalmente en mis asiduas observaciones. Pero antes cito mi primer «caso»: Eugenia (que tal era el nombre de la joven estudiante de ingeniería) me escribió dos cartas de Leningrado. Mi situación era muy difícil. A pesar de que llegué a Moscú con una llama encendida en Berlín, amé a Eugenia porque tuvo para mí una actitud de hermana buena, porque puso sobre las alas quemadas de mi corazón, no las brasas de otra pasión sino el aceite de su dulce amistad. Eugenia me miraba tal vez como un niño salido de una selva de dardos, herido y amargado. Y, quizás por eso, me trataba muchas veces con una bella entonación profesoral.

De todos modos Eugenia se divertía entrando de puntillas a mi trabajo para taparme los ojos con las manos sin que yo la viera. Y muy quedita me decía al oído en ruso que me quería. Se reía como una granada reventada en el sol cuando yo balbuceaba mis primeras palabras en el idioma de Púshkin. Con Eugenia asistí a las primeras óperas y conciertos de Moscú. Juntos paseamos los jardines del parque cultural Máximo Gorki, y como dos siluetas vagamos muchas veces en la noche por las riberas del Moscova. Sobre los puentes acodados en las baran-

das, viendo correr el agua y reflejarse la luna en los remansos, hablamos de nuestras vidas, de nuestros anhelos, de nuestras ambiciones. Limpia y rubia como una espiga de trigo, le acompañé siempre hasta su casa.

¿Qué hacer? Eugenia me planteó la situación — Usted queda conmigo en la URSS o yo voy con usted al extranjero. Unidos o separados. No quiero pensar siquiera que nuestro amor engendre una tragedia. El abandono, el olvido. Eugenia hablaba con una solemnidad que hacía sentir frío.

Realmente yo no podía quedarme en la URSS, y ni siquiera soñar con que pudiera viajar con ella al continente americano. El impasse se metió a mi cabeza, como un martillo para golpearme día y noche. Y debajo de la cabeza estaba el corazón, tan oprimido como una colonia inglesa.

Su viaje a Leningrado me creó un vacío inmenso, su ausencia me rodeaba de una soledad medrosa. Pero, ¿no era, al fin, una salida heroica del impasse? Sin embargo, yo no podía decir esto. Porque la quería, porque la sentía ya viviendo en mí como una esperanza. Por todo esto, contesté su primera carta, así, como un hombre que lucha para vencer un obstáculo. Pero el trabajo me absorbió, salí de Moscú, me alejé de los sitios impregnados de su imagen, de su voz, de su risa. La vida me puso delante de los ojos de muchos paisajes. Pasaron los días y cuando recibí su segunda carta no le contesté. ¿Qué podría decirle? Y quizás fue esta la manera de ser franco. Ella me comprendía exactamente, y yo sé que leyó mi silencio con exactitud: No puede quedarse en la URSS y ni siquiera soñar en que pudiera viajar conmigo al continente americano.

Margarita era otra personalidad. No era jovencita. Había vivido más de un amor. Fue la esposa de un escritor comunista, que viajó a Turquía en 1922 y jamás se volvió a saber de él. En 1928 se unió a un oficial que viajó también al extranjero y cuando regresó, en ambos estaba apagada la llama de la pasión.

Decidieron separarse y seguir siendo apenas vecinos de la vida, que, cuando se veían, se preguntaban por las cosas de las casa, por las novedades que pudieran tener alguna importancia.

Yo no pude amar a Margarita intensamente. Era buena, inteligente, culta. Al piano me hacía vivir momentos de dulzura inefables. Cuando cantaba se llevaba mi espíritu a través del mar, arrullado en las olas. Con Margarita conocí los epicentros del arte en Moscú. A su lado absorbí las grandes operas de Púshkin: *Eugenio Oneguín*, *Boris Godunov*, *El prisionero del Caucaso*. A su lado estuve en el conservatorio central de Moscú en los más espléndidos conciertos, en la consagración de solistas brillantes, de coros estupendos. En su compañía conocí residencias de artistas, historia, anécdotas. Margarita llenaba en mí una parte de la vida, mi amor al arte. Pero no llenaba completamente mi corazón, algo había entre nosotros que se alzaba como zarza. En sus ojos una mirada de recelo que me decía: «¿Cuándo te vas?» En los míos un resplandor donde se veía traslúcida la imagen de otra mujer.

Sin embargo, menos enamorados que amañados; amigos mucho más para vivir la realidad presente que para planear ambiciones del futuro; sin tanto fuego pasional que ardieran nuestras vidas, ni tanto frío que pudiera helarlas. Compartimos el tibio

somier de la adornada alcoba, hasta el mismo amanecer en que, sin ella saberlo, emprendí mi viaje de regreso a América.

Algunos extranjeros que llegan a la URSS, confunden el trato fraternal de las mujeres soviéticas con indicios de liviandad sexual. Creen ver en las jóvenes alegres y confiadas de sí mismas, posibles aventuras sentimentales, romances sevillanos o truculentos episodios tropicales. El extranjero que llega al país de los *Soviets* vinculado a organizaciones populares — Partidos, sindicatos, cooperativas, sociedades de arte etc.— es recibido fraternalmente. Hombres y mujeres tratan de hacerle su estadía agradable. Y como si fuera un pariente que regresa después de una larga ausencia, se interesan por mostrarle sus fábricas, sus clubes, sus teatros, sus *koljós*, bibliotecas y museos. Pero al mismo tiempo desean saberlo todo y por ello preguntan por las cosas más grandes y pequeñas del mundo capitalista.

Las mujeres que son libres como los hombres e independientes como ellos, tienen su personalidad formada en las concepciones y costumbres austeras de la nueva sociedad. Mujeres con un sentido real de la vida, con una firme conciencia de su destino social y una visión perfecta del porvenir de su patria y de su propio porvenir, no pueden ser mujeres que «piensen» y obren sexualmente. No son únicamente Evas de reproducción y mucho menos carne de placer, instrumentos de vicio, sino ante todo personas, seres pensante, unidades responsables en una comunidad humana, organizada sobre la base del trabajo. La confiada actitud y natural alegría de las jóvenes soviéticas es el resultado de una vida nueva, en la cual cada persona tiene un sitio seguro

en la sociedad que le permite vivir sin azares el presente y mirar el futuro sin temores.

Educada la mujer sin frivolidades, sin engañosas ilusiones, sin la criminal superchería del «pecado», el «arrepentimiento» y luego el «perdón», es lógico que se ha redimido, y ante todo se ha descubierto y valorizado en la escena de la vida social y humana. Esta nueva mujer ama con nobleza y se une al hombre por afinidades, por sentimientos, por leyes de atracción vital en el crisol ordenador de la naturaleza. Como es obvio, no puede ser superficial, no puede ser instintiva, no puede obrar al «azar» ni jugar a la aventura. La mujer soviética como la sociedad que la hace física, moral e intelectualmente, es previsiva, y no esperara a que se nuble su cerebro con el humo de una hoguera de pasión para «reflexionar» después.

Naturalmente, esta nueva mujer, cordial, afable, sencilla y buena, es, a veces, falsamente enfocada por las lentes de algunos extranjeros lascivos, viciados sexualmente y en general acostumbrados al vergonzoso comercio de la prostitución. Como es obvio, sufren terribles desilusiones que incluso les afecta la vanidad y les hace «ver» todo detestable. Claro que hasta los años de 1930 y 1931, era posible hallar mujeres de la vieja sociedad zarista que clandestinamente atrapaban a sus «clientes»; mujeres ambulantes que venían de alejadas provincias a los centros urbanos de mayor progreso, y que, sin ningún sentido de la nueva sociedad, traficaban con su sexo mientras eran localizadas y conducidas a lugares de redención, es decir, de trabajo. Habiendo llegado a este punto, debo dar una explicación a propósito:

El Poder Soviético, al organizar la sociedad bajo la divisa: «el que no trabaja no come», abolió todas las formas de tráfico antisocial e inhumano que tuvieron vigencia en el zarismo: la especulación, la usura, la prostitución, etc. Desde luego, acabar con el mercado sexual no podía ser únicamente una cuestión de principios sino también una tarea de orden práctico, compleja, dilatada. Pero esta tarea se realizó con éxito. En primer lugar, se tomó el problema de forma realista: 1. Mujeres públicas que se constituían algo así como la aristocracia del gremio; 2. mujeres de una categoría media, y 3. mujeres de ínfima situación. Estas diferentes zonas obedecían a diversos factores que, para efectos prácticos, daban los siguientes resultados:

1. La categoría aristocrática del gremio se componía de una minoría que huyó en gran parte, al lado de los jefes y oficiales del ejército zarista hacia Polonia, Austria, Hungría, etc.; 2. El sector medio se adaptó espontáneamente, en parte, a las nuevas condiciones; 3. La tercera zona, mucho más amplia, se dividió también, adaptándose una parte al trabajo e incluso participando en la lucha armada contra los ejércitos imperialistas invasores como se pudo ver en Odessa y otros lugares. Los grupos rebeldes a la nueva sociedad fueron enfocados sobre la base de un tratamiento especial de reincorporación social y humana: se organizaron casas talleres, hogares fábricas. Allí se conducía a las rebeldes, se les instalaba en buenas alcobas, se les alimentaban bien, se les vestía. Naturalmente eran obligadas a estar limpias y en general a observar los reglamentos de estos reformatorios que tenían directora y profesoras de diferentes oficios y que, conforme el método

de asimilación, enseñaban a las reclusas, siguiendo sus aficiones y actitudes, diversas labores que pronto les formaban hábitos de trabajo y capacidad de ingresar a la producción del país.

Vi trabajando muchas de estas anteriores víctimas del injusto orden social zarista, en fábricas e incluso en instituciones y hasta militando en el Partido Bolchevique, lo que constituía eso sí contadas excepciones. En muchos lugares las vi como directoras de talleres, de secciones de empresas y de las mismas empresas también las vi como administradoras de cooperativas, y con frecuencia ocupando posiciones importantes en diferentes sitios como trabajadoras honestas y disciplinadas que pertenecían a los sindicatos. Muchas de ellas realizaban trabajo voluntario en las organizaciones auxiliares del Partido, y no eran pocas las que portaban con orgullo, su carné de *undarnik* s, es decir, de trabajadoras de choque. Los trabajadores como norma impuesta no les mencionaban el pasado a las mujeres que pasaron por esa etapa de vergüenza.

Pero puesto que hay gente en el mundo capitalista que no concibe una sociedad sin mercado sexual, incluso personas que presumen de cultas y hasta de moralistas, debo terminar esta explicación contestando a un interrogante que muchas veces se me ha hecho: y ¿qué hacen entonces los jóvenes, hombres y mujeres que no se hayan casado ante los impulsos de la naturaleza? Claro que no se puede comprender este problema sino se comprende primero la naturaleza de la prostitución que, por regla general, obedece a los siguientes factores:

1. El carácter de mercado que tiene una sociedad donde todo se vende y se compra, lo que natural-

mente forma una psicología que predomina, en el orden práctico, en la vida real, sobre cualquier otra consideración de orden moral, civil o religioso. 2. A la miseria y desamparo de los hogares pobres en donde la prostitución hace sus víctimas por hambre, por desnudez e ignorancia. 3. Al fomento comercial de los vicios que incluso reglamentan los gobiernos y convierten en renta de sus fiscos. 4. A la exigencia de señoritos y señores sin oficio y con dinero que pueden dedicarse a la compra y seducción de mujeres. 5. A la decadencia de la «institución del matrimonio», que expresa la decadencia de la sociedad, la crisis del hogar. 6. Al espíritu aventurero que se crea y fomenta en la juventud, lo que lógicamente conduce al estado de irresponsabilidad y degeneración. 7. A la superchería religiosa que hace creer a la gente en el destino de su vida, sujeto a las buenas y a las malas, que alternadas conducen a borrar la personalidad, a llevar a sus víctimas como ruedas locas en la sociedad.

Suprimidos de hecho y de derecho estos factores en la sociedad soviética, es evidente que la prostitución pierde su «razón de ser». Quedan, sin embargo, algunos aspectos nuevos que ayudan a comprender completamente el problema y que resumidos son:

1. El cuidado social y del Estado a la infancia, que permite llegar a la juventud con cauce en la vida, con perspectiva de su porvenir.

2. La formación realista, severa pero optimista de la juventud que le imprime ideales, concepciones y tareas o ambiciones que le absorben sus pensamientos y le ocupan su tiempo.

3. Los estudios y deportes que entusiasman y divierten la juventud en condiciones que le alargan ese periodo de la vida.

4. La educación biológica que le forma un elevado concepto de su función sexual como acto responsable de la vida, en una sociedad, en la cual son el hombre y la mujer la riqueza fundamental.

5. La extraordinaria facilidad de la unión matrimonial, que como derecho está garantizada por todos los medios económicos.

6. El privilegio de que gozan las madres, lo que ha situado la maternidad sobre un justo nivel de dignidad social.

El carácter tan abreviado de estos relatos, no me permite citar siquiera material documental, tesis, informes oficiales, estadísticas, conceptos de diversas fuentes y en general cuanto pudiera contribuir a confirmar mis apuntes, desarrollarlos, y a complementarlos. Pero, a pesar de tal limitación de espacio, debo decir aquí algo sobre dos temas que se me plantean frecuentemente. El primero es el relacionado con el matrimonio y el divorcio, y el segundo el que toca con el aborto. El matrimonio es un contrato social de libre voluntad auspiciado por el Estado y estimulado por la sociedad. El matrimonio no es un acto costoso, no está sujeto a ninguna ceremonia ostentosa, ningún rito social y religioso. Cuando dos jóvenes deciden unir sus vidas, que suelen ser de la misma empresa o institución, lo primero que deben hacer es presentar su proyecto al director. ¿Y porqué? —Se me ha interrumpido— sencillamente por que la empresa o institución tiene la obligación de resolverle su problema de habitación adecuada. Los alojamientos para solteros tienen determinadas disposiciones y, naturalmente, son mucho mejores los acondicionados para casados. Desde luego, casarse en el sentido de ir a la notaría y asentar la par-

tida, tampoco es obligatorio. Basta con que los jóvenes declaren su propósito de unirse para que tengan los mismos derechos.

Pasar por la notaría, presentar los carnés del lugar de trabajo y pagar un rublo, no establece para los contrayentes ni para los futuros hijos ningún privilegio frente a los que no hacen «esas vueltas». El amor está libertado de toda imposición, y por consiguiente la unión libre es igualmente respetable, lo que no implica que tenga menos deberes en la sociedad ni menos responsabilidades ante los hijos. La base, la solidez y la necesaria armonía conyugales, se basan en factores ajenos a las firmas en papel timbrado. En esta forma, el divorcio, cuando se hace necesario, a juicio de autoridad, es realmente una separación que liquida la sociedad conyugal voluntaria y define la situación de los hijos. En este caso tampoco existe diferencia entre uniones con protocolo notarial y uniones sin él, porque realmente queda sólo un problema de derecho, el relacionado con los hijos, que se trata igual en ambos casos. En la Unión Soviética no hay hijos sin padres, ni existen personas inferiores por razón de nacimiento, ni por ninguna razón.

Me tocó presenciar «conflictos» de directores de empresas en relación a las uniones conyugales, por dificultades de alojamiento en Moscú. El personal de las fábricas aumentaba más rápidamente que las capacidades de los alojamientos. Claro que se planeaba en cada empresa el problema, pero la operatividad de las fábricas, sobretodo en determinadas ramas de la producción, creaba situaciones difíciles, si bien transitoriamente. Este fenómeno naturalmente de crecimiento de la población en cen-

tros industriales impulsados por el primer Plan Quinquenal, obligó durante un periodo de tiempo a restringir la afluencia de las lejanas provincias: por ejemplo para que un aldeano de los Urales, pudiera viajar a Harkov, por ejemplo necesitaba acreditar ante las autoridades el objeto, la utilidad, en fin, algo que justificara el abandono de su región.

Una vez, estando yo en dirección de una fábrica, en compañía de varios extranjeros, adquiriendo datos sobre el plan de producción, llegaron, muy alegres, un joven y una joven, que no era muy necesario saber mucho de psicología para saber que se amaban. La joven se sorprendió de nuestra presencia. El joven vacilo un poco, pero se acerco al director y le dijo: «venimos por la respuesta». El director les explicó que la nueva casa de apartamentos se demoraba todavía dos meses en estar terminada, y que no podía encontrar una solución adecuada por otro camino; que veintitres parejas de jóvenes estaban en el mismo caso; qué tenían que ser razonables y esperar sesenta días. Los enamorados se miraron con cierta angustia. El director entonces, con derroche de buen humor, se alzó de la silla y les dijo —Bueno, camaradas, si usted ven alguna solución razonable, siéntense, redáctenla, y yo la firmó. Los jóvenes se rieron con mucha gracia y se fueron.

En materia de divorcio conocí varios casos. Los fundamentos que oí alegar fueron: 1. Incompatibilidad de caracteres. 2. Vicio clandestino del alcohol en el hombre. 3. Enfriamiento, indiferencia de la unión conyugal de uno o de ambos. En general estos casos se juzgaban como el fruto de uniones equivocadas que tenían su origen en relaciones precipitadas, en simulación de vicios y defectos. En un prin-

cipio —se me dijo varias veces— el divorcio era muy sencillo, en algunos casos parecía el final conciente de aventuras sexuales, pero con la época de mis apuntes, el asunto no podía ser cuestión simple. En primer lugar nadie podía plantear su divorcio antes de un tiempo determinado, en segundo lugar era necesario acreditar ante el juez los hechos que pudieran justificarlo y más todavía, si la solicitud resultaba temeraria, es decir, sin fundamento justificativo, el juez podía imponer determinadas sanciones. Hablando con diferentes funcionarios y consultando estadísticas, pude observar que los divorcios eran cada día menos.

Un problema que me plantean frecuentemente en Colombia es el referido al aborto. —Cómo me dicen algunos, fingiéndose alarmados— ¿Es decir, qué se permite el aborto en la Unión Soviética?

—Pero ¿a qué viene, entonces, el apoyo del Estado y el estímulo de la sociedad a la maternidad? ¿No hay en esto una contradicción? No hay contradicción, absolutamente. Falta únicamente una explicación. Desde luego, la maternidad es la cuestión consagrada. Cuando la mujer concibe se presenta al médico; este le da instrucciones para su comportamiento durante el período de gestación, y le entrega una libreta en la cual se registra la historia del embarazo. El médico continua la observación de la futura madre y se responsabiliza de ella hasta que le ordena internarse en la casa de maternidad, correspondiente a la empresa, institución, barrio, *koljós*, etc. Pero esta no es toda la atención prenatal. La mujer presenta la libreta que le da el médico al director de la empresa o institución y desde la misma hora empieza a percibir una norma de

sobrealimentación equivalente al 30% de su alimentación corriente; lo cual no significa que la mujer esté desnutrida sino que requiere alimentarse más con determinados productos relacionados con la formación del hijo. Pero tampoco con esto he dicho todo. La mujer embarazada con relación a las instrucciones médicas, es cambiada de trabajo si lo requiere, en forma que se aliviane su labor y se mejore su posición física, Dos meses antes del parto, la mujer cesa completamente sus labores, se retira al reposo, y regresa cuatro meses después al trabajo.

El aborto fue permitido solamente durante una época, determinada sólo por diferentes hechos: cuando una parte de la población se hallaba fluctuante, es decir, sin asiento fijo, sin estabilización, lo que permitía embarazos espontáneos, a veces entre gente enferma e irresponsable. En estas condiciones el aborto era no solamente permitido sino asistido por los médicos. 2. Cuando frente a la escasez de habitaciones —y aún de ciertos alimentos básicos— los cónyuges consideraban impropio el momento del primer hijo. 3. Cuando se cometían errores de imprevisión y el embarazo interrumpía y a veces hasta podía cortar la carrera profesional de una joven. 4. Cuando todavía quedaban restos de enfermedades propias de la sociedad zarista que se transmitían las vidas nuevas. 5. Cuando se presentaban casos especiales a juicios de los médicos. 6. Cuando no existían suficientes salas de maternidad, salas cunas, enfermeras, nodrizas, etc.

El aborto existe en todos los países de la sociedad capitalista, aunque de manera ilegal. Y justamente por la ilegalidad es que produce, en lo general, las más serias consecuencias. En Berlín conocí

varios casos de várices en jovencitas ocasionadas por abortos. En Bogotá he conocido casas donde curanderos y parteras practican los abortos con los peores resultados. Según las tesis de los médicos soviéticos, el aborto es, en lo general, nocivo para la mujer. Por esta consideración no menos que por principios humanos y sociales, el aborto fue abolido en la Unión Soviética, cuando desaparecieron los factores que lo explicaban y hasta lo justificaban.

Una tarde, al salir de mi trabajo, leí una carta fijada sobre el reloj que marcaba la tarjeta de control del zaguán del Komintern, en el cual se leía que, por falta de mano de obra estaban en peligros de perderse algunas cosechas. Los *Soviets* y el Partido, invitaban a inscribirse en las brigadas voluntarias de ayuda al campo en tal emergencia. Pregunté en la portería en donde me podría enlistar, me dijeron que dejara el nombre y estuviera a las cinco de la mañana del día siguiente, en una estación ferroviaria cuyo nombre y dirección apunté en mi libreta. En seguida fui al Instituto Internacional Leninista con el objeto de asistir a una reunión, y leí, también a la entrada el mismo cartel.

Como el otoño estaba avanzado, las cinco de la mañana quedaban lejos de la claridad solar. En los andenes de la estación había mucha gente concentrada en grupos, hablando con animación diferentes idiomas. Empleados, estudiantes, profesores, soldados. Ocupamos diferentes vagones en una línea muerta, que tenía ya banderitas izadas indicando que debían ser enganchados.

Pronto me di cuenta que todos los de mi vagón trabajábamos en el *Komintern*. Partimos antes de las seis, cantando una popular marcha guerrillera

que yo sabía ya en el idioma ruso y que se me oía muy novedosa porque algunos la cantaban en alemán, otros en italiano y la mayor parte en lenguas orientales, principalmente en chino y japonés. Tras un breve recorrido, fueron abiertos unos cajones, y tres camaradas que yo conocía como dirigentes políticos, nos entregaron raciones para el día. ¿Qué dicen mis apuntes a este respecto?

«Un kilo de pan, doce latas de conserva, tres tajadas de jamón, un pedazo de queso, un ladrillito de mantequilla que podría pesar cuatro onzas, un paquetico de té y seis cuadritos de azúcar, que podrían endulzar seis porciones». Está bien, pensé yo, pero no tengo tetera. ¿Cómo preparo mi desayuno para empezar a vivir?

Pero ya hemos visto que los rusos son genios para organizarlo todo, y los tres dirigentes se dieron cuenta, no de mi caso, sino de que ningún occidental tenía tetera. Entonces planearon algo así como turnos para usar las teteras que llevaban los rusos y en general los orientales. En la primera estación se llenaron de agua hirviendo las susodichas teteras y nos dimos un bonito desayuno.

A propósito del agua hirviendo, debo dar una explicación: en todos los ferrocarriles rusos desde la época del zarismo y como una victoria de los obreros que plantearon el punto en un pliego de peticiones, existe en cada estación una llave de agua hirviendo, en la cual llenan los trabajadores en marcha sus teteras, y también los pasajeros que suelen llevar las dichas teteras como carteras de mano.

Terminado nuestro desayuno nos declaramos en asamblea a fin de dividirnos en tres brigadas, que naturalmente actuarían en tres sitios diferentes.

Cada uno de los dirigentes se puso a la cabeza de su grupo. Al medio día, en una estación, subieron a nuestro vagón dos cajas con peras y manzanas. Serían las cuatro de la tarde cuando uno de nuestros grupos descendió en una aldea para tomar la ruta de su destino. Dos horas después descendía otro grupo. Pasadas las siete de la noche el vagón se estacionó en una línea muerta. Descendí yo en el último grupo que se componía de veintisiete personas, todos miembros del Partido: rusos, poloneses, lituanos, pero en su mayoría chinos, coreanos y japoneses. En carretas toscas de madera tiradas por caballos, emprendimos una marcha que duró hasta muy cerca de las diez de la noche. Como llegamos cansados, nos tendimos en un amplio salón, donde se almacenaba trigo y que apenas estaba iluminada tenuemente con una lámpara de petróleo.

Nos levantamos muy temprano. En la noche, mientras me dormía, había percibido un vocerío grande como de una asamblea, de la cual salían voces altas que reconocí como de nuestro dirigente. Yo estaba naturalmente intrigado, y como entendía un poco el idioma ruso, estiraba las orejas. Y pronto supe todo. Nuestro dirigente había estado furioso porque los jefes del *koljós* «no esperaban tanta gente», sólo se habían preparado para recibir un grupo de diez o doce. —Ha visto —dijo nuestro hombre—, que sabiendo nosotros el área sembrada y la gente que tienen, no fuéramos a saber cuánta gente les hacía falta.

La región era pobre. El *koljós* apenas si iniciaba y la comunidad sólo tenía una especie de campamento en donde empezaban a depositar la primera cosecha de trigo, que fue donde dormimos. Se con-

vino en reunir, cerca del campamento, en la casa del presidente del *koljós* todo lo relacionado con nuestra alimentación. Allí se trajeron las ollas más grandes del vecindario. Se nombró comisión de cocina y aquello marchó como una rueda. Pero resultó una falla: la gente del lugar tenía poco servicio de comedor: platos, tasas y cucharas. El primer almuerzo que constaba de una succulenta sopa que tenía seis u ocho cosas distintas no había en qué servirlo. Diez o doce platos eran todo. Un chino «descubrió» cuatro aguamaniles que nos habían sido reunidas allí para nuestro aseo y pidió que lo llenaran de sopa, situados en el suelo, invitó a los comensales que esperábamos el turno de los platos. Inmediatamente nos sentamos, de cuatro por aguamanil, y, por turno también, poníamos la boca en el borde y sorbíamos el delicioso alimento. Algunos con astillas de madera y otros con los dedos, sacábamos el material sólido. A un coreano, cuando la vasija tenía poco contenido y era preciso ladearla para absorber el líquido se le zafaron unas pesadas lentes enmarcadas en carey.

Sin embargo, en la tarde del primer día todo estaba marchando en ruedas. Y sobre ruedas trabajamos durante una década, en la cual contribuimos a levantar la cosecha, construir un comedor que necesitaba el *koljós*, organizar un grupo artístico, y, en parte, consolidar políticamente las organizaciones del Partido y de la juventud.

Regresamos a Moscú. Después participé en dos ocasiones más, en la recolección de cosechas. En el curso del primer Plan Quinquenal, y con motivo de la afluencia del campo hacia los centros industriales se escaseaba la mano de obra para tareas ina-

plazables y de tal importancia como la de cosechar los frutos de la tierra. Pero en tales emergencias, se movilizaban las brigadas de ayuda, en las cuales participaban con aire de fiesta, los niños de las escuelas, los normalistas, universitarios, profesores, soldados, funcionarios y en general todas las personas que, sin afectar sus planes de trabajo, podían vincularse a la etapa culminante de la producción agrícola.

A raíz de mi década campesina, asistí como miembro del Secretariado Latinoamericano del Komintern, a las sesiones de un pleno ampliado de la Internacional Comunista que tuvo lugar en un antiguo palacio de Catalina II, contiguo al Instituto Internacional Leninista, en la calle de Borosky. Allí conocí a los líderes internacionales más famosos: a Thaelmann de Alemania, a Thorez de Francia, a Togliati de Italia, a Bela-kun de Hungría, a Fóster de Estados Unidos a Palit de Inglaterra, a Naka-yama del Japón, junto a muchos otros que ya me eran conocidos, como Ban-Min de china, Broz de Suiza, Chittony Monmusó de Francia, Wilhen Piech de Alemania Kiroff, Vasilef, Pianiski, Losovsky, Manuilsky y otros dirigentes del Partido Bolchevique.

En este pleno habló Stalin. Su discurso tenía los siguientes puntos: 1. El ahondamiento de la crisis en el mundo capitalista en contraste con el desarrollo de la economía soviética; 2. El crecimiento de las fuerzas revolucionarias internacionales, encabezadas por la URSS como vanguardia, en contraste con el agrupamiento de las fuerzas cavernarias de la reacción en torno del fascismo y de su variedad más agresiva, el nazismo; 3. La política de paz de la URSS y la vanguardia de asalto al país de los *Soviets*.

En este pleno fue subrayado el avance del nazismo hacia el poder en Alemania: la capitulación de los Partidos de centro, las camisas pardas de Hitler, el papel de las grandes oligarquías, de los monopolios imperialistas de los bancos y las materias primas fundamentales como financistas de los nazis.

Aparte de la extraordinaria trascendencia de este pleno, que tan brevemente he señalado, quiero citar un pequeño hecho, un acto de audacia que no me conocía. Según el orden de una sección tenía que hablar Monmusó. El orador subió a la tribuna. Era el líder sindical rojo de más prestigio en toda Francia. El equipo de traductores enfocaba el idioma francés, para de él en forma simultánea servir al colectivo, que trajinaba diferentes lenguas. La técnica de los idiomas en este gran salón era muy interesante. Setecientas o más personas ocupaban sus sillas, se montaban los auriculares y miraban el tablero fijado en el respaldo del asiento delantero y conectaban su idioma. Frente al orador, en semicírculo, había una serie de pequeñas celdas con paredes silenciadas, en las cuales se instalaban los traductores que, oyendo el discurso lo traducían a la misma velocidad que se pronunciaba. Bueno, el hecho fue que no había en tal ocasión, traductor del francés al castellano y un mexicano, el dibujante Guerrero, me señaló a mí que, vacilando en mi eficacia ocupé la celda correspondiente y traduje un espléndido informe sindical que duró exactamente dos horas. Naturalmente, para mí fue un éxito.

Terminando este pleno, llegaba también a su fin el primer curso del sector de habla castellana del Instituto Internacional, que realmente iba a terminar con una excursión o período de trabajo práctico

por una región sur occidental de la URSS. Pasadas algunas reuniones de carácter político y los exámenes de verificación en las materias estudiadas, emprendimos el viaje.

Bajo la dirección del profesor Jonson y la subdirectora mía, salió el grupo hacia la región huyera del Don. Allí demoramos varios días, estudiando los diferentes aspectos de la producción, la vida de los mineros, de las familias y en general de la población de aquella extensa zona que gira fundamentalmente en torno del carbón. Yo conocí algunas minas de hulla en Colombia, en el Valle del Cauca, en Cundinamarca y en Antioquia. Un asturiano, que usaba en las URSS boina vasca y presumía de elegante, era minero de profesión y dos o tres más habían trabajado en minas por algún tiempo, casi que podíamos hablar de corrido en la materia. Insistimos en descender a los socavones, en conocer los frentes de trabajo. Y claro que lo conseguimos.

Una mañana ocupamos los ascensores y, bajando por etapas en diferentes paso niveles, rápidamente nos hallamos a seiscientos metros de profundidad. Aquella mina era toda una región perforada y no ahora sino desde hace muchos años. Era una mina de magnitudes superiores a lo que yo pudiera imaginar. Además, tenía una estructura carbonífera para mí novedosa. Yo conocía las formaciones o vetas horizontales, los socavones abiertos por entre la selva petrificada. Pero aquello era diferente. El carbón estaba como bloques de pizarra oblicuos, más o menos inclinados entre las rocas vivas. Estos bloques son accidentados o de variado espesor. En algunos trayectos se alzaban diez o veinte metros, en otros se cerraban hasta obligar al minero a trabajar

extendido. Los caminos eran abiertos en roca, a modo de colectores hacia los cuales derramaban el carbón desprendido en los frentes. Estos caminos estaban enriellados y por ello rodaban los carros hasta las plazoletas o estaciones que se comunicaban a la superficie por medio de ascensores.

Estas minas tenían historias famosas pero terribles. En tiempos del zarismo fueron tumbas de seres vivientes. En ellas vivían —si esto era vida— legiones de trabajadores que raramente salían a ver el sol. Las galerías tenían aire viciado, la luz del carburo era muy escasa. Por los largos caminos transitaban los transportadores del carbón tirados por caballos ciegos... y, —¿porqué ciegos? —interpelábamos nosotros— ciegos porque los caballos que descendían a semejante profundidad y quizás también por efecto del carburo, de los gases de la hulla y de la atmósfera en general enceguecían rápidamente. Estas minas, mal aseguradas, expuestas a emanaciones venenosas no previstas por los ingenieros, a inundaciones y deslizamientos, segaron muchas existencias.

Ahora bajo el régimen soviético estas minas están electrificadas. Se trabaja con martinets y taladros a motor. Los obreros tienen cascos metálicos de protección, botas hasta las rodillas, alimentación especial, jornada reducida. El aire renovado circula, por todos los laberintos, aliviando y refrescando la atmósfera. Los ascensores son como tranvías funiculares por donde suben y bajan los trabajadores a sus turnos.

Estuvimos a seiscientos metros de profundidad durante una jornada, es decir, bajamos con un turno y subimos con él. En una plazoleta, sentados al-

rededor de las mesas del comedor, oímos el informe, primero del director general y luego del encargado de aquella sección de la mina. Tomamos apuntes, hicimos preguntas y durante la interrupción del almuerzo, el asturiano y yo pronunciamos dos discursos breves.

Del Don pasamos al Dniper. Visitamos dos *koljós*: una colonia o criadero en grande de cerdos, cerca de al cual estaba la fábrica que preparaba la carne y la grasa. De nuevo estuve en Dnipestroi, en donde hicimos un detenido estudio de la obra y la nueva ciudad, cuyo resumen, debo dar más adelante, a raíz de mi tercer viaje a la región. Pasamos luego a las famosas salinas de Artemisa, verdadera maravilla mundial, que paso a describir brevemente: en la grande estepa se levantaba suavemente una colina que, por su extensión, llegaba sin embargo a ser, elevada en su cima. Naturalmente, sobre un panorama inmenso y una naturaleza diferente, tenía, no obstante, alguna semejanza con la bella colina de las salinas de Zipaquira, en Colombia. Un ferrocarril que movilizaba la sal por el occidente de la URSS, por los países bálticos e incluso por el centro de Europa, llegaba al pie de la esplendida colina. Allí estaban sus estaciones y talleres que, como la mina, vivían de los brazos proletarios, que vivían al lado, en la pintoresca ciudad de Artemisa.

En la misma estación, en líneas interminables, paraban los vagones que recibían, por grandes canales, la sal que les venía encargada directamente. Los depósitos de los hornos y laboratorios. La sacaban y la pulverizaban como la azúcar más fina. Por los mismos salones de la estación se abrían las puertas que nos conducían, a través de amplios pasillos,

hasta los frentes de trabajo. Aquello era deslumbrante. Porque no se trataba de los paredones oscuros de tierra que se veían en las salinas de Zipaquirá sino de sal cristalizada en bloques compactos, continuos y uniformes. En esta «ciudad blanca», construida interiormente en su sección por galerías, salones y pasillos, había un derroche de arquitectura de luz y de colores.

Conforme al plan de seguridad de la mina, los trabajadores iban dejando espesas columnas de sal que a grandes alturas unían por el sistema de arcos convergentes. En esta forma se cuadraban salones que, al sucederse, formaban galerías de extraordinaria belleza. Los frentes de trabajo se alzaban en declives partiendo del nivel de los salones y subiendo en caprichosas graderías. Perforaban la roca de cristal con taladros eléctricos; con dinamita desprendían grandes bloques, y luego con picos lo fragmentaban para rodarlos a las vagonetas de transporte. La luz eléctrica jaspea sobre los cortes de la sal y los mineros movían las sombras de sus cuerpos sobre los fondos blancos.

Realmente, aquellas minas de Artemisa eran una sensación de encantamiento, y en los ojos un paisaje de espuma y de sol. Como es obvio, escuchamos allí amplios informes sobre la empresa; participamos en asambleas obreras, respondimos a numerosas preguntas y escuchamos con sumo interés las explicaciones que los trabajadores daban a nuestros interrogantes. Artemisa fue un nudo de bravas luchas durante la guerra civil y la intervención imperialista que siguieron a la revolución bolchevique. Su héroe principal, el guerrillero Artemio —de donde tomó su nombre la ciudad— se erguía en bronce sobre la plazoleta sombreada de árboles.

Salimos de Artemisa, en dirección a Crimea, bordeando la costa oriental del mar Azov. En la capital de la república Autónoma, erigida por el pueblo en 1921, elaboramos en el *Soviet* Nacional, un plan especial de estudio que realizamos en una década. Terminando este plan, el grupo regresaba a Moscú para luego salir de allí a los respectivos países de origen. Pero yo no regresé con mis compañeros, a causa de la distinción que me hizo el gobierno, declarándome su huésped por una temporada que pasaría en Yalta, costa de salud, descanso y recreo del mar negro.

Declaro que me dolía ver partir a mis queridos camaradas y amigos. Pero yo estaba agotado físicamente. El descanso para mí, en esos momentos, era un bálsamo de vida. ¡Y vaya un huésped bien atendido! El propio presidente del *Soviet* de la nación, me llamó a su despacho para que fuera con el chofer a ocupar el automóvil que me esperaba en la puerta. Espléndido viaje. Al lado del volante, para conversar un poco con el chofer, rodábamos apaciblemente, por una carretera asfaltada, de poco tránsito. Largos trayectos pasábamos por entre viñedos. En algún sitio viéndome el chofer encantado por aquél paisaje, detuvo el vehículo y me dijo que bajaría por un racimo de moscateles que veía muy suntuoso. Yo traté de oponerme porque me parecía un acto indebido, pero el hombre me miró con mucha gracia y se fue. Aproveché para bajarme y desde el vallado, ver aquello que para mí era nuevo. Yo conocía nuestros parrados de huerta, armados en barbacoas o techumbres. Pero lo que estaba ante mis ojos eran viejos troncos de los que brotaban tallos en multitud cargados de grandes racimos.

Cuando regresó el chofer, no con uno sino con cinco racimos traté de explicar lo que conocía yo por viñedos. Pero entendiendo completamente la base de mi ignorancia, me dijo simplemente: —Lo que sucede es que estas vides tienes tres o cuatrocientos años.

El invierno estaba en su final. Sin embargo, la península de Crimea, por su situación hacia el sur, sobre todo en la costa de la región de Yalta, no sufre intensamente los rigores del frío. En algunos inviernos caen apenas como escarcha las lluvias de nieve. Esta vez era tan benigno el invierno en la región, que parecía un otoño en su período final.

Yalta fue un lugar de recreo y placeres de una rama de príncipes. Pintoresca ribera del mar negro, playa, declive suave cubierto de jardines y de bosques; juego de colinas y encima una montaña elevada de bases de roca. Paisaje de exuberante belleza natural. Al centro un castillo regio al que rodeaban hermosos palacetes, residencias de jolgorios de los antiguos caballeros. Conservando el buen gusto de los trazos en los jardines y bosques, el régimen soviético había construido allí casas de salud y descanso para obreros, campos de deportes, teatros, comedores y clubes. El castillo a la fecha de mi estadía era el hogar para descansar de los funcionarios y dirigentes del *Soviet* nacional de la península.

El gobierno de un pueblo laborioso

Esta vez fui recibido en Moscú con la distinción de más he sabido apreciar en mi vida, porque ella constituía un estímulo para mí, una demostración

en la nueva sociedad para la que ningún esfuerzo —por insignificante que sea quien lo hace— pasa desapercibido. Me fue conferido el carné de *Undarnik*, esto es, de trabajador de choque, título que mantuve invicto hasta 1934 que salí de la URSS. Ser *undarnik* significaba ir adelante en toda tarea emprendida, formar en las avanzadas de la emulación socialista. Pero tampoco significaba un honor en abstracto, una mención de pura fórmula. El *undarnik* tenía las siguientes concesiones inmediatas:

1. Derecho al máximo de sueldo estipulado para su categoría profesional.
2. Preferencia en la distribución de los productos déficit y fijación en una horma especial en alimentos de alta calidad, tales como caviar, crema de leche, conservas en lata, jamón, mermeladas, etc.
3. Prelación en los mejores alojamientos.
4. Primeros sitios en teatros.
5. Candidatos de selección para elecciones representativas, empleos de toda categoría y ascensos profesionales.

En general, el *undarnik* constituía, en el período de la construcción del socialismo, un soldado en las avanzadas del frente de trabajo.

Para mí no eran necesarios los privilegios que me otorgaba el carné, pero se los endosé a Margarita que tenía siempre interés en la crema de leche y las exquisitas mermeladas de fresas. El endoso no significaba ninguna diligencia, solo que Margarita no podía servirse del carné sino en la cooperativa de productos alimenticios. A excepción de este beneficio indirecto, debo subrayar que nunca usé mi título de *undarnik* para obtener ninguna de las prerrogativas que me concedían, quizás porque yo tenía mi tarjeta de Kominterm.

Corrían los primeros meses de 1932. De España y de América Latina llegaban continuamente estudiantes a ingresar al sector de habla castellana del Instituto Internacional Leninista. Al iniciar las tareas de tal año, en los primeros días de Abril, el grupo ascendía a treinta y siete personas, entre ellas cuatro muchachas españolas. En este contingente habían llegado elementos de valía del movimiento revolucionario de México, Cuba, Argentina, Chile, Perú, Venezuela, Colombia y sobre todo, España. Entre estos últimos, se destacaba, en primer lugar, el camarada José Díaz, obrero panadero de Sevilla que militó en las filas del anarcosindicalismo hasta 1927, y fue, luego de su regreso de Moscú, el primer dirigente comunista español, principalmente en el curso de la guerra de intervención nazi-fascista que impulsó la tiranía de la Falange en su patria.

La zona de los españoles en nuestro sector idiomático, era muy desigual, no solamente desde el punto de vista de su cultura general y política en particular, sino también de su estructura ideológica. Era una zona revolucionaria, indudablemente, pero mezclada de concepciones y actitudes propias del anarquismo catalán, del espíritu pequeñoburgués artesanal, y de un «intelectualismo» pedante muy común en los jefecitos inflados por lecturas que no digerían en los laboratorios del trabajo práctico. Menciono estas cosas, porque fue difícil la primera etapa de labor con los camaradas españoles. Al punto de que fue necesario sacar del Instituto a dos elementos que afectaban la organización de los estudios y la disciplina del colectivo, para enviarlos a trabajar con obreros soviéticos hasta que se forjaran una mentalidad proletaria.

Ejemplos de esfuerzo en el estudio, de interés por aprender las grandes experiencias de revolución y la construcción del socialismo, eran, desde luego, muchos españoles: José Díaz, Jesús Hernández, un joven y una jovencita, catalanes que usaban los apellidos Grau y Córdoba, entre otros. La «Cordobita» —como le decíamos afectuosamente— llegó a ser una famosa heroína en las batallas por la libertad de España. Cuando un ejército de milicianos, libró con éxito combates de trascendencia, y cuando su división fue destrozada por la superioridad militar del enemigo, se disparó el último tiro en la cabeza antes de caer prisionera de los verdugos de España.

Jesús Hernández —que fue ministro de educación en el Gobierno del Frente Democrático de 1936-1938—, representaba en la zona de los estudiantes españoles al auténtico intelectual revolucionario, todavía no liberado del complejo de superioridad que imprime la cultura burguesa. A pesar de su probada sinceridad frente a los obreros, no podía ocultar cierta vanidad que le hacía sentirse «más inteligente», y por consiguiente «más en capacidad» de «iluminar las mentes» retrasadas y rudas de los proletarios. Desde luego, Hernández se hizo un intelectual proletario, es decir, adquirió una estructura ideológica marxista en la URSS y Hernández fue mi sucesor en la locución de la hora radial para España.

Como he dado una breve característica de la composición de los estudiantes españoles, debo agregar que ella correspondía a la fisonomía del pueblo trabajador de España, dividido y anarquizado por las corrientes revolucionarias pequeñoburgueses. Esta situación que había producido la crisis y eliminación de la dirección central del Partido Comunista

Español, tuve ocasión de conocerla mucho más a fondo con motivo del arribo a Moscú de la gran dirigente Dolores Ibarruri, mundialmente conocida con el nombre de la «Pasionaria».

La camarada Ibarruri llegó a Moscú físicamente aniquilada. La primera vez que la vi me impresionó terriblemente. Nadie me la presentó. Los estudiantes de su país no la miraban. Dolores estaba enferma, abrumada. Sus ojos miraban con angustia. Su cabello estaba aniquilado, despoblado y reseco. Llevaba una saya larga y oscura, una blusa de olán que levemente alzaban unos senos marchitos. Pocos días después la vi en la dentistería. Quizás había pasado un mes en Moscú cuando cambió. Creo que no se hizo ningún tratamiento especial. Alimentos, descanso y la presencia en la URSS podían mejorarla completamente. Unos días más tarde, en el Salón Rojo del Komintern, se inició una discusión a fondo sobre la situación española. Dolores hizo un extenso informe. Luego se abrió un debate en el cual intervinieron varios estudiantes.

En este debate, presidido por el propio Manuisky, se pudo ver el todavía bajo nivel político de los camaradas españoles. Por lo general, rehuían tratar las cuestiones fundamentales, o lo hacían por la superficie. Los pequeños problemas locales y de provincia les apasionaban, pero mucho más las disputas personales. En este último punto se mostraron, casi todos, opuestos a la camarada Ibarruri, no por cuestiones de principio sino por una actitud criminal del menosprecio con que la miraban. Según esta actitud, Dolores parecía una antigua socialieñera, ya gastada, casi convertida en obstáculo para la nueva gente. En este sentido, hizo

Manuisky una severa defensa de la gran revolucionaria, que, al mismo tiempo levantaba el nivel de la discusión y daba una espléndida lección a los estudiantes. Esta especie de reparación política hecha por la primera autoridad de la Internacional Comunista a la mujer que mejor simbolizaba el pueblo de su patria, fue, seguramente, un gran estímulo para la próxima lucha heroica que realizó «La Pasiónaria» en España.

Desde luego, no era mucho mejor la composición de los estudiantes latinoamericanos. Un venezolano, simpático, conversador y buen amigo, estaba tan saturado de la cultura burguesa, que armaba —por exhibir su «gran talento» y su «vasta ilustración»— discusiones sobre «cosas grandes», en las cuales siempre sabía él la «interpretación justa», el «desarrollo histórico», la «dialéctica, la filosofía, la síntesis del marxismo,» que «no tenían por qué saber los obreros». Alguna vez, para pulverizar un argumento que yo sostenía en un problema objetivo de la historia de América, me dijo con soberbia olímpica; — ¡sobre ese tema me leí una historia de siete tomos! En contraste con estos camaradas en transe de genios, nacidos en casas de balcón y naturalmente matriculados en liceos y universidades, teníamos elementos anarcoides, productos híbridos e incluso configuraciones de hampones para gran mérito de los partidos comunistas que, por lo general, les toca forjar sus cuadros dirigentes en esta producción lógica de la sociedad capitalista.

En 1930 había estado yo en el Mausoleo de Lenin, pero en 1932 fui de nuevo, en compañía de algunos estudiantes. En la Plaza Roja había una doble fila de personas, rusas y extranjeras, que cubría más de

cien metros. Alineados, avanzamos lenta pero continuamente. Al llegar a la entrada, que precede un andén flanqueado de jardines, vi de nuevo el escudo de la URSS en alto relieve sobre la fachada. Los centinelas, con fusiles al hombro, nos miraban. Terciando sobre la izquierda, la doble fila se hunde la tierra. Es decir, va descendiendo por una escalera de mármol que se cubre con un abovedado de luz. Siete metros después se da sobre un saloncito blanco y se dobla a la derecha. Pasando un umbral se entra a la gran cámara cuya extraordinaria belleza artística es difícil describir.

El desfile quiebra en escuadra, de nuevo sobre la derecha, y entonces se puede ver el sepulcro de Lenin. Una urna de cristal, en la cual, con las manos sobre el pecho, su guerrera color de musgo y la bandera roja descendiendo del talle, duerme el Padre de la Patria Soviética. Su rostro pálido no está sin embargo consumido, cadavérico. Su barba rubia quemada está bien conservada. Mirando con insistencia su semblante, parece que piensa. El sueño de la muerte no ha quitado al genio el aire propio de sus facciones.

La presencia de Lenin inspira un profundo respeto. Pisamos blandamente: contenemos un poco la inspiración, y cuando separamos los ojos del sepulcro, vemos en las paredes de mármol negro un desfile de banderas talladas en rojo, agitadas por el soplo de la gloria en aquella cámara iluminada, que arde con la devoción de los pueblos libres de la URSS y de los pueblos esclavos que buscan la libertad.

Al salir del Mausoleo y calarnos las gorras, respiramos hondo y nos miramos todos las caras pensativas. No se trata de una actitud místico religiosa

ante el icono de la vieja tradición rusa, ni de ninguna otra forma de adoración a ídolos forjados en la imaginación. La actitud ante Lenin es la de un ejército ante su bandera, la de un pueblo ante su símbolo de redención.

Por tercera vez participaba yo en un primero de Mayo en Moscú: es la Fiesta del Trabajo, porque los pueblos soviéticos libertaron el trabajo de la esclavitud feudal y capitalista, y por consiguiente hicieron de toda labor socialmente útil, no sólo un deber sino también un timbre de orgullo, un título de dignidad, un motivo de heroicidad y de gloria. En los países subyugados por el imperialismo, por los terratenientes y el capitalismo nacionalista voraz, no puede haber «fiesta del trabajo», porque los esclavos no pueden celebrar en este día sino luchar por la emancipación, con la cual se convierte jornada de protesta contra la explotación y tiranía de las oligarquías.

En la Unión Soviética existen dos fechas que se conmemoran con igual solemnidad: el primero de Mayo y el siete de Noviembre. La primera es la fecha de solidaridad internacional de los trabajadores, en la cual las masas del país de los *Soviet*, alzan la bandera victoriosa del Trabajo Libertado, como un ejemplo al mundo del trabajo esclavo y como un estímulo a los combatientes por la libertad. La segunda es la forma como la Gran Revolución Soviética triunfante muestra el único camino de la emancipación de los pueblos, la fuerza para destrozarse la muralla del sistema capitalista y abrir los cauces a las poderosas corrientes del progreso de la humanidad.

Un Primero de Mayo en la Unión Soviética, no puede ser, entonces, un acto ritual, una efeméride congelada, una rutina reseca para recitar los mis-

mos discursos detonantes que se oyen en Colombia cada Veinte de Julio. Un Primero de Mayo, como un Siete de Noviembre, es la culminación de una campaña que se prepara y se realiza bajo el signo de las grandes tareas revolucionarias. Un Primero de Mayo empieza un mes antes, cuando los trabajadores inician la movilización de todas sus fuerzas en la producción. Empieza con asambleas tendientes a superar las cifras de control en el trabajo, con balances parciales sobre el cumplimiento del plan, con el planteamiento de nuevas tareas de choque, es decir, de las que saben realizar las brigadas de la Emulación Socialista.

Como es obvio, los organismos supremos de dirección del pueblo, el Partido Bolchevique en primer término, lanzan el pliego de consignas bajo las cuales se organiza la campaña de movilización. Para 1932, tales consignas, entre otras, eran éstas que tengo en mis apuntes: Por el cumplimiento del Plan Quincenal en cuatro años. Por alcanzar y sobrepasar la producción industrial del mundo capitalista. Por la plena conquista de la técnica. Por el fortalecimiento de los medios defensivos de la URSS. Por el aniquilamiento de las bandas contra revolucionarias de saboteadores. Por la solidaridad internacional de los trabajadores. Por la Revolución Mundial.

La víspera del Primero de Mayo ya estaba la ciudad revestida de banderas. En la Plaza Roja, enmarcados en luz, estaban los retratos, en tamaño heroico, de Marx, Engels, Lenin y Stalin. A la entrada de la Plaza Roja, donde desemboca la calle arterial Máximo Gorki, se veían afiches monumentales con símbolos revolucionarios: una Estrella Roja fluorescente, el Martillo y la Hoz cruzados, un tractorista

en la estepa, un obrero engranando una rueda y, más lejos, un soldado vigía. En las avenidas del Parque Cultural, en filas, sobre columnas revestidas de rojo, estaban los retratos de los mejores *undarniks*: mineros, ferroviarios, *koljosistas*, constructores.

En la noche de la víspera, se realizaban asambleas de los clubes, salones y teatros, en las cuales hablaban los dirigentes más destacados; se leían instrucciones, se indicaban los sitios de las concentraciones y los recorridos de los desfiles.

Al amanecer, bandas de músicos en buses recorrían los barrios de la ciudad. Con las primeras luces del día empezaban las concentraciones. En general, debían hacerse recorridos largos para converger, como ríos, de las vías arteriales por la Plaza Roja. Pero estos recorridos se hacían muy lentamente. En las plazoletas afluían varios desfiles y se aumentaban los caudales humanos. Se cantaban himnos marciales y canciones populares. Grandes camiones repartían, pan y queso, jamón y salchichas, peras y manzanas, leche y jugo de uvas. Se formaban grandes ruedos y se bailaba a los acordes de la música popular: danzas del Cáucaso, Ucrania, Crimea. Mientras tanto, los altoparlantes instalados en las vías iban relatando el orden de los desfiles que confluían a la Plaza Roja, los breves pero vibrantes discursos que se pronunciaban, los personajes extranjeros que ocupaban sitio en las graderías que se alzaban hacia la muralla del Kremlin.

A las ocho de la mañana subían a las tribunas, que se abrían como sendas en el mausoleo de Lenin, las personalidades más altas del gobierno, del Partido, del Ejército, de los sindicatos, de la ciencia Soviética. A esa hora empezaba a pasar el desfile por

la Plaza Roja, en escuadrones de veinte, treinta y cuarenta de fondo: dos, tres, cuatro y hasta cinco desfiles simultáneamente. La plaza se cubría como un campo de surcos. Los primeros desfiles que subían a la suave colina del Kremlin, los constituían la guarnición del Ejército Rojo de Moscú, las academias militares, los cuerpos especiales de aviación y de marina, y las fuerzas de seguridad. Adelante marchaba la artillería pesada, le seguían las divisiones de montaña y luego las máquinas ligeras, la caballería, la infantería, los equipos auxiliares y de servicio. Era una parada militar que duraba dos horas cruzando la plaza y que, cuando el tiempo era favorable, estaba cubierta por escuadrillas de aviones que sobrevolaban la ciudad.

Después de las fuerzas regulares, subían a la Plaza, con fusiles al hombro, los voluntarios de la organización semimilitar denominada Asoviégim, institución que funcionaba en todas las empresas, institutos e instituciones de la URSS y que tenía por objeto la preparación de toda la población civil para la defensa. En seguida de los voluntarios que eran legiones interminables de hombres y mujeres pasaban, la enorme masa compuesta de obreros, *koljositas*, estudiantes, empleados, profesores, científicos, viejos veteranos de la revolución y pioneros de pañoleta roja que saludaban todos el porvenir.

A las cuatro de la tarde terminaba de pasar el desfile por la Plaza Roja. Dos, tres millones de personas pasaron frente al Kremlin el Primero de Mayo de 1932. Cruzando por San Basilio, sobre el río Moscova, se disolvió la población civil y por grupos, con las banderas enrolladas en las astas, regresaron a sus barrios, a sus residencias. Por la noche

estaba la gente en los teatros y cines. Como puede verse un Primero de Mayo en la Unión Soviética era una revista espléndida de todas las fuerzas en movimientos de un gran pueblo dueño de su destino.

A pesar de que yo caminaba mi tercer año en Moscú, todavía no conocía el Kremlin por dentro. Y fue un día, cuando una expedición de cuarenta o más extranjeros se dirigía a la célebre fortaleza, que fui enrolado, incluso para aprovechar un poco los idiomas que medianamente podía trajinar. Claro que la expedición la presidía un profesor. Llegamos a la primera puerta, luego de pasar el arco que supera el Museo de la Historia. El profesor mostró una tarjeta y los centinelas nos abrieron calle. De paso, pude ver el extraordinario espesor de la muralla, su sólida construcción de piedra labrada. Y, mencionado una vez más la famosa muralla, debo dar siquiera una idea general de la fortaleza:

Construida en el siglo XII, tenía por objeto proteger la entonces nueva rica ciudad de mercaderes de pieles, de los asaltos frecuentes de bandoleros organizados que azotaba la región. Su perímetro es extenso y su forma irregular. La muralla es esbelta, adornada de torres en sucesión donde se ocultan los vigías, y prismas o almenas que le sirve de remate y al mismo tiempo de gargantas para el emplazamiento de las defensas. En materia de defensas, las murallas tienen diferentes oficios que salen de los nidos en los cuales operarían los defensores.

Lo más importante de la muralla es su fachada, que mira sobre la Plaza Roja. En esta fachada se elevan diferentes torres que no son ya principalmente base de su defensa, sino arquitectura, estilo, motivos que la realzan desde el punto de vista artístico.

Estas torres de agujas singularmente estilizadas remataban, en la época del zarismo, en las famosas águilas de dos cabezas; ahora rematan en la estrella roja encendida fluorescente. La más bella de las torres, la que mira al atrio de San Basilio, tiene el magnífico reloj que da la hora oficial y que, gracias a un mecanismo especial, ejecutaba la marcha imperial al cruce de la media noche. Ahora, con no menos solemnidad ejecuta la Internacional Comunista que yo trasmití en los micrófonos de la Radio Central de Moscú al pueblo español en los programas, al principio, en la hora de invierno y al final en la de verano.

Dije antes que había entrado al Kremlin. Dimos sobre una plazoleta, cubierta de arena menuda, que daba la impresión de un parque. Pero en realidad era un museo. Encima de plataformas de cemento se exhibían allí viejos cañones y morteros tomados a los ejércitos de Napoleón en 1812. En una como base de templete estaba la campana más grande que se haya fundido en el mundo, mostrando el boquete de la rotula que sufrió al romperse los cordeles que pretendían izarla a una torre.

Paseamos un poco al interior de la fortaleza. Suntuosos templos ortodoxos, regios palacios y grandes edificios públicos. En aquella ciudad vivían las familias reales, los nobles palaciegos y los principales jerarcas de la iglesia y el ejército, naturalmente con sus damas de corte, sus pajes y sus bufones. En aquellas mansiones existían ahora museos, bibliotecas, archivos y numerosas oficinas del *Soviet* de la URSS y de las nacionalidades. Algunas estaban habitadas por altos funcionarios del Estado, principalmente del Ministerio de la Educación y de instituciones científicas.

En el programa del grupo expedicionario figuraba, en primer término, la visita a las oficinas del Gobierno de la Unión, desde luego con la común aspiración de ver a Stalin, a Kalenin, a Ordzhonikidse, a la pléyade de grandes dirigentes soviéticos. Pero ¡Oh desilusión! En esos momentos se iniciaba una importante asamblea de los expertos que bosquejaban el segundo Plan Quinquenal. ¿Qué hacer, entonces? Tomar té y después internarnos en el museo de la vieja realeza. Esto era una gran galería interminable. Los salones se sucedían como pabellones en una exposición. En un salón, reluciendo en vitrinas tapizadas de peluche verde, estaban los aderezos de diamantes, rubíes y esmeraldas de las antiguas princesas; espadas con empuñaduras de oro e incrustaciones de piedras finas y artísticos monogramas de caballeros, guerreros y galanes de la corte.

En un pabellón, arreglado con sumo arte, se veían grandes caballos embalsamados, luciendo hermosos jaques, con los cuellos arqueados, tal como recibían en sus estribos los menuditos pies de las damas y las botas con espolón de los príncipes y guerreros. Allí se podían ver valiosos objetos que pertenecieron a Pedro el Grande: armas, escudos y banderas del famoso fundador de la ciudad del Nevé.

En esbeltos escaparates de fino crisol, alineados en un regio salón se exhibían centenares de los mejores trajes de una princesa que vivió su vida preocupada en la mejor elección del que habría de lucir en cada momento del día. Se cuenta de dicha princesa, que tenía seis mil vestidos completos y veinte doncellas de la corte ordenándolos en los escaparates y ayudándole a la real dama a deliberar sobre el

gravísimo problema del color, el estilo, manga y escote que mejor le convenían para lucir en el desayuno; el que debía llevar en su paseo de la mañana en el jardín; el de sentarse para posar ante los pintores; el de recibir a su profesor de piano, etc. Se dice que otra princesa de otro reino lejano dio a luz a su primogénito y que con tal motivo envió a la dama real de Moscú una embajada portando un sobre que contenía el aviso. La princesa de los seis mil trajes no recibió la embajada a causa de sus «ocupaciones», pero el jefe de la dicha embajada entregó el sobre a la primera doncella del servicio. Pasaron algunos años, y la monarca del reino lejano celebró una fiesta en honor del infante heredero, que trascendió por Europa y Asia. —¿Cuál heredero? —preguntó la dama de los trajes. Y las veinte doncellas, preocupadas por las preguntas de su ama real, movieron un cerro de sobres hasta que dieron con el que contenía el aviso del nacimiento, que la dama de los seis mil trajes no había tenido tiempo de abrir.

En este museo de la vieja realeza, aparte de las bellísimas obras de arte que fueron por lo general regalos a los príncipes persas y orientales a los personajes de turno se la monarquía rusa, se exhibía el lujo, la vida ociosa y derrochadora de los parásitos patentados de nobles en el extenso imperio del zar, en contraste con la esclavitud, el hambre, las epidemias y la desnudez del pueblo que sufrió la tiranía de los príncipes verdugos hasta 1917.

Promediando el año de 1932, se produjo en el mundo capitalista uno de los acostumbrados escándalos contra la Unión Soviética. Esta vez se trataba de la «caída» del rublo. Es decir, la «desvalorización» de la moneda rusa, y por consiguiente la inflación,

el camino de la «catástrofe», por donde pasó Alemania en 1923, camino que la condujo a entregarse a los banqueros yanquis. En este particular, los estrategas de la guerra antisoviética y sus ayudantes los trotskistas, estuvieron felices. Pero el asunto no resultó como ellos lo deseaban. ¿Qué los rublos que circulaban en la Unión Soviética habían aumentado al doble o más? Es decir, que los signos de cambio o medio circulante habían crecido «sorpresivamente».

Este fenómeno suele indicar en los países capitalistas que los gobiernos están emitiendo empréstitos en bonos, que naturalmente circulan y desvalorizan la moneda, sobre todo si tales empréstitos no se invierten en forma productiva, es decir, en empresas de trabajo, sino en pagar una burocracia inútil y en distribuir premios entre los agraciados del Estado. En la Unión Soviética, el aumento al doble o más de los rublos circulantes, significaba que la producción, la creación de cosas necesarias para la sociedad, el aumento de la riqueza pública había llegado al doble o más. ¿Qué hay aquí de novedoso? ¿Si un quintal de trigo vale igual a un rublo, no es igual que dos quintales valgan igual a dos rublos? Para el mundo capitalista, desde luego, este argumento es extraño, porque allí la mayor producción de trigo no estaba planeada y por consiguiente sobraba, lo que da por resultado que dos quintales de trigo pasaban a valer lo que antes valía uno, de donde resultaba la quiebra del cultivador, la crisis, la sobreproducción y la evidencia de la anarquía del sistema de producción capitalista.

Claro que los «expertos financistas», los magos del Instituto de la Coyuntura que todavía estaban

exiliados en Berlín, «demostraban» la caída del rublo por las relaciones del cambio internacional. Era evidente que la proporción del rublo frente al dólar había aumentado. Pero el hecho se debía a que los países capitalistas querían comprarle a la Unión Soviética mucho menos de lo que deseaban venderle. El rublo, entonces, en un país que no dependía del mercado extranjero, tenía el carácter fundamental de una moneda interna, de un signo de cambio que medía y servía para cambiar los productos del trabajo, sin influencias ni interferencias de monedas extranjeras predominantes, como pasa en Colombia con el dólar frente al muy humilde peso, casi todo de papel.

A los «turistas» del capitalismo que «visitaban» la Unión Soviética, resultaba casi siempre confirmada su tesis de la «caída» del rublo. Pero esto se debía a la escala diferencial de precios en el mercado, escala que tenía cuatro gradas, y que paso a explicarles brevemente:

1. El llamado mercado cerrado: en aquel período que tenía el acento principal en el estímulo de la producción a la industria pesada, a la asimilación, formación y desarrollo técnico de millones de trabajadores que apenas se iniciaban en la vida de las empresas modernas, fue creada una rama de cooperativas que dependían exclusivamente de las fábricas, con el objeto de dar a sus obreros y empleados, artículos de amplio consumo a precios rebajados por debajo de los costos de producción. En estos casos, las empresas aportaban, de su fondo de ayuda social, la cuota necesaria para equilibrar los precios fijados por el control del Estado a los artículos de consumo. Se le llamaba mercado cerrado, por allí no podían comprar sino los trabajadores de las empresas respectivas.
2. Mercado de cooperativas o sea el tipo predominante en la URSS, en la cual podían comprar todas las personas

provistas de su carné, que lo eran, en general, todas las que habitaban el país de los *Soviet*: en este mercado regían los precios mínimos fijados por el control, y algunos productos, como el pan, estaban en una carta especial que fijaba la norma, para evitar, que por el bajo precio o por la escasez de ellos hubiera quienes compraran demasiado, produciendo el natural perjuicio. Un kilo de pan valía once kopes, equivalente entonces a seis centavos del peso colombiano.

3. Mercado libre, o sea el de algunos negocios que, estando regulados por el Ministerio de Abastecimientos, operaban por fuera de las cooperativas y tenían por objeto atender al público que fluctuaba, es decir, a personas de las regiones que se movilizaban sin credencial de ninguna organización, a pequeños artesanos testarudos que no ingresaban a las compañías de sus profesiones, a gentes hostiles al gobierno Soviético que todavía esperaban el regreso a su mundo de tahúres, usureros, y rateros. En este mercado libre se podía ver: a. precios más elevados; b. ausencia de los productos déficit; c. presencia de artículos no indispensables.
4. Mercado de oro; es decir, almacenes de lujo donde se vendían cosas buenas, como jamón, mortadela, vinos finos, whisky, conservas salsas, dulces, mantequilla, crema de leche, queso, etc. En estos almacenes, para extranjeros se vendían solamente en dólares y monedas extranjeras convertibles en oro.

Yo compré una vez una gorra de piel de setenta rublos en el mercado libre, que me hubiera costado siete u ocho en cooperativa, en donde se habían agotado las de aquella calidad y estilo. Compré, asimismo, un maletín de cuero por sesenta y cinco rublos, que pudiera haberme costado seis en una cooperativa.

Un almuerzo en una fábrica podía valer entonces treinta y cinco o cuarenta kopes (en el tablero de un comedor, en Moscú se leía: «Sopa—25; Pescado con

pepino—15; Ensalada—10; Chuleta de cordero—25; Arroz con tomate—10; Pasteles de carne—5; Garbanzos—10; Dulces de fruta—5») El mismo almuerzo podía valer sesenta o setenta centavos en un restaurante de la red de cooperativas; en un comedor de mercado libre, cinco, seis, y hasta siete rublos. En un hotel para extranjeros, naturalmente mucho mejor presentado y desde luego más exquisitamente preparado, dos o tres dólares.

En las cooperativas vendían vodka (aguardiente fabricado con centeno) pero muy caro. Un envase de medio litro, digamos, podía costar el precio de tres rublos, y al lado, una botella del mismo tamaño, de vino de uvas, cincuenta kopes. En la Unión Soviética no se vendían bebidas en porciones individuales, no existía el copeo, al estilo de nuestros cafés. Las personas que compraban productos en una cooperativa, por ejemplo, podían echar a su cesta unas botellas con cerveza, vino, whisky, vodka u otro licor. Varias veces asistí a casas de amigos y comí en sus mesas arenques en aceite y caviar con pan negro y mantequilla, y repetidos vasitos de vodka. En general, los poquísimos rusos que bebían el clásico vodka, no lo hacían como los colombianos que beben aguardiente con aguardiente: ellos lo hacían comiendo al mismo tiempo queso, pan, caviar, pepino, pescado, manzana, etc.

Como se puede ver, el rublo era una moneda operativa. Como signo de cambio, estaba, en la época a que me refiero, fuera de todo dogma. En el sentido rigurosamente económico, no medía los objetos de la producción, la riqueza social creada, sino que más bien era medido por los productos del trabajo. Contestando a un «mago economista» extranjero,

que había dicho que los rublos eran «papel moneda», el camarada Stalin dijo: «con esos rublos-máquina, rublos-trigo, rublos-zapatos, rublos-habitaciones, estamos construyendo el socialismo en la URSS».

De las diferentes visitas de estudio efectuadas a museos de arte, de historia y revolución, así como a varias academias, laboratorios e instituciones de alta cultura, debo mencionar aquí la que hice en asocio de otros extranjeros al Museo Anti-religioso. Algunas personas en Colombia me han preguntado: Es decir que ¿hay lucha anti-religiosa en Rusia? Realmente no vi ni supe que existiera lucha religiosa ni anti-religiosa. Existía una libre expresión de ideas anti-religiosas frente al libre ejercicio de la religión ortodoxa que fue la vieja religión feudal y militar del imperio de los zares. Para los colombianos acostumbrados a entender por «Libertad Completa» apenas la mitad de la libertad, en materia religiosa, es decir, la libertad de toda actividad religiosa, es casi incomprendible este problema. ¿Pero, y los que no tienen religión, esto es, las personas que pueden ser obligadas a tener creencias ajenas a su conciencia, como reza la Constitución Nacional Colombiana, no necesitan también libertad para expresar al menos por qué no tienen religión? La libertad, para los ciudadanos Soviéticos, en esta materia, consistía en el derecho que tenía el pope ortodoxo para subir a su púlpito y predicar su dogma, y la libertad que tenía el laico para refutarlo públicamente, desde luego fuera del templo. Pero veamos un poco el Museo Anti-religioso.

Estaba situado en la llamada Plaza Vieja, donde se iniciaba el Bulevar de Pushkin en la calle arterial

Máximo Gorki. En una antigua iglesia que se comunicaba con un edificio en el cual habitaron jerarcas ortodoxos y que a la razón se le había unido, funcionaba este famoso Museo Laico. Organizado en secciones dispuestas de tal manera que los visitantes entraban por donde debió empezar la formación del planeta, es decir, por la nebulosa, y salían por el período de transición de la humanidad del capitalismo al comunismo.

Mencionaré las secciones principales del famoso museo, siguiendo el orden histórico: 1. Sección de Cosmogonía, en la cual se acogían las teorías del sabio francés Laplace, un poco revolucionadas; 2. Sección de Biología, en la cual se exponía objetivamente, a través de diferentes procesos, la formación y desarrollo de la vida, siguiendo, en lo general, las teorías de la evolución expuestas por el eminente sabio inglés Darwin; 3. Sección de Sociología que, con instrumentos primitivos de trabajo, esculturas elementales, grabados y pinturas diferentes que interpretaban la infancia de la humanidad, seguía las investigaciones del sabio norteamericano Morgan; 4. sección histórica, en la cual se demostraba el papel de las religiones desde la división de la sociedad en clases, como soporte esencial de las clases y castas dominantes. Esta sección estaba documentada con la historia rusa, en la cual se vio siempre a la religión sirviendo de instrumento a los verdugos del pueblo. En esta documentación figuraban cuadros en donde aparecía el patriarca de Moscú y los principales popes, colaborando con el Zar y los generales del imperio en el aplastamiento brutal e inhumano de los levantamientos campesinos que acaudillaron, en el siglo XVII, Razin, y en el siglo XVIII,

Pugachof. En este punto, podemos recordar los colombianos el papel de los jerarcas de la Iglesia Católica en el levantamiento de los Comuneros, principalmente en la infame burla a la capitulación de Zipaquirá Finalmente, tenía el Museo una extensa y bien documentada sección, en la cual se mostraba al clero ortodoxo azuzando a la guerra imperialista en 1914 y luego, con altares portátiles, imágenes, palios y vestiduras especiales, marchando a la espalda de los ejércitos, para empujarlos al matadero.

Algunas personas en Colombia se imaginan muy aguda la «cuestión religiosa» en la URSS, y realmente no lo es. Los popes más ricos en el zarismo fueron, desde luego, activos en la contra-revolución pero después de liquidados los *Kulaks* como clase, bajaron las alas. La iglesia ortodoxa era fuerte y temible cuando las clases explotadoras rusas dominaban con su ayuda al pueblo; cuando la misma iglesia ortodoxa —sus jerarcas— formaba parte de dichas clases. Pero derrumbado ese orden de iniquidad, la iglesia quedó sin base. Su riqueza material y los privilegios de que gozaba, es decir, lo que constituía su fuerza, desaparecieron con la Revolución triunfante. A los popes les quedaba el campo espiritual para la propagación de «su fe», pero en verdad no era ese su campo preferido. Y por consecuencia, se desbandaron. Algunos emigraron en asocio de los «nobles», otros colgaron los hábitos. Solo una reducida porción se dedicó a sembrar remolachas en compañía de sus mujeres y de sus hijos, y a officiar sus ritos, cuando tenía fieles.

Porque las iglesias en la Unión Soviética pasaron a ser propiedad del Estado, es decir, del Pueblo, como la tierra. Pero así como la tierra se da en uso y

usufructo a los agricultores, las iglesias se entregan a los creyentes, con la sola obligación de velar por su sostenimiento. Sucedió, sin embargo, que muchas iglesias se cerraron por falta de creyentes, es decir, porque los vecinos de las dichas iglesias —con ayuda de sus clérigos— no organizaron sus parroquias. En estas condiciones, muchos popes ni tenían en donde officiar, y en general no se interesaban para conseguirlo porque la religión había dejado de ser un negocio. El Estado no subvencionaba a los popes, los fieles reducían sus donaciones, y los sacramentos pagados se reducían también.

Claro que cuando las iglesias cerradas creaban problemas, pasado un tiempo, el *Soviet* del barrio respectivo decidía la cuestión. ¿Qué hacer con determinada iglesia? En algunos casos, muy contados, se podían utilizar como bibliotecas, museos, etc. Algunas veces, o porque eran viejas construcciones sin ningún valor, o porque constituían obstáculos a la modernización de la ciudad, se las derruía. Desde luego, para tomar decisión sobre una iglesia, era necesario que las tres cuartas partes de la población del barrio respectivo, en plebiscito abierto, lo determinaran así. En el barrio de Frunse conocí una iglesia, de regular aspecto, que continuaba cerrada hasta 1934. En la plaza de la Victoria, consagrada a la monumentaria de los zares, se alzaba una de las más hermosas iglesias, construida en memoria de la derrota de Napoleón en 1812. Esta espléndida iglesia armada en acero, que tenía una cúpula semejante a la catedral de San Pedro en Roma, cubierta en oro, fue demolida en 1932, por ser aquel el sitio más apropiado para erigir el Palacio de los *Soviets* de toda la Unión.

Avanzado ya el verano de 1923, se decidió hacer un alto en los estudios del grupo de habla castellana del Instituto Internacional Leninista, a fin de realizar una excursión de estudios. Equipados con elementos de toda clase, bajo la dirección de un experto profesor y la subdirección mía, llegamos a Nixni Navgórod, ahora ciudad de Gorki, puerto alto del Volga. Demoramos poco en este lugar, en donde abrimos nuestros cuadernos de apuntes para anotar lo que juzgamos de mayor importancia. Tomamos luego un barco en la flotilla que surcaba el río, y nos instalamos en él en habitaciones propias. Realmente, era un barco para nosotros, barco para turistas y estudiantes, acondicionado elegantemente.

El Volga es el río más grande del continente europeo. Nace en los montes de la gran Meseta de Valdaí, hacia el norte, recorre 3.700 kilómetros y desemboca en el Mar Caspio. Desde su nacimiento hasta la ciudad de Kazan en donde recibe el río Kama que desciende de los montes Urales, el Volga corre hacia el oriente. Allí curva hacia el sur, y tiene en su ribera, entre otras, además de Kazan, las ciudades de Samara, Saratov y Stalingrado, punto este que lo acerca al río Don, para rutar al sudoriente, hacia el estuario de Astrakan, puerto del Caspio. El Volga corta espléndidas estepas, zonas exuberantes de tierra negra; también adorna paisajes de singular belleza como el paso majestuoso que hace ante los Montes de Zhigulf.

Debo aclarar aquí, que mis frecuentes excursiones de trabajo y estudio en la Unión Soviética, se realizaron únicamente en la parte europea. Incluso estuve en el Mar Blanco, y en la región samoyeda, es decir, hacia el extremo norteamericano de la URSS.

Cuando llegamos a Kazan, me hallaba realmente en el sitio que más me acercaba a la parte asiática del país de los *Soviet*.

El primer objetivo de nuestra visita en Kazan fue la famosa universidad donde estuvo Lenin. Visitamos después algunas fábricas, escuelas, instituciones sociales y, finalmente, el *Soviet*. Como en los diferentes centros de Gobierno que ya conocía, había en el *Soviet* de Kazan un extraordinario espíritu de trabajo. Las personas que componían este organismo, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, eran las mejores energías de la producción, los *udarniks* más destacados de las fábricas, de las construcciones, de los institutos docentes, de los laboratorios científicos. En la visita al *Soviet*, nos encontramos con unas situaciones nuevas. No hubo informe previo. El presidente se limitó a presentarnos, con un breve discurso y un caluroso saludo, luego del cual nos dijo, muy cordialmente:

—Ahora vamos a ver qué les interesa saber a ustedes —y agregó— en seguida podemos trabajar un poco, y continuaremos en la noche.

El profesor nos explicó la conveniencia de preguntar, de preferencia, las cuestiones que pudieran servirnos, no sólo para tener una idea general de los *Soviets*, sino para comprender su origen popular, su estructura y su funcionamiento, para que, llegado el momento, pudiéramos nosotros también crear en nuestros países los *Soviets* de Obreros y Campesinos, como órganos del poder político del pueblo.

Realmente, eran las cuestiones concretas las que más podían servirnos, incluso a mí que ya conocía, en general, la vida soviética. Y, obrando en consecuencia formulamos muchísimas preguntas que,

ordenadas convenientemente, nos fueron contestadas en forma muy amplia. A continuación, tomo de mis apuntes las principales preguntas con una síntesis de sus respectivas respuestas: Derribado el antiguo poder, en una localidad, por ejemplo, ¿a quién o a quienes correspondía iniciar la constitución del respectivo *Soviet*?

—Desde luego, no se puede contestar conforme a un patrón, es decir, a un manual que se pueda aplicar mecánicamente. En primer lugar, es claro, partimos del hecho revolucionario. Esto es, de que hay una revolución en marcha. Lo más frecuente consiste en que las fuerzas de ocupación designan una Junta Revolucionaria y ésta convoca al pueblo para que elija su propio gobierno.

—¿Cómo se trata de momentos muy agitados, de qué métodos se vale la Junta Revolucionaria, digamos, para la mejor escogencia de los candidatos que deban ser elegidos como miembros del *Soviet*?

—Como es obvio, partimos de la existencia en acción de un Partido Político que orienta y dirige la masa. Este partido está entre los obreros y los campesinos, y también en el ejército regular o de guerrillas que opera en el acto revolución. Lógicamente, la campaña por la Constitución del *Soviet*, y el mismo acto de la elección, son actividades en tal grado consiguientes políticamente, que no pueden participar al gobierno sino los mejores luchadores del pueblo, obreros, campesinos y soldados.

—¿Existió, desde un principio, el compromiso de los diputados que los obliga a entregar su credencial o mandato a la mesa que los elige, en el caso de que su labor no satisfaga?

—Es evidente. El sistema soviético confiere al pueblo el derecho de elegir libremente a sus voce-

ros; pero una vez elegidos estos, no significa que hayan renunciado, ni siquiera transitoriamente, a su derecho. Y por consiguiente, el diputado sigue dependiendo del pueblo que le otorga su confianza y le fija tareas. Si esta confianza no corresponde plenamente a los lectores —la que se verifica en la realización de las tareas— entonces es lógico que le retiren su credencial o mandato, y en tal caso, entra en funciones el respectivo suplente.

—Sabemos nosotros que los *Soviet* reúnen las diferentes ramas del Poder Público, pero, ¿podríamos, tener algunos ejemplos de cómo las ejercen?

—Naturalmente, nuestro país tiene el *Soviet* Supremo, cuyos actos tienen igual validez en toda la Unión. En este caso, el *Soviet* local es un órgano de ejecución en lo que a él corresponda de tales actos. Existen, asimismo, *Soviet* Nacionales, cuyos actos —armonizados con los del *Soviet* Supremo— tienen validez para la respectiva nacionalidad. Existen, finalmente, los *Soviet* Locales, —cuyos actos armonizados con los del *Soviet* Supremo y el respectivo *Soviet* Nacional— tienen validez en su jurisdicción, en la cual, a su vez, existen *Soviets* de barrio, vereda y aldea que son como propias secciones o prolongaciones suyas en las masas. Hecha esta explicación, el *Soviet* es un órgano legislativo, ejecutivo y judicial. En algunos casos delega funciones, como sucede al otorgarle a un juez tareas propias del derecho soviético. Pero sus delegatorios no pueden crear un poder aparte. En materia legislativa también se delegan funciones de investigación y estudio a personas, que sin hacer parte de la diputación, pueden colaborar con ella.

—¿Cómo se producen las iniciativas en el *Soviet*?

—Ante todo, el *Soviet* tiene funciones que le son propias, y que por serlo están planificadas. Por ejemplo, sus presupuestos. De conformidad con las cifras de control, el *Soviet* sabe de qué presupuesto de rentas dispone. En la elaboración de las cifras es frecuente la iniciativa que tiende a subir los ingresos, sin aumentar los impuestos o participación del Estado en el rendimiento del trabajo. Una máquina, digamos, produce quinientos zapatos por día. Pero mejorando la relación de sus procesos técnicamente, o creciendo su velocidad, o creándole una nueva pieza, etc. pasa a producir seiscientos zapatos. En este caso aumenta el rendimiento del trabajo y por consiguiente la ganancia social y en consecuencia el ingreso del Estado. Claro que los diputados llevan sus iniciativas directamente al seno de las comisiones y a las sesiones del *Soviet*. Estas iniciativas, por lo general, tienden a aumentar los programas con nuevas escuelas, casas de reposo, parques, bibliotecas, etc. Claro que la decisión final se coloca en condiciones realistas, porque tampoco se adoptan bonitas iniciativas para que se queden en el papel.

—¿Qué tareas concretas tiene el *Soviet* de Kazan, en estos momentos?

—El cumplimiento del Plan Quincenal en cuatro años, más aún, sobrepasar sus cifras en los cuatro años siguientes. En este sentido, tenemos renglones que fueron cumplidos ya, es decir, durante los tres años transcurridos. Esto significa que tales renglones llegarán al cuarto año muy por encima de las cifras planeadas originariamente.

—Nos decía usted, que personas no electas a los *Soviets* podían participar en la investigación y estu-

dio de problemas legislativos ¿Con qué credencial y bajo qué condiciones pueden actuar esas personas?

—Ciertamente debo a ustedes una explicación. Desde luego, toda labor en el *Soviet* es de la exclusiva responsabilidad de los diputados. Lo que pasa es que éstos pueden recibir —y en realidad reciben— la colaboración de las personas que voluntariamente la ofrecen. El hecho es nuevo, pero enteramente lógico. Como ustedes saben el Estado Proletario es un organismo popular de transición entre la sociedad capitalista y la Sociedad Comunista. Este organismo es cada vez más fuerte en nuestro país, no solamente porque expresa la mayor fuerza de la nueva sociedad en desarrollo, sino porque tiene, cada vez, mayores tareas defensivas frente al cerco del mundo capitalista que pretende eliminarlo. Pero, desde el punto de vista del desarrollo histórico mundial, el Estado tiene qué desaparecer, y no precisamente por un proceso de languidecimiento, de cenitud melancólica, sino de fusión de todo su vigor en la misma sociedad. El Gobierno Popular Soviético es la representación de la sociedad por un núcleo o parte de la sociedad misma. Cuanto mayor sea la participación de las personas en el Gobierno, más crece el núcleo, y cuando todas las personas participan conscientemente en su propio Gobierno, el Estado habrá desaparecido.

De nuevo en nuestro barco, continuamos la marcha. Muy de mañana hacíamos ejercicios de fisicultura sobre la cubierta. Y luego del baño, tomábamos el desayuno, leíamos, discutíamos y ordenábamos apuntes. Algunos jugaban ajedrez, otros organizaban tertulias amenas o simples corrillos de rueda suelta. Antes del almuerzo, en lugares pin-

torescos, se detenía el barco, y durante un buen rato hacíamos un gran espectáculo de natación. Después del almuerzo dormíamos la siesta. Luego hacíamos ligeras reuniones para examinar el aprovechamiento de nuestra excursión de estudio y de recreo. Por la noche celebrábamos asambleas generales en las cuales tratábamos a fondo las cuestiones planteadas en las reuniones con trabajadores soviéticos, tanto en organismos profesionales como del Estado.

En un sitio determinado, pequeño puerto con aspecto de aldea nueva, se detuvo el barco. Allí bajamos y en seguida nos pusimos en marcha. Cerca estaba un *Soljos* y, naturalmente, ya nos esperaban. Nos instalamos en el comedor. La directiva de la empresa nos atendió solícitamente. Bebimos té, comimos manzanas y peras. Eran las diez de la mañana, aproximadamente, sin preámbulo oral, salimos hacia la estación de máquinas y talleres de reparación.

Un *Soljos* es una empresa agrícola del Estado, un poco semejante, digamos, a las «Granjas Agrícolas» o «Estaciones Agrícolas Experimentales» existentes en Colombia. En la Unión Soviética, como era obvio, estas empresas tenían una misión so solamente mucho más amplia, sino sobretodo, de real orientación e impulso al desarrollo de un tipo de producción agro-industrial maquinizada, a grande escala y sobre la base colectiva, es decir, de un tipo de economía socialista.

En una plazoleta estaban estacionados varios tractores y diversas máquinas agrícolas de diferentes labores. Entramos a un salón con aspecto de bodega ferroviaria en donde había cajas con repuestos de máquinas, algunos chasis y arrumes de sacos con abonos. Pasamos a los talleres: yunques,

fraguas operadas con bandas de motor, tornos, máquinas prensadoras, taladros de presión, terrajas, poleas, grúas, cadenas, etc., y por el suelo piezas rotas, resortes aplanados, motores dañados. Varios obreros que allí trabajaban, suspendieron su labor cuando nos vieron. El director del *Soljos* y el ingeniero jefe de la estación de máquinas, les explicaron nuestra presencia. Nos dimos las manos; se alegraron visiblemente al verse visitados por camaradas españoles, y con entusiasmo gritaban: «¡Hurra! ¡España proletaria, España soviética!»

Cruzando la plazoleta por un extremo, entramos a un edificio que tenía en la portada un letrero que decía: «No fume». Pasada la portada, el profesor que iba adelante con el ingeniero jefe, se detuvo para decirnos que tuviéramos mucho cuidado y no olvidáramos que allí estaban los depósitos de gasolina. Pasamos diferentes secciones, y no solo vimos allí tanques de gasolina sino también de lubricantes, y en una como estantería de aparadores anchos, muchas capas y botas de caucho. Salimos del citado edificio por una puerta pequeña hacía la cual llegaban las máquinas a recibir el combustible y los aceites.

Estaba haciendo un sol muy bravo; no obstante fuimos al frente de trabajo en donde los tractores removían la tierra. Recorrimos una línea de más de un kilómetro. Se nos explicó el proceso de preparación para la siembra. Y, cosa que no vimos sino meses después en fotografías: la diseminación de las semillas de trigo desde aviones acondicionados con máquinas sembradoras. Pasada la una de la tarde, llegamos de nuevo al comedor. Sobra decir que almorzamos como arzobispos. Y sin un minuto de siesta, aporreados por el sol y molidos por las camina-

tas, iniciamos los apuntes de los informes que nos hicieron, el director del *Soljós* y el ingeniero jefe de la Estación de Máquinas.

Una síntesis de los citados informes puede ser la siguiente: 1. el *Soljós* es una empresa agroindustrial que se organiza y rige por los mismos principios y métodos de las empresas industriales; 2. El objeto y finalidad del *Soljós*, consiste, solamente, en la creación de modelos técnicos de producción agrícola moderna, de forma que sirvan de orientación a los *koljós*, sino también para obtener rápidamente un gran volumen de productos de amplio consumo popular, tales como el trigo, el centeno, la cebada, la avena, la remolacha de azúcar, etc. 3. El *Soljós* es la mejor escuela para formar y desarrollar cuadros dirigentes de la agricultura socialista, y por consiguiente es la forma práctica más eficaz de ayuda del Estado Socialista al campo, en su etapa de transición entre la fase económica individual y la económica colectiva; 4. El *Soljós* aporta valiosos contingentes de obreros industriales, ingenieros, especialistas en ciencias agrícolas y organizadores sociales al campo, lo que naturalmente contribuye a borrar la vieja línea divisoria entre la vida ciudadana y la vida campesina. Ahora: la estación de tractores y máquinas agrícolas en general, no es una dependencia del *Soljós*. Tales estaciones han sido organizadas en diferentes zonas del país, y su programa puede cifrarse así: 1. Aportar a los campesinos *koljosianos* maquinarias y obreros especializados que las manejen y enseñen a manejarlas; 2. Facilitar a los *koljós* la adquisición de los equipos de máquinas necesarias para su trabajo; 3. Enseñar la mecánica de reparación en sus talleres, y en general todo lo relacio-

nado con el uso de combustibles de petróleo, aceites lubricantes, etc.

Terminados los informes, nos cruzamos algunas preguntas y repuestas, que omito aquí porque su esencia es la misma de las que voy a citar más adelante. Se convino en realizar una reunión del colectivo del *Soljós* en las primeras horas de la noche, en la cual hablaron un español y un mexicano; también hubo preguntas cruzadas, por lo común en cuestiones de detalle. A las nueve de la noche regresamos al puerto, pero no para extendernos inmediatamente en nuestros camarotes como era el anhelo de todos. Los dirigentes allí habían organizado un mitin para esperarnos, en el club de los obreros, en donde fue necesario actuar hasta pasada la medianoche.

Una mañana se detuvo el barco en un bonito puerto, muy limpio y alegre. Bajamos a tierra, subimos luego un suave declive cubierto de hierba y sembrado de árboles. Nos hallábamos en la pintoresca ciudad de Ulianof, cuna de Lenin. Ulianof es una ciudad pequeña y tranquila, con aspecto residencial muy agradable. Directamente marchamos a la casa de la familia Ulianof, alejada del río. El aspecto de esta casa es modesto pero no humilde. Casa vieja pero conservada. En la calle arbolada, esta casa expresa la categoría social de clase media de quienes la habitaban.

Pasado el zaguán se da sobre un corredor adornado con plantas de jardín en materas, que tiene al frente un patio con árboles. En la pared del corredor penden los mismos cuadros que tuvo allí la familia Ulianof. Entramos a la salita que tiene sus muebles y frente a ellos cordones de peluche soste-

nidos en peañas para que los visitantes no los deterioren. En el centro una mesita con carpeta decorada y algunas fotografías de familia lúcidas en retratos. En una esquina un piano antiguo, y numerosos cuadros en las paredes, parte de los cuales fue de la familia y parte agregada al convertir la casa en Museo de la familia Ulianof. En estos cuadros se ven diferentes retratos del padre de Lenin, vestido de levita estilo inglés, como entonces convenía a un inspector escolar de primera categoría. Los retratos de la madre de Lenin revelan a la dama distinguida. Alemana de origen, descendiente de la colonia agrícola que Catalina II radicó en las tierras negras del Volga (hoy República de los Alemanes de Volga), cultivó una vasta cultura y tuvo influencia decisiva en la formación espiritual de los hijos.

Entre la salita y dos pequeñas alcobas —que no tienen ninguna novedad— hay una angosta escalera que conduce hasta un cuarto, construido a modo de mirador. Dicho cuarto perteneció al hermano mayor de Lenin, Alexis, que siendo estudiante muy adelantado se alistó en las filas del «Populismo» y como tal participó en el atentado contra el emperador Alejandro II, acto que le costó morir ahorcado. El cuarto de Aléxis conserva el estudio del estudiante revolucionario. Libros y papeles sin orden sobre una mesa, dibujos a pluma y retratos de jefes rebeldes pendientes de las paredes. Su propio retrato dice al visitante el calibre del joven conspirador.

En la vida inicial de Lenin como revolucionario, es evidente que Aléxis, el «populista» sincero y valiente que no vaciló en sacrificar su existencia en la empresa terrorista que juzgó indicada para salvar al pueblo de la esclavitud y la miseria, influyó pode-

rosamente. Lenin, visionario genial, podía desde entonces no solamente sentirse impulsado a luchar contra la tiranía zarista, sino y principalmente concitado a estudiar la teoría revolucionaria que reemplazaba el atentado personal por el golpe de las masas, la organización de grupo por el ejército de los trabajadores, y al héroe solitario en la escena revolucionaria por los comandos forjados en las entrañas del pueblo.

Pronto estuvimos en Samara, importante ciudad y puerto en la arteria del Volga. Demoramos allí poco, porque, según el plan, nuestra mayor estadía tenía que ser en Saratov y Stalingrado para visitar dos empresas, un sindicato y un club de obreros en donde tuvo lugar una importante asamblea.

Nuestra llegada a Saratov —ciudad que ya conocía— nos presentó un aspecto muy interesante de las dificultades que para entonces tenía que vencer el pueblo soviético. Se trataba de crear en dicha ciudad un gran centro de producción de máquinas agrícolas. Estaban construidos los amplios edificios de acuerdo con los mejores diseños y modernas casas para los obreros y empleados. Pero como el país carecía a la sazón de los montajes mecánicos suficientes, fue necesario comprar a Checoslovaquia un equipo de maquinarias gigantes que ya estaban en sus sitios, debidamente instaladas por técnicos y especialistas de las firmas vendedoras. ¿Pero quienes iban a operar ese espléndido equipo destinado a construir máquinas agrícolas modernas?

Claro que la Unión Soviética tenía ingenieros electromecánicos, obreros metalúrgicos expertos y notables organizadores de la industria. Pero no en número suficiente. Esta era una de las dificultades de

crecimiento que había subrayado Stalín, y que los derechistas proponían «resolver» frenando el desarrollo de la grande industria, y que los bolcheviques resolvieron acelerando la preparación en masa de técnicos y especialistas.

El famoso equipo de maquinarias checas estuvo por unos meses inmóvil. Naturalmente que se halló una solución inmediata. Se contrató un magnífico personal checo que, sobre la base de buenos contratos, buenos alojamientos y mejor alimentación se trasladó a Saratov. Bueno, los dirigentes soviéticos organizaron casos especiales para los checos, comedor de lujo para los checos, club e incluso diversiones y deportes para los checos. Todo a condición solamente de que cada checo tomara a su «servicio» dos ayudantes de mano soviéticos que le hicieran liviana su labor. Desde luego, los ayudantes fueron seleccionados entre los jóvenes más inteligentes y estudiosos, de forma tal que, pasado medio año, ya podían manejar las complicadas máquinas.

Cuando nosotros visitamos estas plantas de excelentes maquinarias checas, estaba en función apenas una parte del equipo. El personal extranjero y sus ayudantes de «mano» no eran suficientes para movilizarlo todo. Y por esta causa se veían contrastes interesantes. Por ejemplo, entre las máquinas gigantes en reposo había una que modelaba —en acero al rojo— cortaba y numeraba determinadas piezas pequeñas, necesarias para completar una de las máquina de los diversos modelos que ya se producían. Reunieron entonces, a varios cerrajeros de la región, y con sus fraguas, yunques y cajas de herramientas, los instalaron frente a la máquina gigante para forjar y modelar las susodichas piezas.

Un experto cerrajero producía —sin numerarlas— cuarenta pequeñas piezas por día. La enorme máquina que podía producir doscientas por hora y mucho menores, parecía mirarlos con tristeza humana.

En esta formidable planta de maquinarias agrícolas modernas, que semejaba una ciudadela industrial, trabajaba un personal de dos mil o poco más, siendo que su capacidad en plena producción estaba calculada para diez mil trabajadores. Y precisamente aquí debo mencionar un hecho que se presentó en varias fábricas metalúrgicas soviéticas durante el período del primer Plan Quinquenal, y que tuvo lugar en esta fábrica, consistente en que, algunos obreros inexpertos, queriendo operar maquinarias complicadas, las dañaban. Desde luego el hecho no tenía la extensión que algunos periódicos extranjeros antisoviéticos le dieron, y tampoco fue siempre el resultado de la inexperiencia, sino de saboteadores introducidos en las empresas por los agentes imperialistas.

Un contraste me hizo comprender, una vez más, que los trabajadores soviéticos, incluso los que apenas se iniciaban en la producción industrial, eran más concientes de los problemas de la construcción socialista que yo mismo. Por atención con nosotros se nos asignó un comedor del restaurante de los obreros checos. Aquello era de primera. Además de la magnífica alimentación, había un bar de mucha categoría. Y, muy cerca de allí estaba el amplio comedor de los proletarios de la región de Saratov que, siendo limpio, relativamente cómodo y no escaso de alimentos, era notoriamente inferior. En el restaurante del personal checoslovaco había diver-

esos productos, tales como la crema de leche, la mantequilla, el queso, el jamón y la mortadela que no pasaba por el comedor de los trabajadores soviéticos. Azúcar, té y pescado que tenía consumo restringido en el comedor de los trabajadores abundaban en este restaurante. Nosotros, los excursionistas, comentamos la situación, y deseando saber cómo la veían los obreros del lugar, le preguntamos a un trabajador que conducía una carreta a lo largo de un pasadizo, entre dos cuerpos de la fábrica, y nos contestó sin darle trascendencia al asunto.

—Eso es necesario. Y por otra parte, no constituye un sacrificio para nosotros. Si no podemos entrar, en este particular, al nivel de los técnicos, en cambio estamos ya viviendo mucho mejor que antes.

—Claro que muy pronto tendrán ustedes —le dije yo— las condiciones que aquí están otorgando a los extranjeros.

El trabajador pensó un poco como queriendo decirnos mucho más, pero empujó la carreta diciendo únicamente:

—Para eso estamos trabajando.

Omito la revista que pasamos a la fábrica el primer día, así como hacer mención del extenso informe que nos presentó su director. Pero la importante asamblea de los trabajadores, en la cual estuvieron presentes varios checoslovacos, sí me obliga a extender el espacio, sobre todo porque fue la reunión con trabajadores soviéticos en donde más preguntas se nos hizo. La situación nos impulsó a prolongar por dos sesiones más dicha asamblea, a fin de poder contestar adecuadamente las diversas interrogaciones.

Por la circunstancia de que yo entendía el idioma ruso y luego podía oír la traducción al castellano, lo

que me otorgaba tiempo suficiente, copié textualmente el cuestionario, tanto de la parte de los trabajadores soviéticos como de la nuestra. El total de preguntas hechas ascendió a setenta y tres, de las cuales nos correspondía contestar a nosotros cuarenta y seis. Juzgando de mucha importancia la mayoría de estas cuarenta y seis preguntas, me pareció indicado llevarlas después al Secretariado del Komintern del cual hacía yo parte. Allí las traduje de nuevo al idioma ruso, y tras una breve información mía sobre las respuestas que habíamos dado, se convino en que yo mismo escribiera una serie de artículos sobre su contenido, de los cuales salieron publicados varios en *La Correspondencia Internacional*, órgano de la I.C., naturalmente bajo seudónimo.

De las preguntas hechas por nosotros, paso a copiar algunas relacionadas con las dificultades de crecimiento que tenía entonces el pueblo soviético, sobre todo en aquel lugar, con el objeto de subrayar el magnífico estado de ánimo combativo de los trabajadores y la extraordinaria claridad de su situación:

—Queremos saber, preguntamos nosotros, ¿cómo juzgan ustedes las dificultades que actualmente atraviesa el pueblo soviético?

—Las juzgamos —contesta un obrero comunista— como transitorias, como algo que debemos vencer en la marcha y que ya estamos venciendo.

— ¿Creen ustedes que la dificultades se podían evitar?

—En las condiciones de nuestra URSS no —contesta otro obrero comunista y agrega— si teníamos que construir el socialismo como condición para la existencia misma de nuestro país, es claro que de-

bíamos empezar creando empresas, produciendo más petróleo, más carbón, más hierro, más algodón, y simultáneamente haciendo máquinas. Lógicamente, esta línea de nuestras tareas, tenía que repercutir, por un período determinado, en el debilitamiento pasajero de la producción de artículos de consumo general.

— ¿Creen ustedes que pronto se podrán producir, en gran volumen, los artículos de amplio consumo que ahora escasean en la población?

—Es evidente— contesta un joven *udarnik*, miembro de la Organización Juvenil Comunista, quién a su vez agrega— como es claro, se trata de los productos industriales, de los trajes y los zapatos, de las gorras y los calcetines, de los muebles y los tendidos de cama, etc. Estos artículos se producen ahora más que antes, lo que sucede es que la demanda crece más rápidamente. ¿Cuándo estará el ritmo de la producción al compás de la creciente demanda? Esto sucederá pronto cuando la industria pesada pueda dotar de equipos suficientes a la industria ligera, cuando aumenten las manos expertas.

—Consideramos muy buena la explicación que procede, pero ¿quién desea ampliarla un poco en relación con los productos alimenticios?

—Por cierto— dice una obrera sin partido, un poco entrada en años— yo quería decirle que aquí pasamos dos meses sin azúcar, pero nadie se murió por eso. Endulzábamos el té con manzanas. Ahora ya tenemos azúcar. La carne de res está escasa pero tenemos pescado. Realmente queremos estar mucho mejor pero no es porque estemos mal. ¿Quién ha dicho que aquí se muere alguno de hambre? Lo que salta a la vista es que pronto tendremos abundancia de todo.

—Magnífico. Díganos ahora, ¿cómo marcha el problema de las habitaciones?

—Allí tenemos una brecha más honda —nos dice un viejo guerrillero, comunista y *udarnik*. Aquí se construye rápidamente, pero es que la gente de las aldeas se viene volando. Empieza uno un grupo de habitaciones para la gente que las necesita y cuando acaba, hay mucha más gente sin habitación. Pero es que al mismo tiempo es necesario construir escuelas, clubes, edificios para las cooperativas, etc. Es que cuando todo está creciendo, nos cuesta dar abasto.

—¿Qué labor de educación general y profesional realiza la fábrica con el personal nuevo de trabajadores?

—Esa labor pertenece al sindicato —nos cuenta su presidente, obrero metalúrgico, comunista, y nos explica —el personal de la fábrica está incorporado en diferentes grupos de estudio. Los obreros con alguna experiencia profesional están mejorando sus conocimientos en los cursos técnicos dictados por ingenieros y especialistas; los trabajadores que apenas se inician en la vida industrial, reciben clases de información general, de la industria y de capacitación profesional. Para esta tarea de urgencia, tiene la fábrica un taller de aprendizaje. Y, finalmente, existen grupos de educación sindical, que preparan a los nuevos obreros para ingresar a la organización.

—Según eso —le interrogamos al jefe sindical— ¿el obrero que ingresa a la fábrica no puede afiliarse inmediatamente al sindicato?

—Ante todo, nos contesta, pertenecer al sindicato es un acto voluntario. Pero los nuevos obreros en general lo desean. Naturalmente, la organización

exige cierta conciencia y por lo menos un mínimo de beligerancia, condiciones que muchos no reúnen cuando proceden del campo. En este caso es necesario que la organización les ayude a despertar, a entender el carácter de los sindicatos soviéticos y sus tareas actuales.

—A propósito de los sindicatos soviéticos —le preguntamos— ¿podría darnos usted una definición sobre su carácter y sus tareas actuales?

—Desde luego, habiéndose abolido de raíz el régimen social basado en la propiedad privada, no existen por consiguiente clases patronales, esto es; burguesía industrial y terratenientes semifeudales y *Kulaks* que exploten, mano de obra. Por otra parte, nuestro estado no es un empresario de las clases dominantes como sucede en el sistema social capitalista. El estado nuestro es una organización representativa del pueblo, creada y sostenida por los trabajadores, en su propio beneficio. En estas condiciones el carácter de los sindicatos no puede ser sino el de agrupación, educación e impulso de las masas por el camino del progreso, es decir, como organismos de trabajo conciente pro socialistas, como es obvio, las tareas actuales de los sindicatos soviéticos están determinadas en el Plan Quinquenal, que no es como ustedes lo saben, un programa de realizaciones materiales solamente sino de crecimiento general de nuestra sociedad.

—Como aquí se trata —preguntamos— de una fábrica nueva, con personal nuevo ¿sí existe una conciencia común de que pertenece a los trabajadores?

—Claro, porque sino fuera así ¿en donde estaba el dueño? contesta una obrera joven, sin partido pero de la directiva del sindicato.

—Bueno —dice un obrero, entrado en años, comunista y *udarnik*—. Esa respuesta es correcta pero corta, seca, y... yo quiero decir algo más. La fábrica es nuestra, es decir, de los trabajadores que la hemos construido y estamos luchando para ponerla en marcha. Esto es exacto en nuestro país. Pero también pertenece a todos los trabajadores de la URSS representados en el estado que nos están ayudando. En esta forma, es de la sociedad socialista a la cual nosotros pertenecemos.

—Así se habla —subraya el viejo guerrillero que contestó al punto sobre habitaciones— así se habla. Pero no se ha dicho todo. Claro que vienen personas del campo, que no entienden desde el primer día el asunto. Pero el sindicato les explica. Además, el Partido está fijando todos los días un gran periódico mural que muestra, a lo vivo, con dibujos, caricaturas y leyendas, que nuestro trabajo no se va a la caja de ningún rico que viva, derroche y capitalice nuestro esfuerzo.

—Estamos enterados de la organización y dirección de las empresas soviéticas, pero deseamos que ustedes nos digan ¿cómo funciona la dirección de vuestra fábrica?

—No hay aquí ninguna novedad —nos contesta el dirigente comunista—. El sistema de dirección soviética se basa en el triángulo. Esto es: de un representante de la industria respectiva (en este caso, la industria metalúrgica) especialista en la materia que, hablando en rigor técnico, representa la fábrica y es su administrador; de un representante capacitado del Partido Comunista que representa la fuerza de orientación, control y vigilancia del sistema socialista de nuestro país, y de un dirigente sindical,

representante de la masa de trabajadores, obligado directamente a responder por su mejoramiento material y cultural.

-----¿No se presentan divergencias en el triangulo? —preguntamos al dirigente comunista.

—Seguramente— nos contesta, y agrega— Desde luego que divergencias de principio no se presentan. Tenemos, a veces, diferentes modos de ver los aspectos de coordinación entre los intereses colectivos y los personales o de familia. Por ejemplo: quisiéramos mejorar más rápidamente las condiciones del personal, pero este anhelo justo depende del crecimiento general del sistema social soviético y también del cumplimiento concreto de nuestros problemas en la fábrica. En estos casos puede haber divergencias transitorias. Pero estas divergencias no se ahondan sino que se solucionan, pidiendo la intervención de organismos superiores que aclaran satisfactoriamente las dificultades de entendimiento.

Un jefe comunista, encargado de los deportes en la fábrica, que durante las reuniones con los trabajadores había estado al lado del traductor, explicándonos las características principales de las personas que habían planteado o contestado preguntas, nos advierte que la comisión de un *koljós* cercano que había quedado de venir por nosotros, nos estaba esperando. Esto sucedía un día de descanso, pero nuestro programa no podía estar sujeto a interrupciones prefijadas. Y, mientras marchábamos por un campo de centeno maduro, reflexionaba yo sobre un hecho: ¿por qué los trabajadores sin partido, en la fábrica metalúrgica de Saratov, se habían mostrado poco activos en el planteamiento y contestación de preguntas? ¿Además, por qué tuvieron más interés

en preguntarnos cuestiones que en contestarnos? Desde luego, la reflexión me condujo a una explicación muy clara: siendo aquella una empresa nueva, con personal nuevo todavía en la vida industrial soviética y en general poco desarrollado desde el punto de vista cultural, era lógica cierta timidez que al mismo tiempo expresaba sentido de responsabilidad. Por otra parte, ¿no están los comunistas obligados a ser el activo primero de la masa laboriosa?

Y, como un paréntesis, quiero explicar aquí como estaban distribuidos entonces los días de descanso en la URSS. No regía la semana nuestra, incluso los días habían perdido mucho la importancia de sus nombres. La semana soviética era de cinco días de trabajo y uno de descanso, es decir el sexto. Se descansaba el seis, el doce, el dieciocho, el veinticuatro y el treinta. Los meses de treinta y un días daban su última semana de seis. De todos modos, la víspera del día sexto se hacían compras especiales, se preparaban paseos, programas de diversión, se viajaba en las tardes a casas y quintas de descanso, y por las noches tenían lugar asambleas de mayor importancia, se asistía a los nocturnos de teatros y cines, y, en fin, se podía distraer un poco el tiempo. Este arreglo especial de la semana soviética, además de la disminución general de las jornadas de labor: 6, 7 y 8 horas, conforme al carácter del trabajo, procuraba a los obreros y empleados muchísimo más descanso que cualquier otro país del mundo. Como es obvio, a los clérigos ortodoxos no les agradaba que los días domingo fueran borrados literalmente, porque tales días podrían producir todavía algunos rubros en el mercado de la fe.

Reanudando mi relato, quiero decir apenas que visitamos brevemente el *koljós*, y que después de

un mitin celebrado en una escuela, salimos para ocupar de nuevo nuestro barco que había de marchar ahora directamente a Stalingrado.

En un sitio intermedio entre Saratov y Astrakán —puerto del Mar Caspio—, en donde el Volga forma un gran codo hacia el occidente, en un espléndido paisaje que fue antes asiento de la Aldea de la Zarina, se alza ahora la moderna Stalingrado. Por la situación del Volga en aquel lugar, cercado por el río Don que forma otro gran codo hacia el oriente, que además de crear así la puerta de entrada al Cáucaso del Norte reúne la población de la ensenada geográfica del Asia que avanza del Oral, la antigua Aldea de la Zarina constituía un nudo de carreteras y ferrocarriles afluentes que le daban una importancia estratégica especial en la guerra y en la paz.

A raíz de la Revolución victoriosa de 1917, de la alzada en armas de los generales del zarismo y de la invasión de los ejércitos imperialistas de catorce países, la Aldea de la Zarina se convirtió en un objetivo militar de primera magnitud. En la región campeaban las guerrillas rojas, valientes, indomables, pero naturalmente mal armadas y escasas de abrigo y alimento. Los jefes de la contra-revolución alinearon sus tropas hacia el codiciado objetivo, y fue en aquellos difíciles momentos cuando Stalin, estratega también en la guerra de guerrillas, dirigió victoriosamente la campaña del Volga en aquel sitio yugular del gran destino histórico de la URSS. El pueblo Soviético, en homenaje justo a su espléndido conductor, llamó acertadamente la nueva ciudad socialista, Ciudad de Stalin. Es decir, Stalingrado. Entraba el otoño de 1932 cuando llegamos, a la famosa ciudad. En aquel año, Stalingrado era una ciudad en construcción pero ya

tenía la más grande fábrica de tractores de la URSS trabajando a pleno rendimiento. Y en general, nuestra estadía de una semana en la Ciudad de Stalin, la dedicamos al estudio de aquella admirable estructura fabril, en torno de la cual giraba realmente la población del lugar.

Oídos los informes del triángulo, y luego de adquirir toda clase de conocimientos relacionados con el montaje, con los índices de producción fijados en el Plan Quinquenal, etc., fuimos a recorrer la fábrica, sección por sección. Empezamos por la Plazoleta y las bodegas en donde se recibían y almacenaban las materias primas que llegaban allí por ferrocarriles. Pasamos después a los pabellones de modelación y en seguida a las fundiciones. Todo aquello era admirable y naturalmente digno de ser descrito con amplitud, pero yo no puedo, aquí como en otros casos, sino hacer de ello mención.

Entramos a lo que pudiera llamarse el primer eslabón de la extensa cadena que nos iba a demostrar el proceso completo de cómo nace un tractor. Gran salón de máquinas montadas en hierro y cemento; grandes grúas como brazos gigantes alzando y bajando piezas, motores y armazones de acero, poleas rodando por los enriellados laterales de las altas cornisas para que las vigas o puentes de metal circularan su carga a los sitios de trabajo; plataformas que hacían su entrada sobre paralelas que dibujaban el suelo, y por el centro una sólida banda o cadena de planchón que unía en movimiento constante todos los puestos del proceso de la construcción, en este y muchos otros salones semejantes.

En un sitio vimos pasar sobre la cadena un chasis como una salamandra muerta; en otro un cigüe-

ñal, después unas bielas; más adelante esta armazón trepaba en ruedas, se revestía de planchas metálicas, cargaba un motor, elevaba una chimenea, y muy lejos, ya, un motorista subía al pescante, surtía la máquina de combustible y lubricantes, presionaba los pedales, encendía la chispa, y justamente donde se acababa la cadena salía el tractor sonando su motor por un parque de estacionamiento. ¿Qué tiempo demoraba el proceso de nacimiento de una máquina de tal naturaleza? Pocos minutos ¡Se podía encender un cigarrillo cuando uno salía, y no se había botado la colilla cuando asoma por la ruta, sonando su motor, otro!

Desde luego que a los sitios de la extensa cadena en donde los obreros especialistas estaban conectando piezas, armando el tractor, llegaban esas piezas exactamente fundidas, forjadas, torneadas, laminadas y en mil formas acondicionadas, de las diversas secciones de la fábrica que trabajaban conforme un diseño de máquinas sometidas a la producción en masa.

En Stalingrado asistimos a reuniones del personal por secciones y también en conjunto del colectivo. Tratamos separadamente las cuestiones propias del Sindicato y del Partido, e incluso de asociaciones culturales y deportivas. Y, como por esos mismos días tenía lugar la XVII Conferencia Pan-Soviética Bolchevique, que puso bajo su estudio el momento histórico en el proceso del desarrollo socialista en la URSS, aprovechamos para plantear ante los obreros diferentes materias que dicha conferencia examinaba y que conocían ellos en lo general. Transcribo aquí algunas de esas cuestiones tratadas en una reunión con los comunistas:

—¿Queremos saber —preguntamos nosotros— en cuántas categorías están clasificados los obreros en la fábrica?

—Ante todo —nos contestaron— queremos dejar sentado, que las clasificaciones en la producción no se congelan. Esto es, que un obrero, al ocupar un puesto determinado en el trabajo, no está obligado a estar allí determinado tiempo. Nuestro sistema, en este particular, es operativo y se mueve constantemente, por ejemplo: si un trabajador del campo entra hoy a la fábrica, sin ninguna noción de la producción industrial moderna, se le clasifica como bracero, y por consiguiente pasa a la primera escala, o sea la de obrero raso. Su director lo pone, digamos, a mover desperdicios metálicos de un sitio a otro. Naturalmente lo está observando, y conforme sea su actitud laboriosa, su interés, etc., puede ser que al día siguiente realice un trabajo semejante pero ya en los salones de máquinas, lo que implicaría cierta responsabilidad y por consiguiente un paso que podría llevarlo rápidamente a una segunda escala de clasificación. Estas escalas son actualmente diecisiete.

—¿Qué relación tienen estas escalas profesionales con la medida de los salarios?

—Es, exactamente, en los salarios donde más claro se puede ver la cuestión. Claro que ustedes conocen el principio propio de la presente etapa, en la cual se paga el trabajo conforme su cantidad y su calidad. De acuerdo con este principio, el nivel de producción de los trabajadores que llegan por primera vez a nuestra fábrica, resulta por debajo del nivel mínimo de vida que tiene hoy la población, lo cual hace necesario que las empresas dediquen una partida especial del fondo social, tendiente a com-

pletar ese nivel mínimo de existencia, que, como se ve, equivale a completar el salario mínimo de los obreros. Ahora, el salario medio es ya el que permite vivir en el promedio de las condiciones soviéticas, y los tipos superiores los que permiten vivir gradualmente mejor, e incluso ahorrar.

—Conocemos teóricamente lo que es el salario en el derecho burgués, y naturalmente concebimos su proceso de extinción en el tránsito de la sociedad capitalista a la sociedad comunista. Sin embargo, querrían darnos ustedes algunos ejemplos de ¿cómo se opera actualmente dicho proceso?

—Lo primero que debe quedar sentado y que ustedes saben es que los salarios en la Unión Soviética no son, ni por su naturaleza esencial ni por su forma, algo semejante siquiera a los salarios del mundo capitalista. El salario de la Unión Soviética se modifica constantemente, y realmente es apenas una parte complementaria de la retribución al trabajador. El salario burgués es una expresión formal que tiene por objeto ocultar la explotación, disfrazar el sistema de explotación de una parte considerable de la fuerza creadora del trabajador. Al comprar o pagar con estos salarios las cosas necesarias en la vida de la familia obrera, se descubre su valor real o sea la medida patronal tendiente a conservar la maquinaria humana que les produce energía para mover sus fábricas. El sistema social soviético, al organizar la producción bajo principios socialistas, establece como norma la distribución de la producción en forma que vaya atendiendo, continúa y progresivamente a todas las necesidades materiales y culturales de los trabajadores. Es decir, en lugar de entregar al obrero un salario nominal para que lo

lleve a un mercado de monopolistas y especuladores, en donde recibe a cambio de él apenas una parte de las cosas que necesita y desea, nuestro sistema distribuye directamente esas cosas, y no las peores porque no somos «clases inferiores».

—Como es evidente, el salario soviético no se puede apreciar por la cantidad de rublos que reciba el trabajador. Pero, ¿esta cantidad está en relación con las mercancías vendibles y por consiguiente comprables para la población?

—Desde luego, la cuestión exige una explicación: actualmente tenemos producción de artículos que llenan casi completamente las necesidades del consumo, sobre todo en materia de alimentos. Tenemos una producción transitoriamente insuficiente en telas, zapatos y otras manufacturas. El ritmo de las edificaciones es inferior a las nuevas exigencias de la población. Algunos productos, no esenciales pero que la capacidad de consumo popular ya los reclama, se producen muy limitadamente. En este panorama del momento, es lógico que los rublos entregados como complemento de la retribución del trabajo, correspondan apenas en forma relativa a las mercancías vendibles. Por estas circunstancias existen ciertas restricciones necesarias pero transitorias en el mercado, que tampoco es un mercado de tipo capitalista.

—Sabemos que la clasificación gradual de los trabajadores en escalas que obedecen a la cantidad y calidad de su capacidad productiva, tiende a estimular el desarrollo de esa capacidad, pero, ¿no existe la tendencia a ver en esta orientación el propósito de inclinar el obrero hacia una educación técnica, profesional de preferencia?

—Una división entre la preparación técnica profesional y la cultura soviética en general, no es posible en nuestro país. Hacer buenos técnicos de profesiones y al mismo tiempo personas ignorantes en las ciencias políticas y sociales, es propio de la sociedad burguesa que procura mantener los llamados conocimientos superiores como privilegio para sus clases dominantes. En la URSS no se deforma la personalidad en moldes tan estrechos. Aquí la ciencia es del pueblo, y las personas que trabajan bien pueden adquirir, y en realidad adquieren, una buena cultura que también pueden especializar.

—En muchas fábricas hemos visto las iniciativas de los obreros tendientes a mejorar diferentes aspectos de la organización y producción de las empresas ¿Sucede en Stalingrado algo semejante?

—Desde luego. En cada sección de la fábrica están los buzones en donde los trabajadores depositan sus iniciativas y proposiciones. Estos buzones se abren frecuentemente, y su contenido pasa a consideración de una comisión especial dedicada al estudio cuidadoso y serio de cada idea presentada por los trabajadores. En esta forma se han obtenida muchísimas mejoras en las fábricas y grandes inventos. Algunos obreros han demostrado tal capacidad inventiva, tal interés por el estudio, que inmediatamente han sido enviados a los institutos apropiados.

—Volviendo un poco atrás y como cuestión final, díganos ustedes, ¿cómo emplean los trabajadores sus ahorros?

—Ante todo, los llevan a los bancos donde perciben beneficios con carácter de estímulo. Invierten parte en los empréstitos industriales del Estado. Ceden cuotas de solidaridad con los trabajadores perseguidos en el mundo capitalista. Hacen gastos

especiales en prendas de vestir, en libros, en materiales de estudio, etc. Naturalmente, un buen trabajador puede darse una buena vida, conforme el concepto de lo bueno en nuestro país. Claro que aquí no termina la función del ahorro visto desde el punto de vista personal. Un trabajador puede adquirir incluso, una elegante quinta para vivir en ella, o para pasar sus días de descanso y recreación. La vida soviética no tiene límites que recorten ninguna justa ambición de la persona dentro de la sociedad.

De regreso a Moscú, y de nuevo los estudiantes encarrilados en sus cursos, vino para mí un momento de mucha importancia, que fue la invitación para que asistiera a la sección colonial de la Academia Comunista, en donde Luís Carlos Prestes, «el caballero de la Esperanza» como después lo llamó Ban-Min, dictaría un ciclo de conferencias en torno de la revolución democrática destruida y frenada en el Brasil, en la tercera década de nuestro siglo, y de la cual había sido él figura principal.

Yo conocía a Prestes muy vagamente. Primero, cuando resonó su nombre a través de las selvas brasileñas, y después cuando lo vi en Moscú, trabajando en su profesión de ingeniero. Prestes era entonces un simpatizante comunista. Recibía trato de consideración, ocupaba un apartamento en el Hotel Luz, en la calle Gorki, acondicionado a la sazón para extranjeros. En el curso de su conferencia nos hicimos buenos amigos. Una hermana de Prestes trabajaba en la sección técnica del Komintern, en calidad de mecanógrafa, modesta y culta dama que me honró también con su amistad.

Prestes me inspiró rápidamente estimación y confianza. Modesto como la hermana, serio, estudioso,

de vida sencilla y trato sumamente amable. Prestes era de estatura un poco más que mediana. Mestizo pálido y entonces con expresión de hombre minado por alguna endemia tropical. Reservado, con cierta timidez que hacía difícil descubrir en él al bravo capitán que había llevado su famosa columna de guerra más allá de su inmenso país, y al jefe comunista que pudo convertirse desde 1936 en la primera figura revolucionaria del continente americano.

En un magnífico salón del edificio de la Academia de Moscú, decorado con motivos coloniales, que tenía al centro una mesa rodeada de sillas para cuarenta o más asistentes, Prestes fijó un amplio mapa del Brasil sobre un tablero y, provisto de una varita, empezó a presentar ese océano verde que constituye su país. Nos hizo un breve resumen histórico, a partir de 1500, año de la conquista portuguesa, su paso a la dominación española en 1580; la invasión y dominio holandés en 1624 y su regreso a la corona de Portugal en 1648; su independencia o simple separación geográfica en 1822, y la proclamación de la república en 1889. Nos habló de los levantamientos insurreccionales de las masas campesinas e indígenas a través de la historia, y sobre todo del movimiento libertador de los negros dirigidos por Zumbi, el famoso caudillo de su pueblo.

Brasil —como todos los países de América Latina, pero con mayor fuerza por tratarse de un territorio casi ocho veces más grande que Colombia— entró desde fines del siglo XIX en el campo de operaciones del imperialismo moderno que, naturalmente, le frenó el curso de su desarrollo, consolidando sus oligarquías feudales, imponiéndole el monocultivo como desfiguración a su economía estructural

y, como es lógico, invadiendo su mercado y adueñándose de las materias primas. Este imperialismo yanqui y su aparición en la lucha de competencia por las inversiones en empréstitos, por el mercado de colocación de sus manufacturas, por la explotación directa de las materias primas esenciales, por el empleo de mano de obra barata, etc., enfrentó a los imperialismos rivales, hecho éste que produjo la división en grupos o camarillas de los oligarcas brasileños, en razón de los intereses y ambiciones de los imperialistas (Al presente, el imperialismo yanqui tiene los timones de comando en el Brasil como en toda América Latina).

Desde entonces —decía Prestes— toda disputa, todo golpe de fuerza desatado por arriba, era necesario examinarlo desde el punto de vista de los intereses imperialistas en disputa, porque antes que los propios intereses de las clases dominantes del Brasil —que naturalmente juegan un papel importante— los grupos o camarillas nativas sirven de preferencia los intereses extranjeros. En estas condiciones, los gobiernos de Brasil que resultan de campañas influenciadas por el dólar o la libra esterlina, o por cuartelazos o maniobras realizadas a espaldas del pueblo, son gobiernos al servicio de intereses y, solamente en esa dirección, representativos de intereses oligárquicos nativos que les son subalternos.

Explicó Prestes el juego político de las camarillas en los últimos tiempos (hasta 1930 año en que subió al poder la que encabezó Getulio Vargas), y luego inició la historia del levantamiento popular en el cual formó la columna que llevó su apellido. En este punto —abordado en la segunda conferencia de su ciclo— planteó el aspecto militar, estratégico y tácti-

co de la campaña. En la tercera conferencia subrayó la política de las masas, a causa de la cual ganó su columna un espléndido prestigio, principalmente entre el campesinado. En la cuarta y última expuso las causas de la derrota y sus experiencias históricas.

Omito mencionar siquiera aquí muchos episodios brillantes de la campaña que dirigió Prestes, en gracia de la brevedad a que estoy obligado en estos relatos. Digo únicamente, que después de varios años en que se batió invicta pero en repliegue la heroica Columna Prestes, falta de movimientos coordinados de su género en el país y en general de condiciones inmediatas propicias a la victoria en la nación, cruzó el estado de Matto Grosso y se internó en la República de Bolivia, en donde fue disuelta. Prestes emigró a la Argentina y luego de un período de residencia allí, viajó al país de los *Soviet*.

Por esta época de mi estadía en Moscú llegó uno de los dos mejores dirigentes revolucionarios argentinos —hermanos ellos— con el propósito de hacer un curso especial de práctica en los organismos directivos de la Internacional Comunista. Lógicamente, fue agregado a nuestro secretariado y por consiguiente nos hicimos buenos amigos. El dirigente argentino era un hombre culto, modesto, estudioso y de magníficas cualidades personales. Un día recibimos el encargo de traducir, en colaboración, el libro del líder francés André Marty titulado «La Insurrección del Mar Negro».

El argentino y yo dispusimos el plan de trabajo, que consistía en reunirnos dos horas en la noche: Yo leía el texto, del francés directamente al castellano, y él —que era perito en gramática— copiaba mi dictado debidamente ajustado a las exigencias del

idioma. Terminada cada página de la traducción, el argentino leía en voz alta y, «¿Qué dices, che?» me decía. Bueno, algunas veces discutíamos sobre el «che», es decir, sobre ciertos modismos rioplatenses que yo juzgaba innecesarios emplear, existiendo voces y giros de mejor factura en el lenguaje cervantino. Condescendiente conmigo, terminábamos estas disputas siempre bien, él bebiendo su infusión de hierba mate por un tubito de plata que cargaba consigo, y yo saboreando mi vasito de té.

Terminamos de traducir el libro de Martty que contenía alrededor de setecientas páginas, y al día siguiente recibimos ¡mil doscientos rublos de paga! ¡Realmente nos pareció mucha plata! Y cito este punto para indicar que ningún trabajo en la Unión Soviética se realiza sin remuneración, excepción únicamente de los «subocniks» o especie de «convites» (como se dice en Colombia). Un trabajador de una empresa o institución puede hacer un trabajo diferente a su profesión, sin alterar en lo más mínimo su estipendio.

Pero si trabaja horas extraordinarias o realiza tareas especiales, le son debidamente pagadas. Por ejemplo: yo escribía con frecuencia en los periódicos y cada fin de mes recibía mil rublos por este concepto.

Los últimos meses de 1932 fueron saturados por dos hechos que vinieron a recargar mi trabajo extraordinariamente. El primero fue el asalto del imperialismo feudal y militar del Japón en la Manchuria, que no solamente significaba la mutilación de China realizada a la sombra del quintacolumnismo reaccionario, sino una franca amenaza de la guerra imperialista mundial contra la Unión Soviética. El segundo fue el incidente del

Amazonas en el puerto colombiano de Leticia, que los dirigentes de la política comunista miraron como una chispa que podría cuajar en guerra, precisamente en una región en la cual confluyen cuatro países y que los imperialistas podrían aprovechar para vender armas, colocar nuevos empréstitos, consolidar camarillas de confianza en los gobiernos, aumentar sus ventas en los mercados y sobre todo, ampliar sus concesiones territoriales en las zonas de materias primas esenciales.

El asalto a Manchuria puso en expectativa al pueblo soviético. Las bases militares del lejano oriente fueron reforzadas. Las empresas para producir materiales de defensa en el Asia Central recibieron un fuerte impulso. Las nuevas ciudades y concentraciones de trabajo en la parte oriental pasaron al primer plano de la actividad soviética. Pero sobre todo fue poderoso el despliegue político denunciando ante el pueblo la marcha de los imperialistas hacia las fronteras del URSS en el Asia. En esta tarea política se movilizó el Partido, y no quedó uno solo de sus miembros sin entender que los imperialistas japoneses atraían la atención de la Unión Soviética hacia el oriente, con la idea de debilitar la frontera occidental que deberían atacar, en acción coordinada, los comandos del fascismo europeo. No quedó una sola persona del inmenso país de los *Soviets* que no fuera incorporada en las organizaciones militares y civiles que paraban ideológica y prácticamente la defensa de la patria. Yo mismo estuve incorporado al manejo de armas, y en tal carácter participé en diversas pruebas de fusil y ametralladora.

Naturalmente, el incidente de Leticia no podía pasar de las esferas de información y de los círculos

de estudio, pero mi condición de colombiano y de miembro del Secretariado Latinoamericano del Komintern, me convirtió en la fuente de todo conocimiento, que por otra parte no era mucho, por tratarse de una región amazónica casi desconocida entonces, incluso para los hombres de estudio en Colombia. ¿Qué era en realidad el disputado trapecio amazónico de Leticia? ¿Qué importancia real tenía la región del conflicto, desde el punto de vista demográfico, económico y político? ¿Qué significación militar, estrategia fundamental podría tener la selva de los viejos caucheros de la Casa Arana? ¿A dónde podría conducir la chispa que había estallado sorpresivamente? De todos modos, estos interrogantes flotaban por las oficinas de información, por los círculos de estudios internacionales y por los institutos de investigación, y naturalmente, allí estaba yo que además de colombiano ocupaba una posición que me obligaba a «saber todo».

En mi opinión, el asalto de los guardas peruanos al pueblo desguarnecido de Leticia, tenía por fin inmediato agrandar y hacer popular al entonces presidente del Perú, personaje mediocre y muy débilmente afianzado entre el pueblo. Al mismo tiempo, el gobierno de Colombia que se hallaba en serias dificultades económicas y políticas internas, podía servirse del incidente para inflamar el patriotismo y a sus sombras adquirir armas y dinero que le sirviera como respuesta a la oposición agresiva que se movilizaba en el país bajo el comando de Laureano Gómez. Naturalmente, el plan así concebido quedaba sobre medias del imperialismo yanqui, en crisis por falta de compradores y de firmes solventes que le reclamaran empréstitos a crecido interés, porque

vendería armas a los dos Estados en «guerra», les colocaría nuevos dólares, engordaría a sus «hombres de confianza» y obtendría de ellos mayores campos de dominio en los mercados, en la explotación de las materias primas, de las empresas de servicio público y de la mano de obra barata de Colombia y Perú.

De la llegada del nazismo al poder en Alemania hasta el proceso de Leipzig

El 30 de enero de 1933, gracias al éxito de las elecciones que le habían financiado los magnates alemanes y extranjeros —los Deterding, los Thyssen, los Krupp, los Schoroeder, Farben, Schacht, Stines, etc.— ocupó la cancillería en el gobierno de Berlín, Adolf Hitler, que significaba en realidad asumir todo el mando bajo la forma de una dictadura terrorista. La carta constitucional de la república burguesa firmada por Weimar a raíz de la caída del imperio, había muerto ya en las manos de Hindenburg que propició la marcha del nazismo hacia la toma del poder. Los acontecimientos políticos de Alemania, que significaban un estímulo a las huestes nazi fascistas en el mundo capitalista, principalmente en Europa, eran al mismo tiempo un avance poderoso en la preparación de la guerra contra la URSS. En estas condiciones era lógico que la política soviética fuera reforzada. En el frente de la producción se puso mayor acento a los renglones relacionados con la defensa. En el frente general del trabajo se aumentaron los ritmos. Se redobló la vigilancia bolchevique en el país, y se sometió a prueba de capacidad teórica y práctica a los miembros del Partido Comunista.

Y, como estoy dando un resumen de lo que vi, de lo que oí y de lo que entendí en la Unión Soviética, debo decir aquí la actitud solidaria del pueblo ruso con el pueblo alemán. En primer lugar, los dirigentes comunistas soviéticos hicieron grandes esfuerzos por ayudar políticamente a los dirigentes comunistas alemanes en su difícil tarea de frenar el nazismo, de hacerle resistencia, de organizar su derrota. Estos esfuerzos no fueron coronados con el éxito inmediato a causa de factores que sería prolijo citar en estos relatos. En primer lugar, desde luego, a causa de que los nazis alemanes no llegaban al poder con una fuerza limitada en sus fronteras sino como la vanguardia de la contrarrevolución mundial, hecho que a su vez los convertía en centro de la planeada guerra de «exterminio de los *Soviets*».

El pueblo de la Unión Soviética recibió con los brazos abiertos a los perseguidos del nazismo que lograron escapar, y simultáneamente se colectó dinero y fomentó la creación de organismos de ayuda a los primeros prisioneros políticos en el territorio alemán, a las viudas y huérfanos de los revolucionarios caídos en la lucha por la libertad. A este propósito es muy interesante un episodio que debo mencionar:

Como es sabido, la propaganda antisoviética ha sido construida siempre sobre la más burda desfiguración de la realidad, utilizando sin ningún respeto a la verdad, toda clase de calumnias, infamias y vilezas. Hitler quería dar la nota más alta en este particular, y tanto él como su coro de aduladores, se empeñaron en gritar a través de toda Alemania la «terrible esclavitud, miseria y hambre» que los alemanes del Volga «estaban padeciendo bajo la dictadura soviética». Con este lenguaje, los jefes del

nazismo organizaron una cruzada, tendiente a recolectar dinero, prendas de vestir, y otros objetos que pudieran «remediar en algo los sufrimientos de sus hermanos arios, víctimas de la satrapía stalinista».

La colecta nazi tuvo éxito. Pero simultáneamente, los alemanes soviéticos del Volga se indignaron con la horda de bandoleros de Hitler, y acordaron jugarle una partida que le quemara los tuétanos. Nombraron una comisión que fuera a Berlín a recibir el rico presente y que una vez en posesión de él, lo distribuyera entre los organismos alemanes que luchaban contra el nazismo! El asunto, como se puede comprender, fue muy comentado en la Unión Soviética y al mismo tiempo silenciado completamente en Alemania.

El jefe principal del pueblo alemán, camarada Thaelmenn, a quien ya había conocido en diferentes ocasiones, fue arrestado por los nazis pero no asesinado inmediatamente como ellos lo deseaban, debido a su prestigio entre las masas. Thaelmenn, que de obrero en Hamburgo se había colocado en el primer plano de los líderes comunistas de Europa, tuvo que ser remplazado por Wilhelm Piech, inteligente e instruido hombre de combate que afrontó la lucha ilegal de su partido bajo el terror nazi y que sigue al frente de los alemanes que anhelan una patria independiente regida por sus *Soviets*.

Entre los numerosos alemanes que se vieron forzados a refugiarse en la URSS conocí a Clara Zénclien, veterana revolucionaria, cargada de años y de merecimientos. Esta impetuosa mujer que supo modelar su vida luchando por la causa del pueblo, dejaba la presidencia del Parlamento Alemán —que le correspondió no sólo por la fuerza de un centenar

de parlamentarios que tenía su Partido, sino también por razón de su edad— para ampararse de la persecución nazi en la patria soviética. Deplorablemente la gran revolucionaria que tan brillante papel realizaba en su pueblo, y que con Rosa Luxemburgo, la heroína y mártir, mejor simbolizara el espíritu emancipador de la mujer en Europa, no resistió el choque de los acontecimientos y murió en otoño del citado año de 1933. Precisamente, fue en aquella luctuosa ocasión que vi por última vez a Stalin.

Y debo decir aquí, que no era verdad lo que entonces se decía —en el extranjero— respecto a las extremadas precauciones que tenían con la vida del espléndido sucesor e insuperable continuador de Lenin. Se escribían novelones en los cuales aparecía Stalin como un personaje misterioso. Se decía que tenía «dobles» o sea personas parecidas a él físicamente, y que al salir en automóviles diferentes no se lo podía identificar; que no aparecía en actos públicos sin previa localización de innumerables detectives; que no llegaba a las reuniones y citas especiales en las horas prefijadas sino antes o después, etc. Desde luego, tales novelones tenían por objeto grabar en la imaginación de los lectores incautos la idea fantástica de que Stalin era un personaje de viejo estilo mandarín asiático.

En el sepelio de Clara Zenklien, Stalin iba adelante del grupo que portaba la urna, como muchas otras veces se le ha visto en casos semejantes. El desfile había salido de la Plaza de la Opera, de la Sala de las Columnas, en donde los restos mortales estuvieron en cámara ardiente, y estaba llegando al cruce de la Calle Gorki para doblar a la izquierda y

subir a la Plaza Roja, cerca del Mausoleo de Lenin donde sería depositada la urna, cuando llegaba yo justo a ese cruce. Yo marchaba de los primeros, y naturalmente me detuve al ver que se hacía calle al féretro. Stalin pasó a tres metros de mí. Miré la urna, era de un tono de nogal con bordes y arabescos dorados, rodeada de grandes coronas y semicubierta por una bandera roja. En seguida del féretro iba un grupo de alemanes portando un pabellón enlutado; después una banda marcial ejecutando una marcha fúnebre; luego un río humano envuelto en la ligera espuma de las primeras nieves que caían.

Y regreso a los primeros meses de 1933 para relatar algunos hechos de indudable importancia, ligados con la política internacional soviética que conocí muy a fondo. El primero de estos hechos, consistía en las relaciones con Turquía que para entonces eran muy cordiales.

Políticos realistas y de larga visión, los dirigentes soviéticos sabían que la toma del poder de los nazis en Alemania significaba el reforzamiento de las fuerzas reaccionarias de los países fronterizos de la URSS, y muy particularmente de Turquía que, para en la costa de los Dardanelos, adquiriría la condición de punto de enlace de todos los imperialistas. Sobre esta base, la Unión Soviética tenía que prestar atención preferencial al pueblo turco, precisamente al pueblo a fin de mantener elementos de alianza para el caso probable de que la burguesía terminara por entregarse a la propaganda nazi, al dólar yanqui y a la libra esterlina inglesa.

Se cumplían diez años de la instauración de la República Turca bajo la presidencia de Kamel Atatürk, y con tal motivo se proyectaban grandes

festividades. Sin embargo, los políticos de Ankara no podían presentar un programa de realizaciones progresistas a su pueblo porque no les alcanzaba el dinero. Los dirigentes soviéticos que sabían esto, no obstante sus propias dificultades, ofrecieron a Turquía un voluminoso empréstito, sin intereses y con plazos remotos. Era casi un regalo, pero un regalo político. El dicho empréstito sería entregado en maquinarias, estructuras metálicas y en diversos materiales necesarios al impulso de la industria, que también los dirigentes soviéticos habían ayudado a planear un poco.

Algunas fábricas de la URSS se pusieron a trabajar para Turquía, así como en muchas otras se producía para vender manufacturas «baratas» a Suecia, Dinamarca, etc. Yo conocí en la fábrica metalúrgica del Barrio de Lenin en Moscú, en donde continuaba vinculado a sus labores, el programa dedicado a Ankara: tornos de diferentes dimensiones, árboles y plantones para navíos costaneros, piezas para automotores, vigas de acero, estructuras metálicas, etc.

Obviamente, el décimo aniversario de la República de Turquía, pudo inaugurarse con la presentación de importantes obras de progreso, y, además de esto, con la presencia de nutridas delegaciones de países vecinos, siendo la más importante la soviética que presidía el propio Comisario de la Defensa, entonces camarada Voroshilov.

En los primeros meses de 1933 se produjeron algunas modificaciones en el Instituto Internacional Leninista, tendientes todas ellas a reforzar los estudios propios para el trabajo revolucionario en condiciones de ilegalidad. Como es obvio, hubo una más

estricta selección de estudiantes y profesores, así como la incorporación de materias nuevas en los pensums. En el sector de habla castellana se creó el curso fundamental de tres años para dirigentes nacionales, y se sumó al profesorado permanente el catedrático Miroshovski que se había especializado ya en problemas latinoamericanos.

Al curso fundamental de tres años ingresaron los mejores estudiantes de 1932, seleccionados para tal efecto, correspondiéndoles esta distinción a varios latinoamericanos, entre ellos dos colombianos. En el referido año de 1933, los estudiantes de habla castellana subían a cuarenta, siendo España como país la que tenía el núcleo más numeroso.

Como es lógico suponer, la orientación del Instituto Internacional Leninista tenía que ajustarse a las nuevas condiciones políticas creadas en la extensión y profundidad de la crisis capitalista y con los golpes de fuerza e incremento de dictaduras terroristas, que la burguesía mundial adoptaba como vía para salir de dicha crisis, y como línea esencial para seguir y culminar sus planes de asalto y «aniquilamiento del país de los *Soviets*». En estas condiciones, las grandes tareas de la construcción socialista de la URSS se estrechaban mucho más con la política extranjera, y no podía existir un estudiante comunista sin asimilar completamente esta situación.

La política internacional soviética estaba demostrando extraordinaria capacidad ante el mundo capitalista. Porque no todo era tan oscuro como el panorama europeo. En Norteamérica se esperaba un cambio, parcial pero indudablemente importante, consistente en la llegada de Roosevelt a la presidencia. Este hecho no significaba solo que los electores

estuvieran cansados con los republicanos y desearan cambiarlos, sino que la crisis les había mostrado el centro de su gravedad en las oligarquías financieras, contra las cuales ofrecía Roosevelt oponer una línea de operaciones estratégicas que le abriera mercado a las manufacturas yanquis. Es decir, una política de las empresas desde luego vinculada al trabajo que millones de desocupados estaban reclamando.

Roosevelt llegó al poder e inmediatamente emprendió la política de los tratados comerciales, naturalmente adornados con el «Nuevo Trato» y la «Buena Vecindad». Por este camino, Roosevelt «descubrió» a la Unión Soviética. Es decir, vio que no había crisis en el país de los *Soviets*, que por el contrario había prosperidad y por consiguiente posibles compradores. Y como estupendo jefe de circulación de mercancías norteamericanas, se dirigió al camarada Kalenin, presidente a la sazón del *Soviet* Supremo de la URSS, «reconociendo la existencia» de la Unión Soviética e invitando a establecer relaciones «normales» entre los dos grandes pueblos.

Los dirigentes soviéticos estrecharon la mano de Roosevelt, hecho que significaba ya un perfil de la política comercial de la URSS alineaba frente al mundo capitalista en crisis por falta de compradores. Naturalmente, los industriales alemanes se dieron cuenta y decidieron enviar una comisión de vendedores de máquinas, equipos eléctricos y productos químicos a Moscú, para tener, ellos también, mercado de colocación que les permitiera aliviar el peso de la crisis de sobreproducción.

Y los políticos soviéticos recibieron a los magnates alemanes hábilmente. Claro que les comprarían

una factura de muchos ceros, siempre que las condiciones de pago fueran favorables. Y mientras se trataba el asunto, los magnates fueron paseados por las nuevas empresas para que se dieran cuenta de la eficiente organización de la industria socialista, de los puntos de inversión que recibirían sus máquinas y equipos eléctricos, etc.

Los jerarcas de la producción alemana estuvieron muy contentos, y sobre la base de un contacto inicial y de plazos progresivos para la cancelación de la cuenta, convinieron en despachar la factura de muchos ceros. Los políticos soviéticos no dieron publicidad a esta operación porque su efecto se producía mejor dejando el negocio en los libros de cuentas. Claro que la cuña estaba colocada en el frente nazi. Porque, si de un lado, los jefes exaltados del hitlerismo querían empezar la guerra antisoviética para detener el segundo Plan Quinquenal y destruir el País de los *Soviets*, del otro los magnates de la industria querían un compás de espera que les permitiera recibir el dinero de sus ventas y, quizás, colocar nuevas facturas de muchos ceros.

En estas condiciones llegó la famosa Conferencia Económica Mundial de Londres, en la cual inclusive Colombia tuvo su representación. Esta conferencia tenía como objeto el examen de los posibles caminos que permitirían al capitalismo encontrar mercados para sus manufacturas. Y, como era lógico, los países imperialistas de alto nivel de producción exportable llevarían la palabra en primer término.

Pero la Unión Soviética asistió a la Conferencia de Londres en condiciones excepcionales. Sus delegados estuvieron observando el desfile de oradores que usaban el mismo lenguaje: la crisis de sobre-

producción, el cierre de numerosas empresas, los ejércitos de proletarios sin trabajo, los depósitos de mercancías y... ¿dónde encontrar compradores? Bueno —decían unos—, nosotros podríamos comprar nuevas remesas de materias primas, pero antes tenemos que vender las manufacturas que no puede absorber nuestro mercado interno. Exacto —decían otros—, nosotros podríamos comprar nuevas remesas de mercancías, pero antes tenemos que vender nuestras materias primas.

Ante tal impase, el jefe de los delegados soviéticos subió a la tribuna y dijo aproximadamente esto: —la URSS no tiene crisis de sobreproducción y por consiguiente no cierra empresas ni tiene desocupados. Al contrario, carece de suficientes máquinas y equipos industriales para mejor coordinar los impulsos de su progreso, y del mayor número de trabajadores que la producción reclama. La URSS no tiene programas de ventas en el mercado extranjero y por el contrario está interesada en hacer compras.

Lógicamente se produjo una verdadera sensación entre los delegados de los países imperialistas que, en último término, eran agentes vendedores de los magnates de la industria que buscaban mercados de colocación. ¿Cómo? Es decir, ¿qué la Unión Soviética está interesada en «grandes compras»? Y, para mayor efecto, el vocero de la política del Kremlin extrajo de su portafolio un pliego en el cual estaban contenidas, en cifras de muchos ceros, las mercancías que la URSS estaba interesada en comprar. Deploro no tener en mis apuntes las citadas cifras, pero recuerdo que se hablaba de millones de fardos de algodón, de millares en centenas de equipos eléctricos, de toneladas en crecidos guarismos de otras

mercancías que precisamente dormían en los depósitos, como stocks congelados, en las mecas de la producción capitalista.

La lectura del pliego fue suficiente para que los gobiernos más reacios a reconocer el Sistema Soviético, se apresuran a hacerlo junto con esplendidas ofertas de sus mercancías. Y fue tal el frenesí de los voceros del capitalismo, que Litvinoff —entonces Comisario de Relaciones Exteriores— no daba a basto en Londres a la firma de tratados de amistad, de intercambio comercial y de «no agresión». Hubo países que firmaron en forma colectiva estos tratados, y llevados de su delirio por ganar el gran cliente, gastaron el dinero en banquetes y ceremonias. Desde luego fue verdad que la Unión Soviética compró a Estados Unidos e Inglaterra facturas de muchos ceros, algunas veces para ceder esas mercancías o parte de ellas a países vecinos, de acuerdo con su política.

En la primavera de 1933 participé en varias excursiones de estudio de las cuales les quiero mencionar aquí la que hice a la colonia especial de la GEPEU (iniciales con las cuales se designaba entonces la guardia de seguridad civil en la URSS).

A propósito de una red de saboteadores descubierta en la construcción del ferrocarril subterráneo de Moscú, operada por unos ingenieros ingleses llevados a la Unión Soviética a trabajar por contrato, y que resultaron ser agentes de la policía secreta de Londres, fue citada una empleada rusa que aparecía complicada en el asunto a las oficinas de la GEPEU, situadas en un espléndido edificio de la plaza Lubianka, edificio cuyo interior servía como cárcel para detención provisional de saboteadores,

espías y varios periodistas y escritores extranjeros que colaboramos en la prensa. En tal ocasión, fuimos invitados a visitar la colonia, visita que hicimos con algunos estudiantes del Instituto Internacional Leninista.

A cierta distancia de Moscú, en una pintoresca región alternada entre valles, riachuelos y suaves colinas, existía, en tiempos del zarismo, la suntuosa residencia de una comunidad de religiosas, de primera categoría en el rito ortodoxo. Se trataba de un campo amurallado, una verdadera ciudadela, a manera de un Kremlin menor. Entre estas murallas, a la sombra de árboles y rodeados de jardines y fuentes, estaban los edificios que habitaron las virtuosas mujeres, visitadas sólo por sus capellanes y, con alguna frecuencia, por el Sumo Patriarca o Pontífice que veraneaba por esos lados en asocio de los más notables personajes de su iglesia. En una esquina de la muralla estaba el templo, regio y espacioso, y no muy lejos de allí diversas casas viejas que seguramente sirvieron de morada a la servidumbre de la comunidad.

A raíz de la Revolución este lugar quedó desierto. Pero la GEPEU descubrió que todo aquello se podía utilizar, y fundó allí una Colonia Penal para regenerar a mucha gente convertida en lastre social que había dejado el zarismo como herencia al Régimen Soviético. Naturalmente, se trataba de poner en práctica las modernas concepciones de reintegración de las personas degradadas a la nueva sociedad.

El comandante de la GEPEU dirigía la excursión. Llegamos bajo un espléndido sol y entramos a la fortaleza por la puerta mayor. Cruzamos el bosque, los jardines y prados. Los antiguos conventos eran

a la sazón talleres, comedores y dormitorios. La regia iglesia estaba intacta: quizás faltarían algunos iconos. En el lugar del altar: un profusión de luz; diferente el público y desde luego el objeto del edificio que ahora tenía banderitas rojas y servía de club de la Colonia y de salón de actos.

Pero lo importante no estaba dentro de la muralla. La fundación de la colonia tenía pocos años, pero ya se había creado una población. Frente a la fortaleza, en un plano ligeramente inclinado, crecía una ciudad que no era ya únicamente de los penados sino de sus familias también. Nuevos y modernos talleres, escuelas, centros de higiene, enfermería, dentistería y campos de deportes.

En un cómodo restaurante almorzamos en unión de varios empleados. Luego visitamos los más importantes talleres de zapatería, carpintería, carteras y otras manufacturas de cuero. Las zapaterías eran verdaderas fábricas organizadas con maquinarias modernas y métodos de trabajo racionalizados. Se producían en masa botas de caballería para las fuerzas de seguridad civil y el ejército. En los talleres de carpintería, fábricas también, se producían puertas, ventanas y muebles; se acondicionaban maderas para pisos, cielo-rasos y otros usos. En general, se conjugaba en la carpintería la industria de la madera, desde los aserrines hasta las más finas obras de ebanistería. En los talleres o fábricas de manufacturas de cuero, vimos verdadera obras de arte en exquisitos repujados. Pero lo principal allí consistía en la gran producción de maletines y portafolios, artículos estos de uso riguroso para empleados, administradores, estudiantes, oficiales y comandantes civiles y del ejército en la URSS.

Visitamos luego una escuela en donde celebraban un acto los pioneros. Naturalmente, nos interesó mucho todo aquello porque había mucha gente trabajando, viviendo. Pero, y ¿los penados? ¿En dónde estaban los penados? En la tarde tuvo lugar una reunión general en el club, es decir, en el salón de actos, esto es, en la iglesia de la antigua noble comunidad de virtuosas mujeres. Un «penado» nos presentó el saludo en nombre de sus compañeros, en un breve pero vibrante discurso de «letrado», y digo esto porque lo salpicó de ideas psicopatológicas airadas contra el conceptualismo filosófico y toda tendencia a ver el hombre bajo el prisma de los dogmas o concepciones abstractas. Por cierto que tal lenguaje propio de un penalista soviético, si bien cruzado rápidamente sobre el panorama de la Colonia, no pensé oírlo de un «penado», dado que allí había solamente personas sancionadas por delitos comunes, en quienes se supone siempre una cultura inferior.

Uno de los nuestros contestó el saludo, como es obvio muy cordial, y de paso subrayando el interés que teníamos de conocer el sistema correccional de los delitos comunes en la Unión Soviética. Destacó el hecho de que, durante nuestra breve estadía en la Colonia no habíamos visto nada que pudiera ser diferente de otros lugares de trabajo que ya conocíamos de la Unión Soviética.

En seguida subió a la tribuna el director de la Colonia, un comandante de la GEPEU y nos explicó: 1. Qué allí eran traídos delincuentes de diferentes regiones de la URSS, por lo general individuos mayores de treinta años que habían hecho «carre-
ra» en el zarismo, casi todos reincidentes, general-

mente por robo, estafa, etc. Dichos individuos permanecían en el interior de la muralla el tiempo necesario de observación, estudio de su pasado y tratamiento de sus vicios y costumbres personales. 2. A medida que los reclusos asimilaban las condiciones de su nueva vida, se les permitía salir de la muralla bajo prescripciones disciplinarias de forzoso cumplimiento, y siempre con cierta vigilancia. 3. Cuando el recluso se convertía en un trabajador voluntario y consciente, se le permitía traer la familia —si la tenía—, para lo cual la Colonia había elaborado un plan de construcción de casas y servicios adecuados.

Este proceso de regeneración se operaba con gran rapidez, y su base residía en el trabajo, combinado naturalmente con una tesonera labor de educación, estímulo y medidas disciplinarias. Si el recluso carecía de conocimientos profesionales, que era lo común, se le encarrilaba en algo que concordaba con sus aptitudes y aficiones —dentro de las posibilidades de la Colonia—. Algunos, relativamente pocos, elegían labores agrícolas en la granja que se había fundado con ese fin. De ordinario iban a los talleres como aprendices, y, en ese caso, el Reglamento decía: 1. Por un tiempo determinado por los maestros de profesiones, el recluso percibía como ración: alimentos, vestidos y servicio de medicina y odontología en los casos que lo requiera. 2. Cuando el aprendiz empiece a dar algún rendimiento, se evaluará su trabajo y se le asignará un salario de ayudante. 3. Cuando se haga obrero, es decir, capaz de atender un lugar determinado en las máquinas y por consiguiente apto para operar un eslabón en la cadena de producción, entonces se le asignará el salario que rige para la misma industria fuera de la Colonia.

Desde luego, el salario estaba controlado por una comisión creada para tal efecto entre los mismos reclusos, así: 1. Se restaban los gastos personales ocasionados por concepto de alimentos, vestuario, etc. 2. Se dividía el sobrante en dos partes iguales: una se le entregaba a su dueño para gastos suplementarios y la otra se incorporaba a la Caja de Ahorros, fin de que cada recluso al cumplir su condena, tuviera el dinero indispensable para regresar a su región o para radicarse donde quisiera. Sin embargo, la finalidad con que fue creada la Caja de Ahorro de la Colonia se había modificado en la práctica, toda vez que los reclusos, terminadas sus condenas, se quedan allí en donde realmente se habían establecido.

La eficacia de la Colonia era evidente por los siguientes hechos: 1. Casi todos los penados —incluso algunos diez y doce veces reincidentes— habían obtenido rebajas de sus respectivas condenas, después de un año. 2. Después del segundo año, muchos reclusos habían recibido el indulto de sus condenas, en vista de su rápida regeneración y asimilación de su nueva vida. 3. A los penados que tenían familia en regiones distantes, ya sea porque gestionaban el traslado de dichas familias a este lugar o simplemente porque deseaban visitarlas, se les concedían permisos especiales de fin de año, y según se comprobaba en las estadísticas, no alcanzaba al uno por ciento el número de los que no regresaban.

Ahora, en relación con la vida nueva que aquí iban construyendo, era evidente que no pasaban de un salto al goce pleno de la categoría de ciudadanos con todos los derechos civiles y políticos. Para esto se requería un poco más de tiempo. Lo primero era

reconstruir al hombre, crearle una economía propia, enseñarlo a vivir en sociedad, a ser útil. Naturalmente, los penados que pasaban a la condición de trabajadores, tenían su sindicato, sus instituciones culturales. Como es obvio, todavía no podían ingresar al Partido Comunista. Con todo, sus familias vivían, estudiaban y trabajaban sin ninguna restricción o discriminación.

Un aspecto de mucha importancia en la Colonia, consistía en su administración, casi completamente en manos de los propios penados, entre los cuales había como es claro, inteligencias susceptibles a comprender las ventajas de una buena organización y desde luego capaces de realizar sus tareas eficazmente. Y, como un psicólogo acabado, el aguerrido comandante de la GEPEU terminó su informe con una elevada exposición científica tendiente a demostrar que los elementos antisociales eran producto de las sociedades mismas que con ello expresaban los grandes contrastes que la socavaban, sus contradicciones interiores, sus vicios y sus miserias.

Una vez que bajó de la tribuna el director de la Colonia, subió a ella un hombre de unos cincuenta años, y empezó a decirnos que había sido un experto ladrón de caballos, tan hábil que no sólo cambiaba el color y las marcas de los animales, sino que les limaba los dientes, les rizaba las crines y hasta les sacaba nuevos pasos y estilos de caminar. Sin embargo cayó muchas veces en manos de los guardias del zarismo, y llevó sus reincidencias hasta entrado el Régimen Soviético. Pero ahora era otra cosa — nos dijo. — Soy de los primeros trasladados a la Colonia. Fui dispensero los primeros días; pasé después al taller de zapatería en calidad de ayudante

—porque de muchacho fui aprendiz del oficio—, y actualmente soy administrador, habiendo sido, hace poco, indultado de tres años de condena que me faltaban.

El expenado se extendió un poco explicándonos la vida que se hacía en la Colonia, el recelo propio de los que llegaban a la fortaleza, órdenes de la GEPEU y otros detalles. Pero cedió la palabra a un compañero que también «quería decir algo». Y subió el nuevo orador, hombre de baja estatura y tal vez de unos cuarenta años. —Yo era de Odessa —nos dijo. —De muy joven participé en un escalamiento y muy pronto me «especialice» en cerraduras. Bueno, el hecho fue que me remitieron aquí donde pasé los primeros días muy nervioso. Pero pronto me hice a la confianza. Trabajé unos meses reuniendo desperdicios de madera, después pasé al aserrío y me ocuparon allá como bracero. Más adelante fui colocado adelante de una sierra, y al mismo tiempo designado como miembro de la Comisión de Producción del taller. En los mismos días me eligieron para la directiva del Sindicato. Claro que todo esto me hacía sentir como una nueva persona, con cargos de responsabilidad, con nombre, porque antes me llamaban por un apodo...

Este hombre se emocionó de tal modo que no pudo seguir hablando. Otro recluso quiso decir también «algo»; pero el director advirtió que se nos hacía demasiado tarde para regresar a Moscú.

Poco después de la visita a la Colonia de la GEPEU, fue solemnemente inaugurado el canal de doscientos metros en el Mar Blanco, obra gigantesca ejecutada en corto tiempo por delincuentes concentrados allí de toda la URSS. Según los informes

y discursos pronunciados en el acto, escuchados por mí a través de la radio, se produjo una experiencia de redención de hombres mucho más grande. Los expertos políticos, organizadores y sabios psicólogos de la Unión Soviética, movilizaron el poderoso ejército de trabajo en el vasto pero acelerado proceso de reintegración de las energías físicas y mentales de la sociedad socialista. Con audacia sin límites y seguridad en la victoria, los dirigentes de la extraordinaria obra, colocaron en puestos decisivos de administración a reconocidos delincuentes, en quienes se revelaba iniciativa, inteligencia y voluntad por la acción.

Y, ¿qué resultó en el ancho crisol en donde se fundieron estos metales mezclados con el hollín de la vieja sociedad zarista? Resultó que a los mejores trabajadores —que fueron la mayoría— se les indultó sus condenas. Que a muchos se les condecoró con insignias de merito y que, a los menos favorecidos —que fueron pocos— se les redujo la pena y se les continuó tratando con miramiento especial. Escuchando algunos discursos emocionados de antiguos bandoleros que ahora hacían su entrada triunfal a la nueva sociedad, sentía que de mis ojos salían lágrimas quemantes.

Temeroso de hacer demasiado extenso este libro de relatos, debo suprimir de mis apuntes: 1. Una entrevista con María, la hermana de Lenin. 2. Una visita a la redacción y los talleres del diario Pravda. 3. Una excursión de estudio al Museo del Ejército Rojo en Moscú. 4. Las casas comunales, iniciativa y preocupación de la vida de Lenin. 5. Algunos aspectos de la medicina, ligado con mi presencia en consultorios, clínicas y enfermerías, como intérpre-

te, en diversos casos de españoles y latinoamericanos. 6. Lo nuevo en el teatro, la música, la pintura y el cine. 7. Mi visita a la aldea de Gorki, donde murió Lenin. 8. Una panorámica relativamente amplia sobre la educación primaria y el segundo grado en el país de los *Soviets*, tema este que apenas podré delinear, así como los siguientes hechos: 1. La depuración del Partido Comunista en 1933. 2. Mi último viaje a Dniepostroi, 3. Algo sobre las minorías nacionales. 4. Mi regreso a Colombia.

El tema que con mayor frecuencia se me ha planteado en Colombia, respecto de la URSS, es, seguramente, el relacionado con los hijos, con la primera infancia, con el período pre-escolar, con la escuela misma. Por lo general, las gentes me plantean esta cuestión desde su punto de vista sentimental, patriarcal y casi siempre bajo viejas influencias religiosas. Y, lo que es peor, no a la vista de la descomposición real de los hogares en el mundo capitalista, sino al calor de la imaginación, de los idílicos deseos, del idealismo místico o de la triste nostalgia de un pasado feudal ya casi muerto sobre la faz de la tierra.

Los hijos en la Unión Soviética nacen en las clínicas, privilegio que tienen en Colombia solo las gentes ricas, por esta cuarta década del siglo. Desde luego, no debe confundirse este privilegio de clase con la situación de los pobres cuyos hijos nacen, algunas veces, en las salas de maternidad y hospitales de «caridad». La inmensa mayoría de los niños en Colombia nace en las chozas del campo y en los cuartuchos de ciudades y aldeas, sin más cuidado que el de la vecina comadrona. Sin embargo, he oído personas a quienes les parece «horrible» que los hijos soviéticos nazcan en las modernas clínicas. Cla-

ro que dichos casos únicamente revelan ignorancia y fanatismo.

Las madres soviéticas, nueve días después del nacimiento, son libres de llevarse sus hijos a sus habitaciones. Pero en lo general no lo hacen, porque las clínicas están dotadas de sala-cunas atendidas por médicos especialistas y nodrizas consagradas a la noble misión de cultivar las vidas en su período inicial. ¿Qué padres, incluso siendo ricos, podrían tener en sus hogares mayor seguridad en el cuidado esmerado de sus hijos? En la Unión Soviética, tal hecho no podía ser obra exclusiva de los padres sino de la sociedad, del Estado que asume la responsabilidad de la vida desde que se gesta la semilla hasta que muere el individuo.

Las sala-cunas estaban conectadas con jardines infantiles, especie de hogares en donde los niños, ya caminadores, empezaban a desenvolver su energía. Inquietos, vivaces, balbuceando sus primeras palabras, sanos, robustos y limpios como hostias, los vi muchas veces correr por los prados, chapuzar en la bañeritas al sol, y como ejército de pájaros gorjeando, sentarse en torno de mesas muy bajitas, con servilletas de pechera, a tomar sus alimentos bajo cuidado de sus nodrizas. Los vi durmiendo la siesta como mariposas blancas en catrecitos enrejados.

Visitando por primera vez una sala-cuna, fue grande pero después grata mi sorpresa, cuando la directora me llevó a un cuarto y me indico que debía vestir un delantal de médico, unos guantes y un gorro blanco. Entré al primer salón, pero la directora se volvió a mí cruzando la boca con el índice. El suelo de madera encerada brillaba como un espejo, y como debía pisar en puntillas como lo hacía la di-

rectora, sentí miedo de caerme. Paseamos en medio de filas de camitas enrejadas en donde dormían los recién nacidos. Cada camita tenía un número, y en una mesa donde había un reloj y una empleada, había también un botón que se oprimía cuando despertaba una criatura y llegaba el momento de alimentarla. Entonces venía una nodriza y la portaba a la cama de la madre, no sin antes examinar el estado de las mantillas. La directora me condujo a un segundo salón en donde estaban los bebés de más de dos meses. Algunos dormían, otros agitaban sus manos y los ojos con juguetitos en colores que prendían de los arcos diminutos de sus camitas. Ninguno lloraba. Al pasar a un tercer salón, me di cuenta de que cambiaba la temperatura. La directora me explicó que los recién nacidos necesitaban más calor y los otros un poco menos.

Los jardines infantiles tenían una segunda categoría a donde pasaban los niños después de los cuatro años para iniciar el período de pre-escolar. Allí se iniciaba propiamente la iniciación a la vida: se empezaban a formar los hábitos de aseo, de estudio, etc. Allí se jugaba con el niño pedagógicamente, es decir, enseñándole. Allí se le guiaban las primeras luces de inteligencia, y se le ponían las primaras arenas en la construcción de su cultura. A los siete años el niño entraba a la escuela primaria en donde debía permanecer hasta los catorce años.

Claro que los siete años de escuela obligatoria en la URSS no eran, ni por su orientación, ni por su contenido, ni por sus resultados, algo que se pareciera, por ejemplo, a la rutina medieval que se estila en Colombia. La escuela primaria de la Unión Soviética no deformaba los cerebros de la niñez con fábu-

las dogmáticas ni con leyendas absurdas. La escuela primaria de la Unión Soviética situaba al niño en contacto con la vida, es decir, con la naturaleza y las fuerzas que la rigen. El niño soviético veía abrirse entorno a la escuela un horizonte, a medida que penetraba en el panorama de la sociedad, en el paisaje del mundo.

Ahora, si me fuera posible escribir en cifras el crecimiento de la población escolar en la URSS, es evidente que me sería necesario analizar el desarrollo de otros factores, tales como el ascenso en el nivel de vida de la población, la construcción de locales, la preparación de maestros y la dotación de material de estudio. Sin embargo, voy a dar algunas cifras, incluso completando mis apuntes con estadísticas de 1939 para que sean más precisos, pero no ciertamente abarcando el conjunto de la República Soviética, sino apenas aquellas nacionalidades retrasadas que dan mejor la medida del desarrollo cultural:

En Crimea, antes de la revolución, el 90% de las personas mayores de diez años eran analfabetas. En 1932, ya se había invertido la situación, porque el 89% sabía leer y escribir. Numerosas regiones nacionales pertenecientes al imperio zarista y que fueron después partes integrantes de la Unión Soviética, no tenían alfabeto, es decir, carecían de letras que sirvieran para armar su idioma. En estos casos, los educadores soviéticos habían tenido que iniciar su labor, creándoles signos a los dialectos primitivos y naturalmente haciendo los primeros rudimentos de las gramáticas respectivas.

En 1913, había doce malas escuelas primarias y una secundaria, con poquísimos alumnos en la re-

gión nacional de Kabardino-Balkaria, mientras que en 1939, en la ya República Socialista Soviética Autónoma de Kabardino-Balkaria había 94 escuelas primarias, 61 secundarias, para niños de ocho a quince años de edad con un total de 74.648 alumnos.

En 1914, había en la región nacional de Armenia una población escolar de 34.000 alumnos que irregularmente concurría a las escuelas. En 1939, en la ya República Socialista Soviética de Armenia asistían en forma normal 320.000 alumnos a las escuelas de primer grado.

En 1914, participaban 6.800 niños a las pésimas escuelas de Turkemania, mientras que en 1939 asistían regularmente 223.000 a los modernos locales de la República Socialista Soviética de Turkemania.

Tomanda en su conjunto la Unión Soviética, pero no durante los años de ritmo acelerado de los Planes Quinquenales estalinistas, sino antes, por ejemplo durante el año escolar de 1927-1928, vemos que en ese año se abrieron más de 133.000 escuelas nuevas, a las cuales asistían más de 3.600.000 nuevos alumnos.

Ahora, si se toma en consideración que la escuela soviética se mueve dentro de los marcos de cada nacionalidad, con los propios idiomas y costumbres, y que a pesar de ser nacionalista por su forma, es internacionalista por su contenido, se comprende muchos más lo que significa la magnitud de los avances que se lograban en la cultura del pueblo.

Y, un punto final: la escuela soviética no es religiosa ni anti-religiosa. La escuela está separada de la iglesia. El Estado Soviético no está afiliado a ninguna religión, por tanto no le otorga privilegios a ninguna. La religión es considerada como un asun-

to de conciencia para cada uno, y, según esta norma, el Estado «no puede encargarse de la educación religiosa de los niños». Es decir, tal y como pensaban los liberales colombianos hasta la primera década del presente siglo en materia religiosa.

En el mundo capitalista se hacen frecuentes escándalos antisoviéticos en torno a las revistas políticas que periódicamente pasan los estados mayores bolcheviques a su ejército de comunistas afiliados al partido de Lenin y de Stalin. El asunto es sumamente lógico. Siendo el Partido Comunista un Partido-Guía de la Nueva Sociedad, y por consiguiente Un Partido de Gobierno, y siendo como es, al mismo tiempo, el Partido de Vanguardia de todos los movimientos revolucionarios del mundo capitalista operando desde una Sociedad que es ya una parte invencible de la Revolución Mundial Victoriosa, es de una claridad meridiana que ese Partido requiera no sólo de una gran capacidad teórica y práctica, sino también de una extraordinaria labor que aumente los caudales de fuerza y que vigile al mismo tiempo la vida de sus campamentos.

La depuración del Partido Comunista de la URSS se efectuaba entonces por períodos de cuatro años aproximadamente, y su objeto —como lo dije antes— consistía en pasar revista al colectivo, examinando unidad por unidad la calidad de cada soldado: su origen de clase, su profesión u oficio, el grado de su cultura, el ritmo de su desarrollo político, su capacidad para comprender los hechos mundiales y los cambios que en ellos se operaban, su actividad política en el pasado, en el presente, etc. Como se ve, se trataba de un examen de verificación completamente necesario y que no se realizaba en forma mecáni-

ca, es decir, haciendo tabla rasa de todos los comunistas, ni de manera formalista, esto es, distribuyendo formularios con respuestas de clisé.

La comisión Pan-Soviética de Control, elegida en el Congreso respectivo del Partido, creaba las comisiones examinadores y fijaba las normas y los términos que debía regirlas. Al colectivo del Partido en el Kominterm —al cual pertenecía yo—, le correspondió en 1933 una comisión de lujo, compuesta por unidades sobresalientes del Ejecutivo de la Internacional: una dama del Comité de Planificación de la URSS, etc. Pero, cómo los comunistas podíamos asistir como simples espectadores al examen de otros colectivos, estuve presente en la fábrica metalúrgica del Barrio Lenin, en un Instituto Pedagógico de Moscú, en el Instituto Internacional Leninista y en un *koljós* en Urania, de cuya comisión formaba yo parte.

El examen se realizaba de la siguiente manera: como un acto solemne, los miembros de la comisión respectiva, más el jefe responsable del Partido en el lugar, ocupaba sitio de *presidium*. Y teniendo frente a sí la lista de los comunistas, llamaban a la tribuna a cada uno. El mencionado relataba brevemente su origen, su educación, su trabajo y su actividad política antes de ingresar al Partido. Luego resumía un poco su vida de comunista. Terminados estos dos períodos la comisión iba calificando, se hacían tres, cuatro o cinco preguntas, de cuya respuesta dependía lo que pudiéramos llamar el veredicto.

Naturalmente el calibre de las preguntas no era el mismo para los comunistas del campo recién incorporados al Partido, para los jóvenes de corta vida política o para las personas de más trajín bolchevi-

que. Sin embargo, el nivel medio de dichas preguntas era elevado, porque la época exigía de los comunistas un nivel político elevado. A causa de tal exigencia, el 17% de los miembros del Partido, en 1933, fue situado fuera de las filas, no en calidad de gente expulsada sino, en su mayoría, como candidatos que debían instruirse en los cursos de capacitación para volver después a sus campamentos. El Partido no podía tener, se decía entonces, analfabetas políticos en su ejército Y claro que la consigna era justa.

Para mayor comprensión del nivel político exigido a los comunistas de fila en 1933, cito los siguientes casos:

1. A un obrero del Barrio de Lenin le preguntaron:

—Díganos usted, camarada, su opinión sobre la Conferencia Económica Mundial de Londres.

2. A un comunista que no tenía cargo de responsabilidad alguno en el colectivo del Komintern:

—Camarada, tenga la bondad de darnos una explicación de las características que le permitieron decir al camarada Stalin que habíamos entrado ya, en la URSS, a la etapa histórica de la sociedad socialista.

3. A un maestro de primeras letras, procedente del campo, en el Instituto Pedagógico de Moscú:

—Díganos camarada, de que manera planteó Marx, en su *Crítica al programa de Ghotá* la cuestión relativa al «salario».

4. A un estudiante soviético del Instituto Internacional Leninista:

—Si los comunistas decimos que el nazismo es una variedad, la más agresiva del fascismo, en ¿qué nos estamos basando?

5. A un camarada del comedor de la fábrica metalúrgica del Barrio de Lenin:

—El camarada Stalin ha definido las dificultades de la Unión Soviética en el período actual, como «dificultades de crecimiento». Podría decirnos usted en ¿qué se ha basado el camarada Stalin?

6. A una mecanógrafa del departamento de Komintern:

—¿Cuáles fueron las principales fallas de la Comuna de París aprovechadas como experiencia histórica por Lenin y los Bolcheviques en 1917?

Estas preguntas —y muchas otras que omito citar aquí— fueron contestadas correctamente. Cuando me tocó el turno a mí, dejé mi carné sobre la mesa del *Presidium* y subí a la tribuna. Hice un rápido resumen de mi origen social, de mis actividades políticas y de mi vida de Partido en la URSS. Me formularon tres preguntas:

—¿En qué grado de desarrollo histórico están los países de América Latina? ¿Cómo definió Lenin el imperialismo contemporáneo? ¿Cuáles son los obstáculos principales en la formación y desarrollo de los partidos comunistas en América Latina?

No soy, lo declaro, ningún maestro de la síntesis. Sin embargo, hice lo posible por resumir la primera cuestión, basándome en la definición que se hacía el Prama de la I.C. adaptado en 1928. Cuando iniciaba la segunda cuestión, fui relevado de seguir hablando, me devolvieron mi carné y todo siguió en orden.

Quiero citar aquí, finalmente, el caso de Sinani, jefe del Secretariado Latinoamericano y por consiguiente mí superior durante mucho tiempo. Sinani y yo no tuvimos ninguna relación distinta de traba-

jo. Me tenía cierta deferencia, me trataba muy respetuosamente. Yo lo veía poco fuera de las reuniones del Secretariado. Mis amigos allí fueron el italiano Rossi y la camarada Mezkoskaya, de la Sección Técnica, con quienes algunas veces cambiaba frases de buen humor. Pero debo referirme a Sinani porque supe, algunos años después de estar en Colombia, que había resultado trotskista, incluso complicado en el infame asesinato del gran dirigente bolchevique de Leningrado, camarada Kiroff.

¿Quién era Sinani, el Sinani que yo conocí? El presidium lo llamó a la tribuna y, como en la depuración anterior, empezó por referirse a su origen social que no era precisamente proletario. Pero, a raíz de la revolución, siendo oficial del ejército zarista, se pasó con su gente, en un encuentro en la región de Kazan, a las filas revolucionarias. Participó desde allí en el frente popular en armas que defendía la patria soviética de la contra-revolución interna y de la invasión imperialista de catorce países. En 1922 fue admitido en las filas del Partido que le había ya dado cargos de responsabilidad política.

En 1924, Sinani fue nombrado agregado militar de la Embajada soviética en la capital de China. En este cargo estuvo hasta 1928, año en que se le nombró responsable de la realización de un programa especial de construcciones en la República Popular de Mongolia. En 1931, Sinani recibió la dirección del Secretariado Latinoamericano y consiguió la «Orden de Lenin», condecoración que había recibido en testimonio de sus merecimientos.

En el otoño de 1933 estuve la última vez en Ucrania. Iba en un grupo de comunistas pertenecientes a diferentes países de Europa y América.

Demoramos poco en Kiev, y menos todavía en un *soljós* que visitamos. Esta vez viajamos muy a prisa debido a que casi todos debíamos salir de la Patria Proletaria antes de que llegara el invierno. Nuestro plan debía cumplirse fundamentalmente en Dniepostroi, esto es, en las grandes construcciones del río Dniper.

Para mí significaba la tercera vez que llegaba a estos lugares. Pero siempre los encontraba más interesantes. Tal vez haya dicho algo de esto en otra parte. Pero, el sitio donde a la sazón se realizaban las construcciones del Dniper, fue un desierto atravesado apenas por un viejo camino. Este desierto ocupaba una zona entre la cuenca huyera del Don y la región de Constantinoslava. Corriendo de noroccidente a sur oriente, el río Dniper, que nace en Polonia para morir en el Mar Negro, partía el mencionado desierto.

Lo interesante de todo esto, depende quizás, de una particularidad del río, que se hallaba precisamente a la altura del viejo camino. Esta particularidad consistía en lo que pudiéramos llamar dos niveles, o sea que en el camino hacía arriba, el río era caudaloso y generalmente con lecho de piedras grandes, y del camino hacía abajo corría tranquilamente, en lecho limpio apenas plateado en un fondo de arena. Esta particularidad también cambiaba el volumen del agua, porque bajándose precipitaba hacía el camino y allí se aquietaba y naturalmente crecía.

Pero esto no era todo. El cambio de la corriente se efectuaba después de una breve caída de la cascada sobre un remanso más o menos grande que semejava un platón. Y, siguiendo la ribera a manera de borde, se dilataba una cuenca que realmente era

una hoya extensa. Como el camino viejo no podía pasar por el remanso, curvaba hacia arriba y por encima de la suave cascada, precisamente donde el río se abría en dos y era más fácil cruzarlo, se tendían los puentes. Y vamos que allí estaba el peligro. En la pequeña isla de piedras que separaba las aguas, se apostaban los salteadores y mataban a los viajeros para robarlos. La famosa hoya del Dniiper tenía una reputación negra. Porque no era únicamente la fatídica isla sino toda la región que estaba poblada de bandoleros. Pero no sería justo decir que los bandidos vivían allí como en su reino. No. Las autoridades zaristas mantenían por esos mismos lados a sus bravos cosacos. Y las peleas eran continuas; los muertos menudeaban de uno y de otro lado. Bueno, cuando caía prisionero un salteador, se le conducía a los tribunales y luego del proceso de rigor se le regresaba al lugar de sus «hazañas» y se le colgaba de una horca que se alzaba sobre una roca que la gente llamó después «de las animas». En torno de la terrible isla y las vidas que allí fueron segadas, se tejían todavía las más oscuras leyendas.

En fin. Esta hoya del Dnieper hacía cerca de doscientos años que los ingenieros rusos la tenían «descubierta» como algo que se podía aprovechar. En alguna época fue estudiada por técnicos alemanes. Uno de los últimos zares creó una comisión para iniciar la obra pero «no tuvo dinero». Llegados los bolcheviques al poder abocaron el problema. Los ingenieros soviéticos hicieron los planos, y junto con los presupuestos, los pasaron a una junta de expertos. Estos contrataron a un consultor norteamericano y la obra se inició dentro del Primer Plan Quinquenal.

Se trataba de alzar una muralla partiendo de la hoya, a tal altura que pudiera llenar la mitad a un nivel de sesenta metros y por consiguiente, regresar el río hasta cien kilómetros arriba, es decir, más adelante de la ciudad industrial de Dnipropetrovski. En esta forma, el río tenía condiciones navegables de la hoya hacía abajo, podría trasmontar sus barcos hasta la ciudad citada. Todo dependería del juego de esclusas que la muralla tendría. Pero como es fácil de comprender, esta muralla creaba una poderosa caída de agua que naturalmente constituía la clave del plan. Y, cuando visitaba yo por tercera vez esta gigantesca obra, estaban montando nueve grandes turbinas, de procedencia checa, capaces de producir tal volumen de energía que se podría electrificar una circunferencia de mil kilómetros a la redonda, incluyendo la célebre cuenca huyera del Don.

Pero una muralla tan espesa y bien estribada como esta de la hoya del Dnieper, no podría tener únicamente una función de represa. Estaba perforada para cruzar un ferrocarril de uno a otro extremo y conectarlo con nuevas regiones de progreso. Naturalmente este túnel entre la muralla y el agua, estaría iluminado por los torrentes de luz que iba a producir el río.

Como es muy comprensible allí se concentró, de lado y lado de la cuenca una densa población trabajadora. Y como los rusos ahora no hacen campamentos de zinc, ni de tablas para desarmarlo luego y llevarlos en atados a las bodegas del Estado; los rusos de ahora construían empresas y simultáneamente ciudades modernas para las personas que iban a tener en movimiento. En estas condiciones, al calor de setenta y cinco mil trabajadores que ope-

raban en el Dnieper, nacían dos ciudades: una a cada lado de la famosa hoya.

En uno de los lados, en donde una nueva ciudad (de estilo norteamericano) crecía más rápidamente, nos alojamos nosotros. En esta bella urbanización de calles amplias y arboladas, en una especie de barrios de chalet, estaba residenciada una colonia compuesta de trescientos trabajadores de Chicago, ocupados por contrato. Dicha colonia vivía con exquisito confort, no solamente por las cómodas habitaciones sino también por los clubes —con billares incluso— bares, campos de deporte, piscinas, etc. Algunos de estos trabajadores tenían consigo a sus mujeres.

En el club-teatro de los obreros y empleados soviéticos, asistimos a diferentes reuniones celebradas de acuerdo con los cambios de equipo. La primera de estas reuniones se realizó con el personal de dirección. El ingeniero jefe nos hizo un extenso informe, por el cual —además de lo que dejó escrito—, supimos que allí se montarían diversas fábricas de metales de color como consecuencia de haberse localizado en la región ricos yacimientos de cobre y zinc, y también porque era ventajoso utilizar en el mismo lugar un caudal de energía que sobraría, luego de cubrir completamente el plan de consumo original. En esta forma —nos dijo el ingeniero jefe— tendremos muy pronto una ciudad industrial socialista dividida en dos alas sobre el río, de unos doscientos cincuenta mil habitantes, aquí precisamente en donde hace pocos años había solamente salteadores de caminos.

En una reunión con obreros e ingenieros, planteamos diferentes cuestiones, de las cuales quiero

citar aquí algunas, cuyas respuestas aclaran algunos aspectos no tratados a fondo en este libro:

—Díganos usted —preguntamos al jefe de los *udarniks*— ¿a qué porcentaje del personal ocupado en la obra ascienden las brigadas de choque bajo su comando?

—Aquí todo el personal soviético está incorporado en las brigadas de choque, bajo la consigna de la emulación socialista. Pero *udarniks* propiamente, somos el 60%. (El *udarniks* conforma una especie de vanguardia en las brigadas de choque que a su vez son como ejércitos voluntarios del trabajo, que firman contratos de competencia en el rendimiento de la producción).

—¿Cuáles son las mayores dificultades que les ha tocado vencer en esta obra gigantesca? —preguntamos a un ingeniero.

—Dificultades en abastecimientos de materiales y alimentos no hemos tenido en general. Dificultades de orden técnico que, pese al redoblado esfuerzo de los trabajadores, han retrasado algunos procesos de la construcción y naturalmente recargado los presupuestos de gastos. Por ejemplo, la intensidad del invierno de 1930 nos obligó a interrumpir el trabajo en los cimientos durante un tiempo, con grandísimos perjuicios. Así mismo, los deshielos de 1931, se precipitaron en tal forma que destruyeron sectores de la obra todavía no consolidados.

—A propósito del proceso de construcción —preguntamos al mismo ingeniero— ¿cómo se cumplen aquí los planes?

—Esta obra está estimada para ser terminada en el Segundo Plan Quinquenal. Naturalmente, se sabía el estado en que debería estar al terminar el Pri-

mer Quinquenio. Desde el punto de vista técnico, el Primer Plan —o más exactamente los dos primeros años— ofrecían los mayores riesgos. Ahora, el proyecto en general ha sido modificado dos veces, teniendo en cuenta las ampliaciones fabriles y la construcción de la ciudad que no estaba prevista en la magnitud que hoy se realiza. Teniendo en cuenta estas novedades y las dificultades imprevisibles que nos ha tocado vencer, el Primer Plan Quinquenal fue sobrepasado, y por las cifras de control del Segundo, podemos garantizarles que también llegaremos adelante.

—Siendo que aquí se trabaja con personal proveniente de diversos lugares, ¿han tenido dificultad en estabilizarlos? —preguntamos.

—No, contestó el presidente del sindicato, y agregó —el personal técnico ha venido contratado, tanto en lo que se refiere a ingenieros como a maestros de obra, expertos, etc. La mano de obra es casi toda de la región, procedente del campo y de las aldeas, y es precisamente la que más se beneficia de la moderna ciudad que se construye. Dnipostroi es así la mejor demostración del progreso de la URSS, de la transformación de su gente, antes adherida al campo, ahora principalmente adherida a la gran empresa industrial. Viendo estos procesos es como se comprende que la clase obrera y los empleados en nuestro país lleguen a la cifra de 22 millones. (En 1938, los obreros y empleados de la URSS ascendían a 28 millones).

—¿Han tenido aquí alguna dificultad en la relaciones de trabajo con el personal americano? —le preguntamos al presidente del sindicato.

—En absoluto. El trabajador americano, tanto

ingenieros, como maestros y obreros, realizan su labor bajo la dirección de los ingenieros soviéticos jefes de secciones, sin ningún inconveniente. Los americanos son buenos trabajadores.

—¿Cómo ven los americanos —preguntamos al dirigente del Partido— el trabajo político de los comunistas?

—Los americanos no hablan de «política» y nosotros no les hablamos de comunismo. En el trabajo dicen algunas veces: «El comunismo soviético es progresista»; «El partido de los comunistas es un motor que tira el país hacia adelante»; «Su gran labor de constructores de una nueva sociedad, les da derecho a los comunistas para ir adelante»; Naturalmente, estas son expresiones de comprensión. Alguna vez un ingeniero americano dijo: «Stalin le lleva a Lincoln una diferencia mayor a los años que los separa en la historia».

Terminada esta última excursión de estudio y de nuevo en Moscú, me ocupé entre otras cosas, en ayudar a diferentes camaradas a preparar el regreso a sus países. Y por diferentes coreros, a remitir algunos de mis libros directamente a Colombia, en paquetes que utilizaba para trasladar mis apuntes. Pero no sabía cuando sería mi salida. Una vez, ya entrado el invierno, me llamó el secretario de la I.C., camarada Manuisky y me planteo una serie de problemas relacionados con la preparación del próximo Congreso Mundial Comunista, a cuyo efecto recibiría yo el encargo de preparar una delegación colombiana.

Por estos mismos días tenía lugar en Leipzig, el célebre proceso de los nazi contra Dimitrof, Popof y Tanef, revolucionarios búlgaros a quienes se preten-

día responsabilizar del incendio del Parlamento alemán (Reichstag), hecho realizado por los jerarcas del nazismo como sucia provocación para perseguir y exterminar a valiosos dirigentes de la clase obrera. La inteligente y valerosa actitud de Dimitrof en tal proceso despertaba en la Unión Soviética un extraordinario interés. Como todo mundo sabe, los jueces de Hitler quisieron convertir el Tribunal de Leipzig en un foco de ataques al comunismo y por consiguiente a la URSS. Pero Dimitrof condujo las audiencias al terreno de la lucha contra el bandidaje hitleriano; al mariscal Goering que había dirigido el incendio despojó del antifaz, y se transformó en el más implacable acusador del régimen de sangre que sufría Alemania.

El proceso de Leipzig creó tal situación a los comandos nazis, que no podían ya condenar ni asesinar a los valientes revolucionarios, hacer espectáculo, resonar trompetas. Dimitrof había desenmascarado —a los ojos del propio pueblo alemán— a los incendiarios, denunciando ante el mundo el plan siniestro de persecución y exterminio que con tal provocación estaban realizando. Pero ¿qué harían entonces los nazis con Dimitrof y sus compañeros? Para crear un poco de silencio en medio de tanto ruido, suspendieron el proceso y la Unión Soviética que comprendía la dificultad de los jerarcas nazis, ofreció recibir en carácter de refugiados políticos, a los comunistas búlgaros, situando en Leipzig un avión para recibirlos. El golpe fue seco, los nazis estaban enredados en las espuelas, cogidos en su propia trampa y, naturalmente, cedieron a la oferta del Kremlin.

Esto sucedía ya en febrero de 1934, estando ya otra vez a las costas del Mar Negro. Creí viajar a

Colombia en tal mes, pero se interpusó el médico del Komintern para declararme «muy agotado», y por consiguiente «necesitado de un buen descanso». Y como era verdad, me juntaron las vacaciones de dos años, y con mucho acento disciplinario me dijeron: «sesenta días sin pensar en nada». —¿Cómo es esto? —le dije al camarada Mezcoskaya que intervenía en tales asuntos—. Esto es —me contestó— que usted se va a la casa del Kremlin, en Crimea, por el término de dos meses, a comer bien, a dormir mejor, a pasear, a divertirse. Y como final de este discurso, puso en mis manos la «putiopka» (carta para viajar), en vísperas de mi regreso a Colombia.

La casa del Kremlin, en Crimea, era un antiguo castillo señorial de una «ilustre casa de nobles» italianos, situada en la costa del mar negro, hacia el golfo de Quer-Son. Esta famosa mansión de gusto renacentista, con lujo de ornamentación veneciana, estaba ubicada en un poético bosque de pinos, tilos y abetos, y rodeada de palacetes que serían tibias residencias veraniegas de apuestos caballeros y damas encopetadas.

El Kremlin, al hacer suyo este lugar y dedicarlo al descanso de sus trabajadores, le creó nuevas dotaciones, tales como clínica, campo de deportes, cultivos de hortalizas en invernadero, planta de hielo, criadero de aves, casas para empleados ocupados allí, etc. Y, de sitio en donde se gastaba la vida y el dinero extraído a los siervos en prolongadas orgías, estaba convertido, bajo el poder de los *Soviets*, en un lugar para reconstruir la vida, para cuidarla en beneficio de la sociedad socialista. En este sitio estaba por aquellos días, el genial escritor soviético Máximo Gorki.

Mi estadía en aquel espléndido lugar, estuvo llena de sorpresas. La primera de ellas consistió en un examen médico general, del cual resulté con los nervios «flojos». Diagnóstico que me obligaba a estar todos los días, a las diez de la mañana, en una sección de tratamientos eléctricos de la clínica, en donde un especialista debía «templármelos». Y la cosa era divertida: me trepaba a una mesa, me cubría de placas metálicas los omoplatos, el cogote, los hombros y las palmas de las manos, y como todo estuviera conectado por hilos, me soltaba una corriente de hormigueo que se prolongaba durante quince minutos. Veintitrés días después me dijo el especialista: «Bueno, ahora tiene ya sus nervios bien templados».

El mismo día me dijo el médico que me pesaba por tercera vez: «Muy bien, ha ganado usted diez kilos». ¡Que barbaridad! pero no era gracia en presencia de los menús. Qué desayunos: bandejas con uvas, tajadas de jamón, huevos pasados por agua, pan, mantequilla, queso, caviar, leche, té. Luego, paseíto por el campo, fumar la pipa, mirar el mar, oír un noticiero, baño de tina, copita de brandy... ¡Qué vida! ¡Otra vez al comedor! ¡Y qué almuerzo! Bandejas con sandía, peras y manzanas; sopa de ostras, pollo en salsa de tomate, ensalada en crema de leche, chuleta de cordero, pasteles de pescado, vino en vaso cervecero, dulces, leche, té... ¡Qué barbaridad! Y, luego de fumar un poco, a dormir la siesta bajo la vigilancia de un médico, para levantarse de nuevo a las cuatro a tomar el té con galletitas, mermelada y pan tostado cubierto con mantequilla y rebanadas de queso, y nada de lectura; nada de sentarse a escribir, nada de pensar, oír un noticiero; nada más encender la pipa y pasear por el bosque;

subir a las colinas; recorrer sobre arenas la orilla del mar; participar en un deporte; ir como espectador; jugar una partida de ajedrez; treparse a una roca y cantarle al crepúsculo que bañaba de sangre las aguas azules; y después, un poquito tarde, ¡a comer! De nuevo banquete, un desfile de bandejas que lo dejaba a uno de silla de manos.

He dicho en otra parte que los inviernos en Crimea casi no se sentían, y con tal acumulación de calorías, a veces me parecía estar en el primer otoño europeo que me tocó en Berlín. Bellos paisajes, vida regia. Pero al contemplar veinticuatro días después una mañana brillante, le dije al administrador: «Vea, camarada, yo siempre voy a Moscú a dar una vueltita». ¡Moscú que tenía dos días de ferrocarril y medio de carretera! Pero había un automóvil que salía a conectar con el tren a varios amigos que regresaban con los nervios templados y precisamente, le sobraba puesto. El administrador se sonrió conmigo como diciéndome: «Bueno, no le queda mal darle una vueltita a la mujer».

Instalado en el compartimiento del tren que viajaba a Moscú, pude regresar a mi vida, a mi estilo, a tener a mi lado un libro, unos apuntes, un lápiz. A veces se me hacen vacíos en la existencia y el tedio trata de volverme flecos, pero reaccionó, paro el espíritu encima de la cabeza y me pongo a pensar lejos. Esta vez abrí el maletín y me di a repasar las últimas notas. Algo tenía allí relacionado con Zhiómir, con Zaporoshie y la famosa colonia de cerdos, con los establos modernos, con Nicolaiev, con Novoroksish. Pero decidí ordenar lo relacionado únicamente con Crimea, con los aspectos mínimos que podía consignar en estos relatos.

La península de Crimea tenía a la sazón una población posiblemente igual a la que pueda tener ahora en 1939 el departamento colombiano del Valle del Cauca, es decir, unos ochocientos mil habitantes. Se llamó antiguamente Quersoneso Taurico, y por diversos períodos de siglos había sido colonia de imperios de Oriente y Occidente. Generalmente se la tuvo como una decisiva base militar en el dominio del Mar Negro, ligada a planes estratégicos para tomar, conservar o defender el Estrecho de los Dardanelos.

Crimea, aparte de sus viñedos, de sus célebres bodegas de vino y de su limitada producción de trigo, no tenía gran importancia. Sus costas estaban pobladas de pescadores, boteleros modestos y aguerridos piratas. Sus espléndidas playas que rivalizaban en belleza con las más notables del Mediterráneo, fueron suntuosas residencias veraniegas de las familias reales y sus nobles palaciagos. Yalta, Alupka y otros lugares, estuvieron convertidos en edenes de placer.

Ahora tiene Crimea una cara nueva. Cuenta con magníficas bases o centros de industria moderna; su agricultura es poderosa; la pesca se realiza en cooperativas grandes; las aldeas que languidecían bajo las botas de sus señores, están viviendo ya al ritmo de su progreso. En Feudosia vi llenan las bodegas de los barcos griegos con trigo. En Sebastopol, al lado de los fuertes militares, vi trabajar las fábricas. En Cínforopol —la capital— visite numerosas empresas de manufacturas producidas en masa.

Centenares de veces he referido en Colombia mis impresiones sobre una colonia de aves —o tal vez más exactamente una empresa agro-industrial múlt-

tiple— que visité en Crimea y que debo explicar aquí ligeramente. Se trataba de un vasto campo de árboles frutales. Por debajo de los árboles, se paseaban millones de gallinas ponederas. Esto es maravilloso: una fábrica para producir pollos en masa. En una galería, dos respetables incubadoras, cada una con trescientos mil huevos surtían el vasto campo de la colonia. Pero los pollitos no salían de sus cocas para irse a recibir el oxígeno inmediatamente. No. La empresa tenía expertos avicultores, lujosos criaderos y toda clase de dotaciones. A cierta edad, los animalitos eran clasificados; los pollos propiamente, pasaban a una sección de crecimiento y engorde; las pollas de selección ocupaban su región de privilegio dedicada a producir los huevos para las incubadoras, y las otras, las standard pasaban a las zonas de los nidos que producían huevos para el mercado.

¡Qué maravilla! De los grandes depósitos bajaban por bandas cóncavas de caucho y pasando por un tubo de cristal en donde se les miraba para certificar su pureza, salían, pesados y sellados, los huevos que luego viajarían en empaques especiales a cubrir los mercados de consumo, no sólo en la URSS sino también en Italia, Alemania y Francia. Cerca al lugar de nacimiento, como indicando la breve existencia de cinco meses, estaba la fábrica donde morían los pollos. De allí salían como carne fresca, excepción de las vísceras, las cabezas y las patas que ingresaban a la elaboración de conservas en aceite y tomate, que después viajaban también en latas con leyendas en etiquetas doradas. Pero esto no es todo: en amplios talleres se trabajaba la pluma; es decir, se le sometía a un proceso consistente en despren-

derla de las venas, en pasarlas por calderas de agua hirviendo y luego de secarlas en estufas y empacarlas en cajas adecuadas, se les enviaba a las fábricas de colchones, almohadas y edredones. Las venas de las plumas se las utilizaba como combustible.

En esta colonia conocí los establos con calefacción eléctrica y el ordeño con máquinas. En general, muchos detalles despertaban en mí extraordinario interés y otros, gran curiosidad. Un detalle de este último género fue, por ejemplo, la desenclucada de gallinas por medio de máquinas de aire. El segundo fue también curioso. Un empleado nos decía, —bueno, que dejen de poner unos días, pero que tenga que sacarlas del nido a cada momento, ya no es conmigo. Y diciendo esto entraba dos cluecas a una especie de molino de viento. —¿Cuánto demora el tratamiento? —le preguntamos—. Unos minutos —nos contestó. Y ciertamente, en breve les abrió una portezuela y los animales salieron con la pluma asentada, sin cluequeo, un poco asustadas.

Crimea tiene una historia particular. Ocupada por diferentes pueblos, cada uno ha dejado algo que perpetúa su memoria, núcleos a veces reducidos pero que sin embargo retienen la tradición. A Crimea llegaron masas de población perseguidas en tiempos del imperio romano, en la época de Constantino en los sombríos períodos de las cruzadas. En Crimea existen todavía preciosas catatumbas. Y para que no suene mal la paradoja, explico lo que yo vi. Cerca a Ciferopol, en colinas bellísimas, con tierra entre roca y arena, con suave color de palo de rosa, algo como greda que permite ser labrada y pulida, podía ver el viajero antiguas habitaciones de lujo. Los tragaluces tenían formas de ventanales con cierta poe-

sía romántica y pasando las rústicas entradas, semejantes a las que tenían algunas minas, se daba enseguida con elegantes portadas en bonitos arcos. Como era obvio, por cada catatumba de lujo había mil cuevas semejantes a muchas que se podían ver en el departamento colombiano de Boyacá, habitadas por familias campesinas e indígenas.

Como resultado de su pasado histórico, Crimea era un mosaico de pueblos, y por este hecho, el modelo perfecto de cómo el poder soviético resolvió el agudo problema nacional, incluso en el caso de minorías casi extinguidas. Desde el punto de vista demográfico, no existían en la península, ni una zona nacional mayoritaria, ni una población del mismo origen étnico que diseminada en todo su territorio constituyera mayoría. Las nacionalidades de origen tártaro y ruso, eran relativamente las más numerosas. Pero tampoco existía una provincia o siquiera una ciudad que se pudiera determinar como tártara o rusa exclusivamente. Quizás pequeñas cejas geográficas y viejas aldeas podían existir en forma homogénea, sobre todo de ascendencia asiática, es decir, tártaro.

Lo común en Crimea era la religión, la ciudad y las aldeas mezcladas. Sólo los hebreos solían tener todavía núcleos homogéneos, en estrechos límites rurales y modestos pueblos. En estas condiciones, el poder soviético aseguraba la convivencia de los pueblos de diverso origen bajo las siguientes reglas de derecho: 1. Todos los individuos que habitaban la península, no importara cual fuera su origen histórico-nacional, gozaban de plena igualdad y por consiguiente era delito y se sanciona como tal, toda discriminación o labor que tendiera a separar la po-

blación entre superiores e inferiores, entre personas con más derechos y personas con menos derechos. 2. Todo núcleo nacional, grande o pequeño, tenía derecho a conservar y mejorar su idioma, sus costumbres y, en general, las tradiciones propias de su origen histórico y por consiguiente a que las escuelas que educaban a sus hijos usaran la lengua materna. 3. Solamente la enseñanza secundaria técnica y profesional era bilingüe, o sea, que a demás del idioma nativo era obligatorio ver ruso. 4. Que los funcionarios públicos de cada lugar debían usar el idioma nacional respectivo y además, el ruso como lengua de ligazón, y unidad de la sociedad y el estado.

En tal situación, los *Soviets* de diputados locales y del Estado Autónomo de Crimea, se elegían teniendo en cuenta la composición nacional. Por ejemplo: en una aldea homogéneamente hebrea, se elegían un *Soviet* hebreo. Pero si se trataba de una aldea de mayoría hebrea y minoría tártara, digamos, esta minoría tendría su representante. Si era el caso de una ciudad donde convivían tres o cuatro núcleos de origen nacional diferente, el *Soviet* de tal ciudad tenía que reflejar exactamente la densidad de cada núcleo. Desde luego que no existiendo intereses antagónicos en los sectores étnicos, no podía existir causa alguna para la discordia. Por el contrario, existiendo como en realidad existían intereses de progreso común, fuerzas de unidad para realizar grandes tareas, era lógico que los pueblos se vinculasen estrechamente y terminasen, en un futuro mas bien no remoto, en fusionándose en un mismo crisol que sería, naturalmente, el de la sociedad comunista.

En Crimea pude verificar un hecho que tenía validez para toda la URSS y que venía observando des-

de mis primeros contactos con el pueblo soviético, hecho que yo comprendía pero que debía documentar. ¿Por qué pensaba la gente y se expresaba igual en cada lugar de la península, cuando se trataba de las cuestiones principales de la política nacional e internacional? Pero esto no era lo más importante: ¿por qué pensaban de la misma manera en el Caucaso, en Ucrania, en la Rusa Blanca, en la República de los Alemanes del Volga, en los Urales, en el Asia Central y en el lejano Oriente? ¿Quería usted promover la discusión de un gran problema? Tenga la seguridad de que, en líneas generales, encontraría las mismas ideas en Kierchy, en Kasán, en Minsch, en Kiev y en Moscú.

Lo anterior es lo que llaman los enemigos de la Unión Soviética, «pensamiento dirigido». Para estos «pensadores independientes» del mundo capitalista, pagados y por consiguiente dependientes de los trusts financieros, el asunto era simple: el Krenlim, «fabricaba» la política, y diez o doce burócratas al mando de Stalin distribuían el manual de preguntas y respuestas a todas las cuestiones. ¡Una especie de «Catecismo del Padre Astete», con la debida tarifa de penas y castigos aplicables (como en el caso de los pecados) a los desobedientes! Pero la realidad era otra, y tan clara como elemental. Veamos la realidad:

La URSS tenía un sistema económico, social y político creado y defendido, incluso con las armas, por el pueblo. Dicho sistema tenía un tipo de Estado nuevo que no era la representación de una parte de la sociedad sino de toda. Y como esta era una sociedad sin antagonismos y por consiguiente sin divisiones internas, sin luchas intestinas, era claro

que podía elaborar, como en efecto lo había hecho, su programa de progreso general y sus quinquenales como etapas de su desarrollo. Si estos era claro para los ciudadanos de la URSS; si las ideas directrices del programa y de los planes obedecían al consenso de la voluntad popular; si tal programa y dichos planes interpretaban las necesidades y aspiraciones de las masas, ¿no era lógico que las personas de la URSS, cualquiera que fuera el sitio geográfico en donde se hallaban, hablasen el mismo lenguaje, tratándose de la organización de las energías, del impulso al trabajo, del crecimiento de su cultura, de la defensa de sus grandes conquistas, entre ellas la de su patria?

Siendo que Colombia no era un país soviético y que entre otras muchas cosas no se podía elaborar un programa global y dentro de él planes coordinados de realización conjunta, era evidente que no podíamos hallar aquí ejemplos de alguna similitud para explicar la cuestión. Sin embargo, imaginemos por un momento que los colombianos hemos sido capaces de superar a estos dos partidos huterinos, electoreros, burocráticos, manzanillos, sectarios y a veces feroces que monopolizan —después de deformarla— la opinión popular; pensemos que se ha creado en nuestro país un frente de progreso, capaz de unir siquiera en una etapa el conjunto de las energías del pueblo; pensemos que dicho frente ha constituido su gobierno bajo un programa realista y dentro de él se ha trazado un plan de realizaciones fundamentales; pensemos lógicamente que toda la nación está saturada del oleaje que mueve su destino: ¿No sería razonable entonces, que los hombres de Ipiales, de Neiva, de Cúcuta, de Aracataca, de Pereira

y Medellín hablaran el mismo idioma, expresaran las mismas ideas en torno a la política progresista? ¿Qué colombiano interesado conscientemente en una empresa de reducción no tiene siempre un idioma para referirse a ella?

En Crimea como en el Cáucaso, en Ucrania, en la Rusia Blanca, en donde fuera que estuve como trabajador, como estudiante, como observador, ví, oí y comprendí que un gran espíritu de unidad saturaba la población soviética, lo que naturalmente se debía al pensamiento común que animaba la construcción de la sociedad comunista, es decir a su extraordinaria elevación de la conciencia del hombre que adquiriría también un lenguaje común para llamar las cosas de la comunidad.

Debo explicar en pocas palabras, mi salida de la URSS, porque también algunas personas me han preguntado con cierta misteriosa novedad: ¿y como hizo para salir de Moscú? El asunto es muy simple. Pero el hecho es que hay gente que influenciada por la propaganda antisoviética supone a los extranjeros en la Unión Soviética como rehén, como prisioneros sometidos incluso a trabajos forzados.

Y mi caso era casi especial porque no me servía el pasaporte que me habían fabricado en Santa Marta. No me servía porque no fue visado en tiempo oportuno, y no fue visado porque Colombia y la URSS no tenían entonces relaciones diplomáticas. Además, debía viajar a través de Alemania y Bélgica para llegar a Francia en donde tomaría pasaje marítimo. Desde luego, todo esto tampoco constituía ninguna hazaña.

Cometí un error de cálculo que me creó cierta estrechez monetaria en París, en el barco y finalmente en Barranquilla. Este error consistió en que, citado

por la oficina técnica del Komintern para que diera mi presupuesto y a pesar de que me advirtieron que viajaría como turista, y que tal «rol» me obligaba a ocupar buena categoría, elaboré cifras muy reducidas, de tal forma que no me fue posible comprarme un traje en Berlín, hacer gastos suplementarios en Francia, darme mediana posición en la travesía del Atlántico y llegar a puerto colombiano con recursos indispensables para subir al río Magdalena. Claro que no tuve ningún trastorno serio.

La oficina puso en mis manos un pasaje hasta París, con validez de setenta días. Además, una licencia con su visa consular para entrar, de tránsito, en Alemania y el presupuesto de gastos que yo fijé, en dólares americanos y francos franceses. Por separado recibí una lista de hoteles inscritos a la empresa internacional de turismo.

Salí de Moscú en Marzo de 1934, con profunda pena de dejar la tierra que me tuvo como su hijo adoptivo y de la que había hecho mi segunda patria, pero también con extraordinario interés de llegar a Colombia, que fue mi pensamiento permanente, mi preocupación constante.

Llegué a Berlín, me alojé en el «Atlas Hotel», situado en la calle de Federico y que después pertenecía a la cadena de negocios del nazi número dos, es decir, el mariscal Goering. Allí conocí a varios jerarcas del hitlerismo: al Dr. Goebbels, menudito e inquieto, con su cara de avestruz; a Iless, retraído, con actitudes de importancia estudiada; al mismo Goering que arrastraba un sable sobre la espesa alfombra de té como la cola de un pavo real.

Berlín estaba muy cambiado. Las mejores vitrinas de su comercio de lujo estaban ahora ocupadas

en la exhibición de grandes bustos de Hitler, de oleografías del mariscal del aire, de banderas nazis, de fotografías tomadas en los desfiles de las «camisas pardas». En todo se veía el espíritu bélico, la exaltación del tipo alemán como *El Super Hombre* de Nietzsche. Berlín como toda Alemania estaba viviendo un período de agitación nazista feroz. En este espíritu se organizó un desfile a la «tumba del soldado desconocido» que se alzaba en mármol negro frente al monumento de Federico el Grande, y yo desfilé a la entrada del santuario con la gente que llevaba coronas, ramilletes de flores y lazos de cintas con inscripciones.

No visité ninguna de mis amistades berlinesas porque podrían ser identificadas por los nazis de la Gestapo. Por esta razón no fui al consulado de Colombia. Estuve en las oficinas consulares de Francia y obtuve licencia y visa para demorar un mes en París. Obtuve, asimismo, visa de tránsito en Bélgica y, dos semanas después de llegar a Berlín y luego de presentarme al Reischt-Bank para cambiar dólares por marcos y cancelar mis cuentas, tomé el tren a Bruselas. Demoré allí tres días. Según mi «rol», en Bélgica se terminaba mi categoría de turista de primera clase para pasar a segunda. Llegué a París y me alojé en el Hotel Montaña— de segunda categoría—, cerca de la estación del norte y de la Plaza de la Ópera, en la calle Fayette.

En París tenía magníficos amigos, no solamente entre los comunistas venezolanos, peruanos y de otros países latinoamericanos, sino también diplomáticos. En esta categoría estaba el embajador de Colombia, General Vásquez Cobo, que, a pesar de las peleas que tuvimos en Cali, él como administra-

dor del ferrocarril del Pacífico y yo como vocero de los trabajadores, me honró siempre con una personalísima y a veces muy estrecha amistad. Estaba también el cónsul general, gran poeta colombiano, Víctor M. Londoño, quien desde 1925 me distinguía con una amistad que pudo demostrarme en París como amplísima y cordial. Londoño, hombre muy modesto y de pocos amigos, me condujo a los lugares históricos de las grandes luchas de la comuna de 1871; en uno de los arrabales, en una fonda que conservaba la estampa que tenía a la caída de Napoleón III, pasamos un día hablando de Colombia, bebiendo vino añejo, y comiendo arenques. Londoño tenía conmigo actitudes de niño; alguna vez me regalo una tiquetera «para que me costara mas barato viajar en metro».

Como se puede comprender, en París no la pasé mal. El único inconveniente era que no podía ofrecerles a mis amigos más de un tinto porque no me alcanzaba el dinero. Algunas veces, iba al pabellón de propaganda que tenía el Brasil y tomando la tática de café gratis deploraba que Colombia no tuviera también el suyo. En fin, salí de la capital francesa, por la ruta de Nantes demorando un poco en Amiens y lo necesario apenas para tomar la línea marítima holandesa en Boulogne a fines de abril, provisto de un pasaporte en regla. Llegué a Barranquilla en mayo, muy estrecho de recursos para llegar a Medellín y luego a Bogotá.

A modo de posdata

Tal vez no sea necesario. Pero temo que algunos amigos de la Unión Soviética en Colombia, me puedan preguntar: ¿Y que ha hecho usted para expli-

car al pueblo colombiano lo que vio, oyó, y comprendió en la URSS?».

Cuando llegué a Bogotá, quizás dos o tres días después, dictó el Dr. Laureano Gómez una iracunda conferencia contra la Unión Soviética. El teatro Colón estuvo repleto con el plano y la seda de las oligarquías, excepción de un palco que ocupamos algunos camaradas. Yo tomé notas, y de manera cortés pero enérgica interpele al difamador cuando terminaba. Pero, Gómez se escurrió tras la escena en forma que probablemente creyó olímpica. El «distinguido público» se sorprendió por que yo dije algo, y abandono el coliseo sin haber podido aplaudir lo suficiente a su orador.

En seguida, la dirección del partido comunista fijó carteles anunciando una serie de conferencias que yo dictaría bajo el título general de: «*la Unión Soviética y sus detractores*». El temario que publiqué despertó gran interés, y fue así como el teatro más amplio de Bogotá—el Santafé—, se llenó durante cuatro domingos. Por un período de varios meses hablé a propósito de la URSS en sindicatos, asambleas, y círculos obreros de la capital. Luego viajé por el país. En Medellín hablé en muchas ocasiones, incluso una de ellas en un teatro popular del barrio de Guayaquil (el teatro Granada).

Aparte de mis conferencias en tribunas públicas, en asambleas de obreros, de empleados, campesinos, indígenas del país, quiero recordar aquí las que fueron propiciadas por algunas entidades y personas de izquierda. En primer lugar las que dicté en los paraninfos de la universidades del Cauca y Nariño, en el Instituto Universitario de Manizales, en el club de empleados de Barranquilla, etc. En se-

gundo lugar las que dicté en teatros de ciudades de provincia como Armenia, Pereira, Sevilla, Palmira, etc.

Para mí, el factor político principal que servía entonces y sirve ahora de orientación a las personas, a los grupos y movimientos de masas situados bajo amplias aspiraciones de progreso y justos anhelos de libertad e independencia nacional y de clase es la experiencia de la URSS, el conocimiento de su desarrollo, la divulgación de su papel histórico frente a cualquier problema local o nacional, regional o internacional; frente a una huelga, a un mitin, a un periódico de los trabajadores, etc., es suficiente si sabemos que piensa la Unión Soviética.

En dondequiera que he hablado de la URSS, he comprendido el interés que despierta, la admiración que infunde. Sin embargo, ¿por qué reducen las organizaciones revolucionarias en Colombia la URSS a simples menciones formalistas de prensa: a la reproducción de una información o de un trozo de literatura? En mi opinión, esta actitud oportunista se debe al hecho de que las organizaciones revolucionarias de Colombia, sus comandos, sus dirigentes están imbuidos del espíritu electorero que, adornado con frases de izquierda, incluso stalinistas, no les deja ver más allá de las curules y de los empleos oficiales subsiguientes.

En 1938 se cristalizó el contagio liberal y conservador electorero en la propia dirección del Partido Comunista al cual yo pertenecía. Y las personas así contagiadas adoptaron la herencia ya dispersa de la agonizante social democracia para cubrir su fuga del campo de los principios con una fraseología que apenas hacía el juego a su apetito de curules. Esta situación tenía que excluirme a mí que no pensaba

en razón electoral. Sin embargo, todavía en 1939 y 1940 dicté conferencias en asambleas obreras y campesinas, escribí artículos en periódicos revolucionarios y estuve presente en muchas células comunistas, y círculos proletarios, explicando los problemas de la segunda guerra mundial y la posición de la Unión Soviética, principalmente en relación con el pacto de «no agresión», pacto firmado entre Moscú y Berlín, que tanto agitaron los círculos reaccionarios de las democracias para ricos contra el país de la democracia del pueblo.

En 1941 dicté mis últimas conferencias públicas sobre la Unión Soviética. Una de tales conferencias tuvo lugar en Cali, en el circo-teatro Granada y, a pesar de que los organizadores vendieron las entradas, al salir del lugar pregunté en la taquilla por el número de personas que habían entrado y me dieron una tira de papel con el registro de 1.363, agregando que mucha gente había entrado con tarjeta de «invitados especiales». En esta conferencia, pronunciaba en los mismos días del alevoso asalto nazi a las fronteras soviéticas, sostuve una sólida argumentación política, para concluir estimulando la confianza en la victoria final de la Patria mundial de los Trabajadores.

Medellín —1942.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Impresora Feriva S.A. en Cali, Colombia, en octubre de 2005.